

Vidas a la intemperie

Vidas a la intemperie
seguido de
Mundo clausurado
Marc Badal Pijoan

Editan: Pepitas y cambalache

Pepitas de calabaza s. l.
Apartado de correos n.º 40
26080 Logroño (La Rioja, Spain)
pepitas@pepitas.net
www.pepitas.net

cambalache
C/ Martínez Vigil, 30, bajo
33010 Oviedo.
Tfno.: 985 20 22 92
cambalache@localcambalache.org
www.localcambalache.org

Correcciones: Germán Domínguez Pérez, Eduardo Romero,
Eva Martínez Álvarez e Irene S. Choya

Fotografía y grafismo: Julián Lacalle y Miguel Roperó

ISBN: 978-84-15862-98-7

Depósito Legal: LR-I.085-2017

Primera edición, noviembre de 2017

Esta obra puede ser reproducida, modificada, copiada, distribuida y exhibida siempre que se cite la autoría y se haga sin ánimo de lucro.

MARC BADAL PIJOAN

Vidas a la intemperie

*Nostalgias y prejuicios sobre
el mundo campesino*

seguido de

Mundo clausurado

Monocultivo y artificialización



PRÓLOGO

VIDAS A LA INTEMPERIE nos habla de la pérdida de un mundo, el campesino, compuesto por muchos pequeños mundos que, como Marc Badal advierte, se han ido alejando de nuestras latitudes en silencio, víctimas de un «etnocidio con rostro amable». El texto defiende la necesidad de recuperar las «ruinas que explican nuestro tiempo», cuestionando la mirada sobre el mundo rural que se produce desde los grupos normativos, aquellos que pueden generar normas y representaciones colectivas con mayor eficacia. Se propone ampliar la perspectiva «urbana desde la que se ha escrito la historia» y que ha definido «lo relevante y lo memorable». En este sentido, nos invita a un viaje al pasado que nos permite comprender un presente en el que nos hemos quedado huérfanas.

Mediante una recopilación de citas e historias, el autor va tejiendo cuidadosamente multitud de voces que nos ayudan a entender los diversos mundos campesinos, haciéndonos transitar durante la lectura entre los «prejuicios y las buenas intenciones», entre *barros y edenes*.

Partiendo de la historia de Aleksandr Vasílievich Chayánov, uno de los clásicos del pensamiento social agrario, el texto reflexiona sobre el campesinado como sujeto histórico revolucionario. En esa tarea, bebe de múltiples fuentes: entre ellas, la de los pensadores anarquistas y su fe en la naturaleza revolucionaria del campesinado; o la de Marx y Engels, que anunciaron su necesaria e inevitable desaparición.

En el *barro* se nos señalan los prejuicios que el pensamiento social ha acumulado sobre el mundo campesino, resaltando las contradicciones de unos observadores que no son capaces de cuestionar sus concepciones del tiempo histórico ni de ver más allá de sus propias nociones de lucha y resistencia. El campesinado, sin embargo, tiene sus propios tiempos y desarrolla resistencias cotidianas: actos minúsculos, estrategias ocultas y silenciosas, «pequeñas heroicidades que le permiten mantener un resquicio de dignidad».

Por otra parte, en el *edén* emergen algunas voces de exaltación del campesinado: desde el Siglo de las Luces, en el que la nostalgia del campo aparece unida al exilio; hasta la ultraderecha franquista, que lo utilizó para ensalzar los valores patrios. Como ejemplo de esta idealización, y acercando con mucho acierto la discusión al contexto actual, el autor también cuestiona el turismo rural, que convierte el campo en un «decorado» que no se corresponde con lo que se ha ido a buscar. Una crítica extensible, y especialmente interesante desde el punto de vista de quienes apostamos por la soberanía alimentaria, a aquellas personas que —como señala Marc Badal— vamos a vivir al mundo rural en busca de refugio y también construimos nuestra propia idea del mismo antes de llegar a conocerlo, ansiando unos valores que se marcharon hace tiempo.

Con la humildad que ello requiere, el autor defiende la necesidad de acercarse a la visión que las gentes campesinas tienen de sí mismas y es por eso que las escucha y construye desde ellas, aportando así transparencia en el análisis. Sin embargo, y a pesar de su sensibilidad, se echan de menos las voces de mujeres, tanto en el recorrido por los diferentes autores como en la construcción de los mundos campesinos desde sí mismos. Sin duda, ellas aportarían nuevas miradas a la comprensión de las comunidades campesinas, de las familias y del propio trabajo. Y es que, como se afirma en el texto, el trabajo campesino está unido al amor; y del amor en el trabajo, las mujeres y los feminismos sabemos mucho.

En definitiva, lo que se propone es repensar la construcción del conocimiento campesino como un proceso encarnado, percibir la realidad a través de la «vista, del oído, del tacto, del olfato y del gusto». Un conocimiento que no sólo *se sabe*, sino que también *se siente*, personalizado en cada cuerpo concreto y en su relación con el entorno inmediato. Así, cuerpo y territorio se funden en el conocimiento campesino, valioso legado de las mujeres y los hombres que lo han ido confeccionando a través de la historia. El reto es construir el conocimiento desde las diversas formas de acercarse al mundo, desde los diversos cuerpos, rescatando los saberes cambiantes que las campesinas y campesinos construyen y utilizan en función de sus diferencias.

Vidas a la intemperie es uno de esos libros fundamentales para quienes trabajamos en el ámbito de la soberanía alimentaria porque nos hace repensar y cuestionar algunas verdades asumidas; y porque rescata, además, historias que nos inspiran en la construcción de resistencias que alimenten la memoria y orienten las prácticas de quienes aún hoy nos empeñamos en mantener un mundo rural vivo.

IRENE GARCÍA ROCES



NOTA DEL AUTOR

EL AZAR HA QUERIDO que esta edición coincida con el veinte aniversario de unos hechos que, si bien no guardan relación con los contenidos del libro, en cierto modo lo preceden y lo explican.

El 23 y 24 de octubre de 1997 se produjo el desalojo de Sasé, un pueblo del Pirineo aragonés que había sido okupado por un colectivo de personas que pretendía reconstruirlo y devolverle la vida que las políticas franquistas habían segado en las décadas del auge desarrollista.

El recuerdo de aquellos días, y de los meses previos de resistencia frente a la orden de la Diputación General de Aragón, no sólo permanece por la intensidad de todo lo ocurrido sino porque la experiencia supuso, para algunos de nosotros, un punto de inflexión.¹

Dejar la ciudad para instalarse en algún rincón perdido entre bosques y montañas es un sueño acariciado por todos aquellos que, en algún momento, saborean el amargor de la desorientación y el desarraigo inherentes a una cotidianidad confinada en los entornos urbanos de las sociedades industriales contemporáneas. Aunque, generalmente, se trata de un anhelo tan banal como pa-

1 Sobre aquel episodio apareció un artículo en el n.º 40 de la revista *Ekintza Zuzena* que puede consultarse *on line*: «Sasé, octubre quebrado».

sajero, algunos, en su día, nos tomamos al pie de la letra aquella quimera juvenil.

Pronto comprobamos que muy poco de lo imaginado se correspondía con lo que significa realmente habitar en los márgenes del mundo rural actual. El desengaño suele ser proporcional a la ilusión necesaria con la que alguien decide echar por la borda los planes de vida que supuestamente le aguardaban si hubiera seguido el recorrido impuesto por sus circunstancias. La imagen naif en torno a esta huida hacia el campo se desvanece cuando se impone el inapelable contraste de la propia experiencia.²

A pesar de ello, se nos sigue acusando de padecer un grave trastorno de percepción que, por un lado, nos lleva a considerar como algo factible aquello de *otro mundo es posible* y, por otro, a sufrir una nostalgia enfermiza por una pretendida arcadia campesina perdida en la noche de los tiempos.

Respecto a esta querencia por el mundo campesino tradicional, no deja de ser curioso el hecho de que, salvo en contadas excepciones, desconocemos prácticamente por completo la historia de los territorios que habitamos. Difícilmente se puede reivindicar algo que no se conoce. ¿O quizás es, precisamente, ésta la condición necesaria para cualquier proceso de idealización?

De esas falsas acusaciones, que tal vez no lo son tanto, y de estas lagunas en la memoria es de donde parten y hacia donde se dirigen las siguientes páginas.

Aunque, probablemente, no es posible escribir sin hablar de uno mismo, las preguntas que articulan el libro en ningún momento han tratado de eludir esta aproximación personal y deben

2 En otros lugares he abordado con detenimiento la (auto)crítica de este fenómeno de «vuelta al campo». Ver, por ejemplo, *Fe de erratas; la agitación rural frente a sus límites* (fanzine autoeditado también publicado en el n.º 4 de la revista *Raíces*).

entenderse como un intento de compartir dudas e incertidumbres que ponen a prueba las convicciones sobre las que reposa el andamiaje cotidiano de quien las plantea.

Cuando el coordinador del proyecto Campo Adentro³ me propuso escribir lo que acabaría siendo este texto, hacía apenas un año que habíamos empezado a rehabilitar nuestra casa y a recuperar las tierras que la rodean. Es evidente que un ritmo de vida más descansado, en el que la ansiedad frente a la página en blanco no se retroalimentara con la sensación de estar dejando de lado una lista infinita de tareas domésticas, hubiera ofrecido mejores condiciones para entregarse a la lectura y a los juegos narrativos. Sin embargo, el empeño perdería todo el sentido sin esta dimensión íntima que lo reviste.

No es imprescindible vivir en un lugar como éste ni tener un contacto tan fisiológico con el mundo rural y sus gentes para hilvanar un buen relato sobre todo ello. Son muchos los ejemplos que lo demuestran. De hecho, la excusa de la escritura entendida como herramienta al servicio de procesos personales y colectivos que la trascienden no redime un mal texto ni puede alegarse como atenuante para aplacar las críticas. Lo escrito y todo cuanto le rodea deben valorarse de manera independiente, aunque, en casos como éste, sería conveniente no perder de vista que el vínculo entre ambas esferas nos ayuda a entender el planteamiento de los contenidos y los recursos utilizados en su exposición.

Casa Erreka, Luzaide,
verano de 2017

3 *Vidas a la intemperie* fue editado por primera vez en 2014 por Campo Adentro.



Vidas a la intemperie



INTRODUCCIÓN

EL 21 DE ENERO de 2008 moría Marie Smith Jones a los ochenta y nueve años de edad. Vivía en Anchorage, Alaska. Fumadora y bebedora empedernida, se había casado en 1948 con un pescador de Oregón con el que tuvo nueve hijos. Originaria de un pueblo llamado Cordova, junto al delta del río Copper, sus padres, al nacer, le pusieron el nombre de *Udachkuqax*a'a'ch* («un sonido que gritas a la gente desde lejos»). Marie Smith Jones era la última *eyak* criada en su lengua materna. El eslabón que cerraba una cadena cultural originada diez mil años antes.

El linaje de los *eyak* padecía sus primeros inviernos cuando en otras latitudes más benignas algunos pueblos aprendían a cuidar y reproducir plantas comestibles. Nacía un modo de transitar por la vida a ras de suelo.

Desde entonces, los pueblos campesinos han poblado la tierra con una miríada de pequeños universos. Variaciones infinitas de una misma melodía:

- El empeño por alimentar a los de casa y el yugo de quien les roba su trabajo.
- Dejarse la piel a diario para seguir haciéndolo toda la vida.
- El gusto por el golpe certero, fruto de la necesidad de no equivocarse en sus decisiones.
- Observar toda la vida para seguir aprendiendo.

· La falsa sumisión con el de arriba y la férrea obligación con el de al lado.

· Sobrevivir para seguir sobreviviendo.

La muerte de Marie Smith Jones inaugura el epílogo histórico de la lengua *eyak*. Cuando una lengua enmudece, un mundo se pierde.

El rodillo de la modernización borra cualquier rasgo de diferenciación con el que poder orientarse. Cuando un mundo acalla a los demás, se inaugura nuestro propio epílogo.

El último aliento de aquella lengua nativa de Alaska pasaba inadvertido entre nosotros. Sin darnos cuenta, aquel mismo año también superábamos un umbral de una importancia difícil de valorar. Uno de los rasgos que perfilan la fisonomía de nuestro tiempo.

Por primera vez en la historia vivían más personas en las ciudades que en el campo.

LA CIUDAD ES EL lugar de la concentración, la concentración hecha lugar.

Un polo que atrae un flujo ininterrumpido de cuerpos y de expectativas. De materia y energía en todas sus formas. Espacio en movimiento perpetuo. Rotación acelerada que genera el impulso centrípeto del cual emana su magnetismo.

La ciudad es siempre la morada de algún tipo de poder. Es un centro.

La mirada urbana ha escrito la historia. Ha determinado lo relevante y lo memorable. Ha definido a qué nos referimos cuando hablamos de cultura. La ciudad es autorreferencial. Se basta a sí misma. Sus confines marcan un límite que raramente rebasan sus habitantes. Y cuando lo hacen suele ser para trasladarse a otra ciudad.

El campo es la distancia a atravesar. Lo que se ve de soslayo a través de la ventanilla para mantener la ficción de que existen ciudades distintas.

Una imagen congelada. Una realidad muda.

Un entorno residual, vestigio de un tiempo superado, receptor de todo lo que molesta y no tiene cabida en la ciudad.

En un mundo de metrópolis, lo rural constituye una alteridad. Ninguneada al mismo tiempo que admirada. Un objeto digno de contemplación que no exige ser entendido. Que se deja explicar sin hacer puntualizaciones. Que muestra lo que uno espera encontrar y oculta con decoro las heridas que le han causado.

La ciudad y el campo. Lo urbano y lo rural. Dos mundos que se definen a partir de su oposición...

EN NUESTRO INTENTO POR comprender lo que acontece no encontramos mejor asidero que el de los conceptos, prótesis de gran utilidad, pero si dejamos que anden por nosotros, corremos el riesgo de no llegar a ninguna parte. Si la idea de campo y de ciudad son mutuamente excluyentes, la realidad de la ciudad y del campo nunca lo han sido. La membrana que separa ambos espacios, más que porosa, está desgarrada.

El metabolismo urbano depende por entero de lo que ocurre en el campo. De los alimentos y otros bienes que allí se producen. Sin embargo, para las generaciones actuales es menos evidente la dimensión rural que siempre ha tenido la propia ciudad.

Hasta fechas recientes, la ciudad ha producido parte de sus alimentos. Vaquerías y hornos de pan en los barrios populares, redes de pesca que se remendaban sobre el asfalto. El pequeño comercio vendía alimentos traídos por quienes los habían producido. Hacer la compra implicaba recorrer a diario las calles más cercanas: los huevos y el pollo en esta esquina, dos travesías más allá, los encurtidos; la fruta y las verduras en el mercado de abastos.

En la toponimia urbana abundan referencias a esta ciudad rural. La alhóndiga de Bilbao no siempre ha sido un centro cultural. Tampoco el matadero de Madrid. Los regantes de la huerta valenciana llevan siglos resolviendo sus litigios en El Tribunal de les Aigües, enclavado en el corazón de la capital. Hasta la llegada del ferrocarril, los rebaños que abastecían de carne a la *City* de Londres entraban por su propio pie al centro de la ciudad.¹

1 Carolyn Steel, *Hungry city*, Vintage, 2008.

Huertas y viñedos a ambos lados de las murallas de las ciudades medievales. Jaulas de conejos y gallineros en las azoteas de la posguerra. Victory Gardens en el New York de la Segunda Guerra Mundial, huertas de jubilados en las cunetas de las circunvalaciones.

Existe también una ciudad rural que no se deja cartografiar. Habitada por millones de personas.

Se encuentra en el pensamiento y el recuerdo de los que se marcharon de su pueblo sin llegar a dejarlo del todo. En algunos de sus gestos. En sus ganas de volver siempre que pueden. Es el campo en el exilio. Los campesinos expulsados de sus tierras que nunca han acabado de adaptarse al medio en el que fueron reclusos.

La ciudad contemporánea oculta los últimos rasgos de su ruralidad. Por el contrario, en el campo se perciben cada vez con mayor nitidez las señas de identidad que perfilan su nueva condición urbana.

EL PÚBLICO ASIDUO A los teatros hace tiempo que se ha acostumbrado a encontrarse los personajes de Shakespeare vistiendo traje chaqueta o calzando zapatillas deportivas. No se siente defraudado ni confundido, pues la trama se mantiene.

En el mundo rural actual, aunque visiblemente apolillada, la escenografía sigue siendo la misma, pero la trama representada ha cambiado por completo.

Salvo en zonas muy concretas, las actividades agrarias han dejado de ser el eje sobre el que reposa el entramado social. La gran mayoría de explotaciones no ha conseguido permanecer en el tren de la modernización. Han ido cerrando sus puertas desde la llegada de *Mr. Marshall*.

Las que todavía se mantienen llevan a cabo una actividad a la que cuesta denominar *agraria*. El sector primario ha sido erradicado. Los que siguen cuadrando las cuentas a fin de mes son empresarios industriales que aplican como nadie los principios de la flexibilidad. Libertad de horarios y salario, de contratación y despido, de condiciones y derechos laborales.

Los que sobreviven de las ayudas forman una legión de técnicos de servicios ambientales y paisajísticos.

Los ingredientes con los que las gentes de pueblo cocinan sus vidas son los mismos que en la ciudad. Cambian sólo algunos aderezos. La relación con el mundo, horas perdidas frente al televisor. La relación con el entorno, desplazamientos constantes sentados al volante. La relación con los vecinos, un saludo cordial.

Las familias extensas, espina dorsal de la socialización campesina, han sido atomizadas. También en los pueblos todos que-

rían *el pisito*.² Se han desprendido de su racionalidad económica, en la que el trabajo productivo y la esfera doméstica eran indisolubles. Todos van de casa al trabajo y del trabajo a casa.

A pesar de la magnitud y el calado de esta gran transformación, lo urbano está lejos de haber colonizado completamente el medio rural. Prueba de ello es que tenemos bien clara cuál es la diferencia entre vivir en un caserío de montaña, en una buhardilla del Barrio Latino o en una colmena de catorce plantas junto a la M-30. Entre tener los vecinos más cercanos a diez minutos andando o tenerlos al otro lado de un tabique.

Las diferencias entre el campo y la ciudad permanecen. Aunque no son mayores que las diferencias entre lo que ahora es el medio rural y lo que era hace tan sólo cuatro días.

Y de entre todas ellas hay una que nos indica que algo ha sacudido de raíz la esencia de lo rural. Una señal inapelable del desembarco de la cultura urbana en el resto del territorio.

En contra de lo que dicen los tópicos, las gentes del campo no se pasaban la vida entera trabajando. También gozaban de sus momentos de esparcimiento. Los mayores bailaban después de misa o iban a por setas. Los niños tenían sus canciones y sus juegos. Todos juntos disfrutaban de las romerías y las fiestas patronales. Eran momentos determinantes para la cohesión social. Descanso físico y estímulo emocional.

Es fácil imaginar que la gente gustaba de estos espacios de distensión. Así como de aquellas tareas realizadas en grupo en las que trabajo y fiesta acababan confundándose. Pero entre ellos no había ninguna persona ociosa.

Eso quedaba reservado a las élites dominantes o, recientemente, a los veraneantes y turistas esporádicos. Desde los más

2 *El pisito*, Marco Ferreri e Isidoro M. Ferry, 1959. Basada en la obra de Rafael Azcona.

pequeños a los más viejos, cada cual tenía sus obligaciones asignadas. Todo el mundo trabajaba por encima de sus posibilidades. Y quien decidía no hacerlo se enfrentaba a ser acusado de holgazanería. Uno de los estigmas morales más reprobables en aquella sociedad.

Aún cuando no todo fuera trabajo, era una existencia dedicada a ello.

Nuestros bisabuelos no hubieran entendido, ni aprobado, la actual proliferación de gente ociosa en los pueblos. Jubilados paseando por prescripción médica, desempleados que consumen tardes enteras en el bar, familias que se van a pasar el día a la ciudad, jóvenes que entrenan al fútbol tres veces por semana.

Gente de pueblo ociosa y a menudo aburrída. *Flâneurs* sin talento que han elegido mal el escenario de su deriva. Uno no puede salir a perderse cuando sabe de memoria qué se encontrará. Cuando es tan remota la posibilidad de toparse con una nota disonante que rompa el ritmo de las calles.

Una nueva forma de estar en lo rural. Una mala copia de la vida en la ciudad.

DISECCIONAR LA HISTORIA EN compartimentos separados facilita, sin duda, su relato. Resulta tentador dejarse seducir por ciertos acontecimientos que adoptan la forma de una frontera. O de una bisagra. La muerte de Marie Smith Jones podría ser uno de ellos. Sin embargo, la lengua de los *eyak* había muerto antes de que expirara la última de sus hablantes. Y en cierta manera permanece en los trabajos de los lingüistas que la acecharon en su vejez.

El historiador, como el cartógrafo, delimita territorios. Sus mapas temporales nos hablan sobre todo de su mirada. De sus intenciones y de sus prejuicios. Los hechos están ahí pero es la interpretación que de ellos se hace la que traza las lindes.

La historia de nuestro medio rural ha sido fracturada en un periodo de tiempo que abrumba por su brevedad. La génesis y el desarrollo de este desgarro no son fáciles de sintetizar en pocas palabras. Múltiples procesos concatenados, impulsos estructurales solapados a coyunturas oportunas, decisiones políticas catalizadoras, tendencias económicas irrefrenables.

Tampoco resulta sencillo datar su inicio. Unos lo sitúan en las reformas liberales del siglo XIX. Otros, en la oleada desarrollista del franquismo. En la modernización agraria previa a la Guerra Civil o en la euforia consumista de la segunda mitad del siglo XX.

En cualquier caso, existe un amplio consenso en torno a cuál ha sido el resultado: la desaparición del mundo campesino tradicional.

Una extinción sobrevenida que, no obstante, había sido pronosticada con suficiente antelación.

Marx y Engels anunciaban a mediados del siglo XIX la inevitable —y para ellos deseable— desaparición del campesinado. En sus trabajos apenas dedicaron esfuerzos al estudio de un modo de vida que les era del todo ajeno y les parecía de lo más irrelevante. Tenían claro que los campesinos serían arrollados por el progreso social. Que el desarrollo de las fuerzas productivas pasaría por encima de sus *impotentes y envejecidas* economías familiares *como un ferrocarril sobre una carretilla*.³

Y no se equivocaban.

A quienes sí cogió por sorpresa fue a los mismos que protagonizarían este drama. La generación que ahora se despide de nosotros jamás hubiera podido convencer a sus abuelos de todo lo que han llegado a ver. Les hubieran tomado por locos. La memoria campesina era rica y dilatada. Recordaba vuelcos súbitos en el orden social, momentos trágicos, innovaciones que habían cambiado sus vidas. Pero siempre habían estado ahí. Las convulsiones y las novedades se sucedían pero el campesinado permanecía.

Nadie consigue asumir del todo la idea de dejar de existir.

Lo que acabó con el campesinado fue un letal exceso de atenciones. Por primera vez en la historia, los que nunca se habían preocupado por ellos se empeñaron en sacarles del *pozo*. Era imprescindible que sus condiciones de vida mejoraran, que su economía fuera rentable, que pudieran desplazarse siempre y a donde quisieran. Que gozaran de los mismos derechos que el resto de la sociedad. Y de las mismas comodidades.

Claro que todo esto llegaba un poco tarde. Los suburbios de la ciudad ya estaban llenos.

Los benefactores y beneficiados de aquel progreso se felicitaban. Nadie volverá a sufrir tanto como los pobres campesinos.

3 Werner Rösener, *Los campesinos en la historia europea*, Crítica, 1995.

Algunos nostálgicos se lamentan. La terapia les ha traído una vida más amortiguada pero ha acabado con el mundo al que pertenecían.

La injusticia y el abuso han segado la vida de millones de campesinos. También la han hecho tan miserable como la imaginamos. Una existencia pisoteada, una memoria salpicada por episodios de verdadero genocidio. Un modo de vivir a disposición de quienes les explotaban. Un modo de vivir, a pesar de ellos.

No ha sido la violencia de esta sangría la que ha clausurado su ciclo histórico. El suyo no ha sido un final épico. Los campesinos de nuestro medio rural se han ido en silencio.

Víctimas de un etnocidio con rostro amable. Han salvado sus cuerpos pero su espíritu no ha resistido el embate del tiempo que nos toca vivir.⁴

4 Fue Pierre Clastres quien dijo que el genocidio mata los cuerpos de un pueblo y el etnocidio los mata en su espíritu. *La sociedad contra el Estado*, Virus, 2010.

¿QUIÉNES ERAN LOS CAMPESINOS? ¿Qué les caracterizaba?

Los que vivían en el campo y se dedicaban a trabajar la tierra. La amplia base de la antigua pirámide social.

Preguntas fáciles de responder de manera intuitiva.

Las dificultades afloran cuando se intenta definirlos con un poco más de precisión. Y para ello se han llenado tomos enteros. ¿El campesinado era una clase social? ¿Un modo de producción? ¿Una identidad cultural?

Depende del sesgo de quien propone la definición. De las hipótesis que haya escogido para encajar la realidad en su modelo teórico.

Incluso antes de entrar en materia aparecen los primeros contratiempos. Se trata del nombre de la cosa.

Los que denominamos campesinos nunca se hubieran identificado con este nombre. Ellos se consideraban labradores, labriegos o *llauradors*. *Pagesos*, *peasants* o *paysans*. O también rústicos. Palabras que derivan de las voces latinas *pagensis*, *laborator* y *rusticus*. El que vive en el *pagus* o en el *rus* —el campo—, o el que trabaja.⁵

Aunque tal vez no debería sorprender que los sociólogos, antropólogos e historiadores interesados en estas cuestiones hayan escogido la palabra *campesino*. Necesitaban una solución léxica que abarcara todas las formas que han existido de vivir y trabajar en el campo. Que reuniera bajo un mismo paraguas a los que

5 Josep Fontana, «Los campesinos en la historia: reflexiones sobre un concepto y unos prejuicios», *Historia social* n.º 28, 1997.

criaban animales y a los que cultivaban plantas. A olivaderos y pastores trashumantes, a hortelanos y vendedoras de trementina.

Un neologismo libre de connotaciones demasiado arraigadas podía ser apropiado.

Pero cuando se le pide tanto a un concepto, éste se vuelve ineficaz. Entonces se hace necesario introducir matices y aclaraciones que concedan cierta utilidad a la herramienta. Y de ahí es difícil que no surjan discusiones tan largas como las definiciones que las motivan.

¿Nos sirve de algo una palabra que pretende incluir a todas las personas que durante siglos se han dedicado a trabajar la tierra? ¿Tiene sentido incluir en una misma categoría a los ganaderos mallorquines que construían edificios megalíticos y a los personajes de los cuentos de John Berger? Se hace imprescindible dotar de historicidad al concepto de campesinado. Atender a su heterogeneidad interna y a su relación con los otros estratos sociales.

El cuadro resultante es de una complejidad sobrecogedora.

THEODOR SHANIN PRESENTÓ AL campesinado como una clase incómoda. Por la dificultad que entraña su definición y las polémicas que desata. También por las molestias que históricamente ha generado.

A quienes incomodaba, por supuesto, era a los que vivían a expensas de su trabajo. De su hambre y de su sufrimiento. Antes de engendrar al proletariado industrial, acaparaba todo el peso de la opresión y la desigualdad social. Luego se lo repartirían. Era el *hermano del buey*, la gente baja.

Su vida carecía de valor. Su muerte, de interés. Eran sacrificados en masa por el bien de la nación. Desde la crisis de la patata irlandesa hasta el *Holodomor* ucraniano del estalinismo.

Cuantas veces se levantaron, fueron aniquilados. Desde Thomas Müntzer al Capitán Swing.

Carne de cañón para los ejércitos. Carne de hoguera para los inquisidores.

La tradición del campesinado es la tradición de los oprimidos. La que nos enseña que el estado de excepción en que vivimos es la regla.⁶

Somos los descendientes del campesinado. En sentido figurado y literal.

Los hijos y los nietos de los últimos campesinos. Los nueve hijos de Marie Smith Jones que no aprendieron la lengua de su madre.

También nosotros tendremos ocasión de lamentarnos por ello.

6 Walter Benjamin, *Tesis de filosofía de la historia*, Etcétera, 2001.

Provenimos de un mundo que no hemos conocido y serán otros quienes nos cuenten cómo era. Los campesinos no pueden hacerlo. Han desaparecido y nunca escribieron su historia.

Para entender un poco nuestro presente deberemos rastrear y purgar lo que de ellos se ha escrito. Las imágenes distorsionadas que nos brindan sus difamadores y sus falsos aduladores.



Los otros y los campesinos



LATHE BIÓSAS —PASA DESAPERCIBIDO mientras vivas— es el consejo que Epicuro daba a sus discípulos mientras paseaban por su jardín.

Seguramente nunca hubiera imaginado que los que aplicarían con más esmero su consigna serían los campesinos. Gentes que jamás pasearon, que nunca pisaron un jardín. Pero de poco les valió el intento. Siempre había alguien que reparaba en ellos. Alguien dispuesto a negarles la posibilidad de saborear la ataraxia epicúrea, aquella serenidad capaz de hacernos sobrellevar las amarguras propias de la vida.

Lo que sí consiguieron fue pasar de puntillas por la historia. Figurantes de una crónica escrita con mayúsculas, el rastro de su presencia es prácticamente imperceptible. No sabemos nada de los millones de personas que han vivido y trabajado la tierra que habitamos. Las referencias escritas de sus vidas se limitan al registro de su nacimiento, matrimonio y defunción. En el mejor de los casos. La mayoría de ellos siempre quedaron al margen de cualquier estadística.

De vez en cuando, los campesinos salían a escena. Por un momento interrumpían el monólogo y, acto seguido, volvían a esfumarse tras el telón. Sus apariciones eran tan fugaces como intensas. El público quedaba confundido, el director y los actores protagonistas, visiblemente irritados. El campesinado es un sujeto histórico inquietante. Cuando ocupa el lugar que se le presupone, suscita un absoluto desinterés. Cuando se posiciona por sí mismo, una pasión desbordada. No hay término medio. Como tampoco existe la mirada templada en torno a su condición.

Desandar sus pasos es seguir un mapa encriptado. Todo lo que en él podemos leer está impregnado de tinta simpática; pero no tenemos más remedio que seguirlo.⁷ Nos conduce por una senda errática que no resolverá el interrogante de quiénes fueron los campesinos, pero si es capaz de alumbrar nuevas preguntas, el camino no habrá sido en balde.

7 «El acontecer que rodea al historiador y en el cual toma parte estará en la base de su exposición como un texto escrito con tinta simpática. La historia que le presenta al lector constituye, por así decir, las citas en este texto, y sólo son estas citas las que están allí de un modo legible para cada cual. Escribir historia significa, pues, citar historia. Pero en el concepto de citar está [contenido] que el objeto respectivo sea arrancado a su contexto». Walter Benjamin, *Tesis de filosofía de la historia*, *op. cit.*

RAZONES

ALEKSANDR VASÍLIEVICH ERA UN joven brillante. A los veinticuatro años publicó su primer libro de poesía, *El Libro de Lyalina*. Las paredes de su casa estaban repletas de los grabados que coleccionaba, pero su pasión era otra. Lo que ocupaba su tiempo era el estudio de las formas de cooperación agrícola. Con veinte años había presentado su primer trabajo sobre cooperativas en Italia y tres años más tarde se le podía ver en el Congreso de Agricultura de Moscú. No pertenecía al partido bolchevique, pero no ocultaba su inclinación por el socialismo. Durante el estallido revolucionario de 1917, con veintinueve años, escribió un folleto en el que exigía la devolución de las tierras acaparadas por los terratenientes al campesinado. Como era de esperar, la solución que proponía para la situación de los campesinos rusos era el cooperativismo agrario.

Era economista, pero sabía que la miseria en la que vivían las gentes del campo no obedecía a razones de carácter técnico. No se podía atribuir su pobreza al clima riguroso de la estepa ni a los arcaicos medios de producción. No, al menos, exclusivamente. Se trataba de un problema de orden social y, por eso, no dudó en colaborar activamente con el naciente gobierno del pueblo.

Era buen conocedor de los debates que la cuestión agraria había suscitado en el periodo prerrevolucionario. En 1911 se había adherido a la Escuela de Organización y Producción, una corriente que mantenía una distancia crítica frente a la doctrina agraria del marxismo ortodoxo abanderado por Kautsky y Lenin.

DESDE EL CONGRESO INAUGURAL de la Asociación Internacional de Trabajadores (Ginebra, 1866) se había extendido la convicción de que el campesinado era un vestigio del Antiguo Régimen que debía ser erradicado. Por el bien de la revolución y de los obreros, pero también por el de los propios campesinos y trabajadores rurales.

En el segundo congreso (Lausana, 1867), Marx impulsó la tesis de la colectivización de la tierra en manos de un Estado socialista, frente a la utopía campesina de pequeños propietarios familiares que defendía Proudhon.⁸

Las aportaciones teóricas de Bakunin y Kropotkin tampoco habían cuajado en la élite intelectual del movimiento revolucionario. El primero estaba convencido de que una revolución impulsada por las clases populares campesinas en alianza con otros sectores podía evitar en Rusia la dominación industrial que había acompañado al desarrollo del capitalismo en los países occidentales. Para ello, se basaba en la naturaleza rebelde y socialista de la cultura campesina rusa. La comuna rural y sus formas de organización colectivista eran la fuente natural de la que manaba un sistema de «valores humanos». La solidaridad que en el pasado había propiciado tantas rebeliones, en el futuro, sería capaz de espolear un proceso de corte revolucionario.⁹

8 Werner Rösener, *op. cit.*

9 Eduardo Sevilla Guzmán, *Desde el pensamiento social agrario*, Universidad de Córdoba, 2006.

Kropotkin fue su discípulo más aventajado. Compartía la visión del campesinado ruso de su compañero de lucha, pero llevó el argumento más allá. En el que probablemente sea su libro más conocido, nos presenta el apoyo mutuo como el motor de la historia humana. En su intento por refutar el darwinismo social, concibe las relaciones de mutualidad como el factor determinante de la evolución biológica y, por lo tanto, social. La aldea campesina constituye un estadio de este proceso y si ha desaparecido en Europa no es a causa de una muerte natural. La forma de organización tradicional del campesinado no ha sucumbido por no haber sabido adaptarse a las leyes económicas modernas. La razón de su extinción no es otra que el empeño del Estado burgués en destruir su soberanía asamblearia, su jurisdicción y administración independientes y sus bienes comunales.¹⁰

10 Piotr A. Kropotkin, *El apoyo mutuo*, Pepitas, 2016.

EN 1861 EL ZAR Alejandro II decreta la abolición de la servidumbre. Un reguero de levantamientos campesinos había convertido el campo ruso en una insoportable olla a presión. Esperaba que el gesto funcionara como válvula de escape, pero los ánimos estaban demasiado agitados. La explotación del campesinado seguía siendo la de siempre y, además, por el horizonte asomaban aires que lo impregnaban todo con nuevas resonancias.

Aquel mismo año, Nikolái Gavrílovich Chernyshevski tuvo que resignarse a compartir la sede de *Sovreménnik*, la revista de crítica literaria que dirigía.¹¹ Varios grupos de estudiantes y campesinos revolucionarios la habían escogido como punto de encuentro para sus reuniones secretas.

Eran lectores de *Sovreménnik*, pero en el fondo de sus abrigos traían ejemplares de otra publicación que podía permitirse un tono más desenfadado, *Kolokol* (La campana). Se editaba en Londres para ser distribuida en Rusia de forma clandestina. La dirigía Aleksandr Ivánovich Herzen y en sus páginas escribían ilustres colaboradores. Uno de ellos acababa de llegar a Londres tras ocho años de presidio. Había sido arrestado durante la insurrección de Dresde, en 1849, y deportado a Rusia dos años más tarde. Tras seis años recluido «en las más oscuras mazmorras de la Rusia zarista», Alejandro II le conmutó la pena por un exilio perpetuo a Siberia. En ese trance consiguió escapar y viajar a Inglaterra. Tenía cuarenta y tres años y mantenía intacto su fervor insurreccional.

11 Las citas no referenciadas sobre el movimiento *narodnik* pertenecen a Eduardo Sevilla Guzmán, *op. cit.*

Herzen se vio arrollado por las convicciones de aquel ruso exiliado, precisamente en un momento en que las suyas habían empezado a transitar desde posiciones libertarias y socialistas a otras de tono más reformista. Por un tiempo mantuvo, como tantos otros hicieran, a aquel apátrida revolucionario. Al más célebre de sus articulistas, Bakunin.

Herzen y Chernyshevski son considerados los precursores intelectuales del movimiento populista ruso (*narodnik*). Ambos creían que fortaleciendo la comuna campesina y sus formas de acción solidarias se podía evitar el advenimiento de la industrialización capitalista. Los *narodniki*, contradiciendo el dogma marxista, creían que era posible instaurar el socialismo sin pasar por el infierno del capitalismo. Se referían a Rusia. Un territorio todavía sin modernizar y que, precisamente por ello, podía marcar un nuevo rumbo en el devenir revolucionario.

Los discretos lectores que merodeaban por la sede de *Sovreménnik* habían creado sin ser muy conscientes de ello la primera organización revolucionaria narodnista, *Zemia i Volia* (Tierra y Libertad).

Chernyshevski fue detenido al año siguiente. A finales de aquella misma década, también muchos de los que compartieron oficina con él.

Purgado de sus elementos más extremistas, el movimiento conoce su fase más cándida. Una romántica explosión de fe en los instintos socialistas del campesinado ruso. Numerosos grupos de estudiantes dejan la ciudad y se instalan en el medio rural. Querían trabajar codo con codo con los campesinos. Admiraban la institución comunal campesina y no dudaban del potencial revolucionario de sus habitantes. Jóvenes de ciudad que habían estudiado con esmero las costumbres y la cultura campesinas. Sus canciones y sus leyendas. Su dialecto y su historia. No pretendían instruir al pueblo, tan sólo realizar un *intercambio simétrico* con él. De conocimientos y de ilusiones. Fue la conocida *ida hacia el pueblo*.

A pesar de ser un movimiento informal y desestructurado, cobró una dimensión considerable. Entre 1873 y 1874 miles de hombres y mujeres se adhirieron a los grupos *naródniki* en más de treinta provincias.

El espejismo duró bien poco. Justo al alzar el vuelo, la *ida hacia el pueblo* se estrelló contra un muro de cruda realidad. El campesinado no era una masa homogénea que les esperaba con los brazos abiertos. Encontraron aliados, ciertamente. Pero no todos eran tan receptivos como habían imaginado y muchos de ellos no disimulaban su hostilidad. No les entendían y no les gustaban. Incluso algunos les tenían miedo. Eran jóvenes extraños, y sus ideas, muy peligrosas. En 1874 se desata un nuevo arresto masivo de *naródniki*. Y no fueron pocos los casos en que las denuncias provenían de los propios campesinos.

De las cenizas de aquel sueño de verano surgiría la última etapa del movimiento. Mucho más estructurado y precavido. Seguían orbitando entre el campo y la ciudad pero ahora sabían que el campesinado no era revolucionario por naturaleza. La organización comunitaria de la vida campesina generaba un sistema de valores próximo a la solidaridad del socialismo. Pero eso no bastaba. Se requería una dinámica de lucha en defensa de las necesidades inmediatas del pueblo para que, de ese modo, surgiera una élite política propiamente campesina. Una gimnasia revolucionaria que engendraría al interlocutor que necesitaban los *naródniki* en el medio rural.

En 1876 dos golpes de efecto mostraban la madurez del movimiento. En primavera convocaron una manifestación en San Petersburgo. Un estudiante que llevaba tres años en prisión preventiva había muerto. El apoyo de la ciudadanía fue masivo, la represión por parte de las autoridades zaristas, mínima.

Ese mismo verano organizaron con éxito la evasión de Kropotkin. Se encontraba prisionero en un hospital cercano a la capital y

tras su huida a Finlandia siguió colaborando con el movimiento al que se había integrado unos años antes.

Habían aprendido que la teoría de fundirse con el pueblo era válida. Que los ideales campesinos eran susceptibles de adaptarse a los nuevos tiempos. Ya no podían demorar más la confrontación directa con el Estado y las circunstancias pedían un nuevo tipo de organización. En 1879 disuelven *Zemla i Volia* y fundan *Naródnaya Volya*, el Partido Social Revolucionario de la Voluntad del Pueblo. Una organización en la que no había lugar para la espontaneidad ni para alegres salidas al campo. Estrictamente clandestina y con una táctica bien clara, el *terrorismo*.

El Estado tardó ocho años en erradicarla definitivamente. Pero la semilla revolucionaria había enraizado en el suelo de la estepa. Transcurridos veintiséis años desde la abolición de la servidumbre, la presión en el campo seguía en aumento. El gesto del zar había sido gratuito. Para el campesinado ruso y para él mismo. El 13 de marzo de 1881, en su paseo dominical por las calles de San Petersburgo, se había topado con aquella terrible voluntad del pueblo.

DURANTE LOS PRIMEROS AÑOS de la Revolución todo estaba por hacer. Nacía un mundo en el que los viejos debates habían perdido su sentido. Los economistas soviéticos ya no se preocupaban por las consecuencias que el avance del capitalismo podía generar en la agricultura. No tenían ningún interés en averiguar si el campesinado ruso era esencialmente revolucionario o no lo era. El capitalismo había sido desterrado; el campesinado y el proletariado habían demostrado sus aptitudes como sujeto histórico.

De lo que se trataba ahora era de construir el socialismo. De llevar a la práctica el ideal que acababa de abrir una brecha en la historia de la humanidad.

Por méritos propios, Aleksandr Vasílievich fue nombrado director del Instituto de Investigación Científica de la Economía Agrícola. El trabajo era ingente, las discusiones, acaloradas. El objetivo no era otro que el diseño de la política agraria de la nueva Unión Soviética.

El joven director no podía estar de acuerdo con la propuesta de Lenin de socializar la tierra y organizar la producción en grandes explotaciones. Había leído con atención la obra de Marx y se daba cuenta de que ciertos detalles estaban siendo olvidados o despreciados por el padre de la Revolución.

En 1871 Marx conoció a Piotr Lávrovich Lavrov. Durante años mantendrían una correspondencia fluida de la cual el alemán extraería nuevos interrogantes. Cabe suponer que en sus cartas

hablaron sobre el campesinado ruso: Lavrov era uno de los intelectuales más influyentes de *Zemlia i Volia*.¹²

Una hipótesis no comprobada aunque plausible.

En sus últimos escritos, Marx reconoció la posibilidad de un desarrollo multilínea de la historia. La evolución de la economía inglesa que tanto había estudiado no tenía por qué darse en un contexto como el de Rusia. El dogma de la inevitable desaparición del campesinado no podía aplicarse de forma universal.

A este argumento se aferraba Aleksandr Vasílievich. Rusia, como el resto de Asia y África, no encajaba en una teoría económica creada *ad hoc* para el contexto de Europa occidental. La ley que vinculaba de forma necesaria la expansión del capitalismo a la erradicación de los modos de producción anteriores no se ajustaba a la realidad empírica. Aleksandr Vasílievich lo había visto con sus propios ojos. En Rusia convivían unidades de trabajo familiar campesino junto a explotaciones integradas en la lógica capitalista. El campesinado entendido como modelo económico no había desaparecido. Y no era de recibo pretender que por el bien de la Revolución tuviera que hacerlo. Con una mezcla de tristeza y ambición, a mediados de los años veinte, escribía: «el modo campesino de producción tiene sus propias leyes económicas; es una tarea todavía no realizada por la teoría marxista descubrirlas y formularlas».

A partir de ese momento dedicó su trabajo a cubrir esta carencia. Su vida y su nombre quedarían vinculados de forma permanente al estudio del campesinado: Aleksandr Vasílievich Chayánov.

12 Eduardo Sevilla Guzmán, *op. cit.*

CHAYÁNOV ESTABA CONVENCIDO DE que la nueva agricultura socialista tenía que sustentarse en la agricultura campesina. Una política de desarrollo que atendiera a las condiciones sociales y ambientales de los distintos territorios del país. Que no se limitara a expender recetas basadas en el aumento de la escala productiva y la homogeneización técnica de las explotaciones.

Su propuesta teórica para el «progreso de la agricultura rusa» se basaba en una red de cooperativas locales que se coordinarían de forma vertical sin perder su autonomía y sus peculiaridades. Pequeñas asociaciones de campesinos que se convertirían en núcleos de democracia de base.

Esbozó también los principios de lo que llamó *Agronomía social*. Para Chayánov, «el conjunto de prácticas y el conocimiento campesino constituyen un valor profundo para la agronomía».¹³ La extensión agraria llevada a cabo por los técnicos debía convertirse en el fermento que elevara la producción campesina. No en su exterminadora. Era necesario superar la ruptura entre el pueblo y la *intelligentsia* a través de un diálogo entre el saber campesino y el científico. Basado en la pedagogía y no en la imposición.

Quería convertir, en definitiva, la comuna aldeana en una cooperativa moderna. En la que sus miembros se adhieren de forma voluntaria, manteniendo su individualidad económica, a una organización democrática dirigida por ellos mismos.

13 Eduardo Sevilla Guzmán, *op. cit.*

Casi un siglo después, su modelo cooperativista nos sorprende por su relativa vigencia. Sin embargo, si Chayánov ha pasado a la historia es, sobre todo, por su análisis del modo de producción campesino.

El pensamiento económico está atravesado por un rastro de hostilidad hacia el campesinado. Quesnay, a mediados del siglo XVIII, hacía un alegato en favor de la agricultura. Ésta era la única actividad humana capaz de generar una verdadera riqueza. Pero aborrecía la pequeña empresa campesina. Era necesario reformarla íntegramente y aumentar su tamaño para sentar las bases de una agricultura más eficiente.¹⁴ El mismo Karl Marx había escrito que la empresa campesina familiar era «la más corruptora de las costumbres y de máximo irracionalismo».¹⁵ Un argumento compartido por muchos economistas liberales del siglo xx.

Para ellos la producción campesina presentaba características incomprensibles. En cuanto trabajador explotado, el campesino debía ser encasillado en el bando del proletariado. En cuanto propietario del capital y de los medios de producción, en el de la clase empresaria. En determinadas ocasiones realizaba esfuerzos titánicos para conseguir una ganancia irrisoria. En otras, despreciaba con displicencia una buena oportunidad de negocio. Su lógica económica era absolutamente irracional.

A este comportamiento bipolar se le ha conocido con la peyorativa expresión de «pasividad económica campesina». Pero tal vez no eran los campesinos los que tenían un problema de disfunción cognitiva.

Los economistas necesitan entender y explicar la naturaleza de los procesos económicos. Viven de ello. Como el resto de

¹⁴ Marc Martí, *Ciudad y campo en la España de la Ilustración*, Milenio, 2001.

¹⁵ Werner Rösener, *op. cit.*

científicos sociales, han elaborado robustos cuerpos teóricos, pero sufren un profundo complejo de inferioridad. Sus disciplinas adolecen de la transparencia apolínea de sus hermanas mayores. La física, la matemática. Transitán además por un terreno mucho más pantanoso. Para ellos los principios cuánticos de dualidad e indeterminación tienen consecuencias más inmediatas. Nadie les tiene que recordar que la mirada del científico engendra el objeto estudiado. Y en su caso no se trata de saber si uno ha detectado una partícula o una onda. O de ser capaces de medir la velocidad y la posición de un electrón al mismo tiempo. Lo que está en juego es la posición que ocupa uno mismo. La velocidad a la que asciende o desciende en la jerarquía académica.

Construyen artefactos teóricos con los que anticiparse a los hechos. Sus bolas de cristal deben estar bien calibradas para no defraudar al cliente. Introducen mejoras en el diseño y utilizan las últimas tecnologías. Disponen de presupuesto y personal, pero sus inventos siguen fracasando. Fabrican catalejos con los que acercarse a la realidad, pero de sus talleres lo único que sale son confusos caleidoscopios.

Sigue siendo un enigma por qué se empeñan en concebir su trabajo como una actividad científica. O tal vez no. La ciencia es el nuevo dogma de fe.

Les bastaría con levantar la vista de la mesa en la que disecionan la realidad. Dejarse sorprender por simples obviedades. Como las que inician el recorrido de la teoría chayanoviana.

El objetivo económico del campesinado es la reproducción del grupo doméstico. Su trabajo no persigue el lucro sino la supervivencia. El mantenimiento y la mejora del estatus adquirido.

En las economías campesinas, el capital invertido o las horas realizadas no tienen una relación directa con el beneficio obtenido. La retribución de la fuerza de trabajo no tiene un salario o una asignación fija. Cuando están en casa, las familias campesinas

cobran siempre en especie. Su remuneración no depende de lo mucho o poco que hayan trabajado sino de lo llenos que estén el granero y la despensa.

Lo que confundía a los economistas no era otra cosa que la imposibilidad de separar la esfera productiva de la reproductiva. Vínculo que explica por qué una familia, cuando intuye que la escasez acecha, puede creer oportuno dejarse la piel a cambio de una cosecha insignificante. O por el contrario, cuando entiende que sus necesidades están cubiertas, rechazar ese mismo trabajo. La toma de decisiones depende de un equilibrio fácil de entender para quien ha trabajado la tierra. A un lado de la balanza se sitúa la «medida de la satisfacción de las necesidades de consumo». Al otro, «la fatiga y la dureza del tipo de trabajo».¹⁶

16 Chayánov, *La organización de la unidad económica campesina*, 1925.

EN 1968 LA REVISTA *Science* publicaba el artículo que haría famoso a Garrett Hardin, «Tragedy of the commons». El texto se iniciaba con un dilema: si alguien que comparte con otros un recurso limitado actúa en su propio interés, perjudica al conjunto de individuos, incluido él mismo.

Para ilustrarlo, Hardin tomaba un ejemplo propuesto por William Forster Lloyd en 1833. Imaginemos un pastizal compartido por un número cualquiera de pastores. Cada uno de ellos lleva sus animales al pasto común, pero se dan cuenta de que no se comen toda la hierba. El pasto podría alimentar todavía a más cabezas de ganado. Por lo tanto, cada pastor aumenta el tamaño de su rebaño. La consecuencia es evidente: los animales pasan hambre porque ahora no hay suficiente hierba y el pasto queda sobrexplotado y degradado.

Aunque hubieran sido conscientes del riesgo, cada uno de ellos habría actuado de manera racional: el beneficio que obtenían por cada nuevo animal introducido en el pastizal era mayor que el perjuicio. La ganancia era individual, la pérdida, compartida entre todos, y a cada uno le correspondía tan sólo una parte proporcional del daño.

«La tragedia de los comunes» es, probablemente, uno de los textos más discutidos en el pensamiento ecologista. Centrado en atacar un modo de tenencia determinado, el comunal, pasaba por alto que la gestión estatal y privada tampoco han garantizado la conservación de los recursos naturales. Hardin era biólogo. La historia no era su fuerte, pues había confundido gestión común con

libre acceso. Las tierras comunales nunca han estado abiertas a todo el que quiera utilizarlas. Complejas instituciones basadas en normas consuetudinarias regulan su aprovechamiento, la toma de decisiones y la resolución de conflictos.

Se han documentado cientos de casos en los que los comunales han garantizado la conservación de los recursos que gestionan. Incluso, en 2009, Elinor Ostrom recibió el premio Nobel de Economía precisamente por su trabajo sobre casos ecológicamente exitosos de gestión comunal.

Años más tarde, Hardin reconocería su error. Debía haber titulado su artículo «La tragedia de los comunes desregulados». Con este matiz, explicitaba la perspectiva desde la que encaraba la cuestión.

Lo que preocupaba al biólogo norteamericano era sobre todo la demografía. Como Forster Lloyd, era un malthusiano convencido. El problema más grave que enfrenta nuestro planeta es el de la sobrepoblación y sin una estricta regulación nos aguarda el mismo destino que a los pastores del ejemplo. «Los individuos encerrados en la lógica de los recursos comunes son libres únicamente para traer la ruina universal». Hardin lo tenía claro. «La injusticia es preferible a la ruina total». En 1974 defendía una «ética del bote salvavidas» como medida cautelar frente a la degradación ecológica. Los privilegiados vivimos en un pequeño bote, los subdesarrollados nadan a nuestro alrededor intentando subirse a él. Pero no hay sitio para todos. Como decía Gandhi, se necesitarían varios planetas Tierra para que la población de la India pudiera vivir como sus colonizadores. Por lo tanto, puede ser justificable dejarles en el agua. No lo expresaba tan crudamente pero así lo interpretó la mayoría. Su propuesta explícita era el control activo de la natalidad en los países pobres. Frenar su expansión demográfica incontrolada era una necesidad imperiosa de la época. También Marx había basado su ética en la necesidad histórica. Hegel, anteriormente,

había sentenciado que la libertad es el reconocimiento de la necesidad. Spengler, por su parte, sería bastante más explícito: «ya no tenemos libertad para hacer esto o aquello, sino lo necesario o nada. Sentir esta situación como “buena” es, en última instancia, lo que caracteriza al realista».¹⁷

En 1966, Kostas Papaïoannou nos advertía de que uno de los factores que se halla en el origen del totalitarismo es la concepción de una presunta necesidad como único fundamento del bien y de lo justo. Hoy en día son los ecologistas «realistas» los que anticipan el rumbo de la futura dominación. James Lovelock se lamentaba en 2010 de la irrefrenable inercia de los seres humanos. «Necesitamos un mundo más autoritario». Ante problemas como el cambio climático, su propuesta no era otra que «poner la democracia en suspenso por un tiempo».¹⁸

La aceptación generalizada de la crisis ecológica mundial es cualquier cosa menos una toma de conciencia. Los nuevos imperativos que plantea se convertirán en argumentos inapelables. ¿Quién se opondría al establecimiento de una organización social nueva que permitiera salvar a la humanidad, el planeta y la biosfera?¹⁹

17 Ander Berrojalbiz, *La ética marxista y el espíritu del capitalismo totalitario*, El Salmón, 2011.

18 *Ibid.*

19 Jaime Semprun y René Riesel, *Catastrofismo, administración del desastre y sumisión sostenible*, Pepitas, 2011.

LA TRAGEDIA DE GARRETT Hardin estaba protagonizada por un imaginario grupo de pastores. Para ilustrar el problema bien podía haber escogido los grandes buques pesqueros. Pero en realidad él no hizo más que tomar un relato prestado. Escrito en la Inglaterra de principios del siglo XIX. En ese contexto, el ejemplo sí estaba bien hallado. Forster Lloyd lo publicó en 1833. Tres años después de que la revuelta del Capitán Swing recorriera el campo inglés. Una protesta que algo tenía que ver con la desposesión de los comunales. Los pastores de Hardin son alegóricos pero los de Forster Lloyd eran de carne y hueso.

La retórica que acompañó las reformas agrarias liberales de cercamiento de comunales estaba impregnada por el desprecio al pequeño campesinado. Los que poseían muy poca tierra o carecían de ella encontraban en los comunales un pequeño pero inestimable colchón para su subsistencia. Eran los principales causantes de su deterioro.

Ésta es la conclusión a la que hubiera llegado Hardin de haber sido historiador. Tanto su ética del bote salvavidas como su tragedia comunal escamotean un mismo detalle: el veinte por ciento de la población mundial consume el ochenta por ciento de los recursos del planeta.

Existe un vínculo directo entre la degradación ecológica que históricamente se ha producido en el medio rural y las élites de poder. Los grandes rebaños señoriales lastimaban más los baldíos que el par de cabras del campesino. Las campañas bélicas de la armada acababan con bosques enteros. No los atillos de leña para el fuego del hogar.

¿No contribuían entonces los campesinos a la presión sobre los ecosistemas locales? Sin duda. La cuestión a determinar es en qué medida y cuáles eran las circunstancias que les empujaban a ello. Un comportamiento ecológicamente irracional motivado casi siempre por una no menos irracional desigualdad social. La tierra era ancha... pero ajena.²⁰

En 1992 E. A. Wrigley se preguntaba por qué la pobreza es inevitable en las sociedades tradicionales.²¹ Y ciertamente, más allá de los aspectos sociales, existían otras razones. Su metabolismo económico se basaba en la fotosíntesis y en la energía cinética de los ríos y el viento. Eran economías de base solar. Y en nuestro medio rural siguieron siéndolo hasta su desaparición.

La importación masiva de insumos agrícolas llegó con los albores del siglo xx. Pasada la Guerra Civil, el noventa por ciento de la energía que movilizaba la agricultura española correspondía al trabajo manual y a la tracción animal.²² La única reserva energética con la que contaba la economía campesina eran los bosques. La leña y el carbón vegetal. Reservas progresivamente diezgadas desde el ocaso de la Edad Media.

Para trabajar la tierra, los campesinos contaban tan sólo con su esfuerzo y con sus animales de tiro. Pocas herramientas y utensilios que ellos mismos confeccionaban o adquirirían en la región. Si podían.

Toni Sitges es de Son Macià, cerca de Manacor, Mallorca. En torno a 1865, sus abuelos dedicaban buena parte del verano

20. Ciro Alegría, *El mundo es ancho y ajeno*, Lumen, 1978.

21. E. A. Wrigley, *Why Poverty is Inevitable in Traditional Societies*, 1992. En González de Molina y Martínez Alier (eds.), *Naturaleza transformada*, Icaria, 2001.

22. José Manuel Naredo, *La evolución de la agricultura en España*, Universidad de Granada, 2004.

a trillar. La cosecha era exigua pero el proceso se alargaba. Para acarrear las gavillas del campo a la era no contaban más que con una mula. Tres gavillas en cada viaje. Doce al día. No tenían carro. Tampoco trillo. Eran las pezuñas de la misma mula las que separaban el grano de la paja.²³

23 Damia Duran, *Paraules d'un camperol*, Obra social y cultural «Sa nostra», 1998.

EL SOL INCLEMENTE DE julio ya no encuentra trillos deslizándose sobre las eras de Manacor. Están colgados en la pared de algún museo. Junto a las muelas del molino. Los abuelos de Toni Sitges murieron hace tiempo. Probablemente él también.

Los campesinos se han ido de Europa, pero podemos encontrarlos en otras tierras. Son la mayoría de los que nadan alrededor del bote salvavidas de Hardin. Los que alimentan al resto de nadadores.

Trabajan la tierra que no ha sido usurpada por la agroindustria. La que ha sido rechazada por inapropiada. La que está en su punto de mira pero todavía no ha sido colonizada.

Sus sistemas agrarios siguen vivos y han llamado la atención de algunos discípulos lejanos de Chayánov.

Se acercan a los campesinos para estudiarlos. Investigan la situación de la agricultura en el mundo y les preocupa. La agricultura industrial se encuentra en un callejón sin salida. Ineficiente, tóxica y dependiente de recursos cada vez más escasos. Su trayectoria es una continua huida hacia delante. Por eso buscan nuevos caminos para la producción agraria y están convencidos de que los campesinos les pueden dar algunas pistas. Han ido a su encuentro también para aprender de ellos. Los pueblos campesinos han conseguido adaptar sus sistemas agrícolas a las condiciones ambientales de las distintas zonas del mundo. Un largo proceso de coevolución entre ecosistemas agrarios y culturas campesinas. Sus modos de producción no requieren transformar por completo el entorno. Tampoco dilapidar ingentes flujos de energía ni intro-

ducir sustancias nocivas en la cadena alimentaria o en el medio ambiente. En contraste con la producción industrial de alimentos, la agricultura campesina es la aplicación práctica de una profunda racionalidad ecológica.²⁴ Los sistemas agrícolas campesinos mantienen íntimas relaciones con los ecosistemas locales. Los insumos son bajos y prácticamente todos se generan en el entorno más próximo. Se comercializan ciertos excedentes en los mercados locales pero las suyas no son empresas comerciales. La reproducción del grupo doméstico es su principal objetivo.

En tales circunstancias, la conservación de las bases ecológicas del sistema agrario es imprescindible. De ella dependen las futuras cosechas. Por eso, la producción campesina desarrolla un manejo sostenible de los agroecosistemas. Una apropiación de la naturaleza capaz de mantenerse en el tiempo.

La prueba es que llevan siglos haciéndolo. ¿Pero cuáles son los mecanismos que permiten a los campesinos llevar a cabo una producción sostenible?

En primer lugar, un profundo conocimiento de su entorno. Astronomía, meteorología, geología, ecología, botánica, agronomía, fisiología, geografía, medicina... Son algunas de las disciplinas científicas en las que podríamos encasillar el conocimiento que aplican cuando trabajan la tierra.²⁵

Conocen todos los rincones de sus fincas y saben cuál es el aprovechamiento más apropiado para cada uno de ellos. Aplican técnicas productivas que son a la vez prácticas de conservación de los recursos. O tal vez se trata de técnicas de mantenimiento de los

24 Víctor Manuel Toledo, «La racionalidad ecológica de la producción campesina». En Sevilla Guzmán y González de Molina (eds.), *Ecología, campesinado e historia*, La Piqueta, 1993.

25 Miguel Ángel Altieri, *Agroecología, bases científicas para una agricultura sustentable*, Nordan-Comunidad, 1999.

agroecosistemas que a la vez mejoran la producción de alimentos. En cualquier caso, todas se resumen en una sola gran estrategia de manejo: el incremento de la biodiversidad.

Los espacios agrarios no dejan de ser sistemas naturales intervenidos, artificializados. En un ecosistema silvestre, «natural», los flujos de materia y energía, la sucesión de especies y las relaciones entre los distintos elementos se autoregulan. Son, por definición, sistemas sostenibles. En el caso de los agroecosistemas, la mano del campesino simplifica su estructura y favorece el predominio de ciertas especies. Se trata de un equilibrio forzado que requiere la aportación de una energía externa al ecosistema: el trabajo agrícola. Si la estructura se simplifica hasta extremos inverosímiles, los aportes a realizar se disparan. Maquinaria, combustible, abonos, herbicidas, fitosanitarios, invernaderos, sistemas de riego, variedades de alto rendimiento, antibióticos...

Cuanto más diverso es un agroecosistema, menos insumos requiere.

Las familias campesinas son meticulosas administradoras de sistemas productivos que pueden llegar a albergar cientos de elementos biológicos distintos. Árboles, arbustos, plantas cultivadas y silvestres, setas, rebaños, animales de tiro, mamíferos domésticos, abejas, peces, aves de corral. No sólo aprovechan la diversidad biológica sino que la crean. La agricultura industrial modifica el entorno para satisfacer las exigencias fisiológicas de una semilla. La agricultura campesina, por el contrario, procura que la semilla se adapte al entorno. De este proceso surgen las variedades y las razas locales. Un impresionante patrimonio genético que está siendo dilapidado a un ritmo pavoroso.

Acostumbrados al desierto biológico de los monocultivos, estas imágenes nos trasladan a una realidad de ensueño. Es fácil dejarse llevar por el entusiasmo. Pero los campesinos no desarrollaron su forma de producción pensando en el bien de la humanidad.

Contaban con fuerzas limitadas. Los recursos estaban ahí y tenían que aprovecharse de la mejor manera posible. La apropiación diversificada del territorio no era más que otra de sus estrategias de supervivencia. No podían permitirse el lujo de jugárselo todo a una sola carta.²⁶

26 Josep Pla, *Els pagesos*, Destino, 1968.

A FINALES DE LOS años veinte, Aleksandr Vasílievich estaba preocupado. Motivos no le faltaban. Las tesis que defendía para el desarrollo de la agricultura rusa no contaban con el apoyo del Comité Central. Lenin había muerto en 1924 y su sucesor estaba dispuesto a emprender cuanto antes la reforma agraria. Y ésta no se basaría en el cooperativismo de Chayánov.

La Unión Soviética necesitaba un modelo agrícola fundamentado en la colectivización de la tierra y en una planificación centralizada. La arcaica producción campesina no tenía nada que hacer al lado de las modernas explotaciones. El grano escaseaba y el aumento de la escala y la racionalización de la producción lograrían alimentar al pueblo ruso. A los trabajadores rurales e industriales y, por supuesto, al creciente cuerpo de funcionarios.

En otoño de 1929, coincidiendo con la siembra de los cereales, se inicia la gran colectivización. Por entonces, las tierras colectivas en la URSS representaban aproximadamente un siete por ciento. En 1936, según datos oficiales, el noventa por ciento. Las nuevas granjas gestionadas colectivamente por los campesinos o directamente por el Estado (*koljós* y *sovjós*) encarnaban la política agraria soviética. En ellas, los trabajadores del campo se esforzaban para cumplir con los objetivos de los planes quinquenales. Tenían una misión. Mostrar al mundo de qué es capaz el pueblo cuando toma las riendas de su destino.

Chayánov se había equivocado. Poco importa que recientemente sus aportaciones teóricas se hayan convertido en una referencia ineludible para todo el que quiera estudiar la economía

campesina. Su error no residía en haber defendido un tipo de explotación agraria que, ante la *indiscutible* superioridad del *koljós* y del *sovjós*, se desacreditaba por sí misma. Era mucho más grave. Al postular las bondades del modo de producción campesino había mostrado su simpatía por los *kulaks*. Por aquella clase de pequeño-burgueses rurales contrarrevolucionarios que intentaban minar la recuperación agraria que, con tanto esmero, estaba emprendiendo el Comité Central y, al frente, Stalin en persona.

Él mismo había declarado en varias ocasiones que los campesinos, especialmente los más acomodados, llevaban años demostrando su hostilidad hacia el proceso revolucionario. Se habían aprovechado de las reformas que a principios de siglo había emprendido el régimen zarista en un intento desesperado por enfriar el ambiente en las zonas rurales del imperio. Más tarde, tampoco dejaron pasar la ocasión de apoderarse de más tierras tras el estallido de octubre. Y ahora acaparaban buena parte de la cosecha y preferían dejarla pudrir antes que compartirla con el proletariado urbano e industrial. Gozaban de una prosperidad y un confort que nunca conocieron los artífices de la Revolución. Especialmente los *kulaks* de regiones con condiciones privilegiadas para el cultivo como Ucrania. Visiblemente contrariado, el gran estadista del siglo xx escribía: «es incomprensible que las teorías anticientíficas de economistas “soviéticos” como Chayánov puedan circular libremente en la prensa».

Los *kulaks* eran los enemigos del pueblo y Stalin no iba a permitir que siguieran frenando el proceso revolucionario.

EN EL *MANIFIESTO COMUNISTA*, Marx y Engels lo dejaron bien claro. Con tal de preservar su condición de capa media, el campesinado siempre se ha alistado en el frente reaccionario. Constituye el «baluarte de la vieja sociedad».²⁷

Es cierto que Marx había matizado su postura al distinguir entre los pequeños campesinos revolucionarios que querían «salir de su parcela y asociarse a la energía de la ciudad» y los campesinos conservadores que siempre han buscado «afirmar su parcela» para «verse salvados y privilegiados en el viejo orden».²⁸

Estos últimos fueron, precisamente, los que se aliaron con Napoleón III y contribuyeron a sofocar las aspiraciones de los sectores populares franceses en 1848. Un movimiento revolucionario del que fueron testigos la mayoría de socialistas del siglo XIX y del cual extrajeron una lógica conclusión: «los campesinos son incapaces de emprender políticas progresistas de forma autónoma».²⁹

Aunque no todos compartían esta lectura, la imagen del campesino como un agente de la reacción arraigó profundamente en el pensamiento político de la época. En las filas del socialismo internacionalista, pero también entre los sectores conservadores de los nuevos Estados modernos.

27 Karl Marx, *El Capital*, Siglo XXI, 2008 (obra original de 1867).

28 Werner Rösener, *op. cit.*

29 *Ibid.*

W. H. Riehl fue un folklorista alemán que no ahorró elogios a la labor contrarrevolucionaria que desempeñó el campesinado europeo durante los sucesos de 1848: «Si no permitimos que el proletariado campesino sea sofocado, no necesitamos temer al proletariado industrial y literario [...]. La fuerza conservadora del Estado radica en el estamento campesino...».³⁰

En 1799 los campesinos del sur de Italia formaron una guerrilla para echar a los franceses y a los jacobinos napolitanos en nombre de la Santa Fe y los Borbones. Diez años más tarde eran los campesinos tirolese quienes mantenían una dura resistencia contra los aliados bávaros de Napoleón. También se habían alzado en nombre de la Santa Iglesia.

La guerrilla patriótica española que resistió y expulsó a los franceses tenía una extracción mayoritariamente campesina. Así como el bando carlista, que se alzó repetidamente contra el gobierno liberal entonando el «Dios, patria y rey».³¹

30 Werner Rösener, *op. cit.*

31 Oscar Bascuñán, *Campesinos rebeldes*, Los libros de la Catarata, 2009.

BAKUNIN HABÍA EXPRESADO EN más de una ocasión que los socialistas occidentales lo desconocían prácticamente todo de Rusia. Estaba convencido de la naturaleza revolucionaria del campesinado ruso y justificaba su postura poniendo como ejemplo los grandes levantamientos que éste había protagonizado durante los siglos XVII y XVIII.³²

Los *naródniki* y algún que otro anarquista recogieron las aportaciones de Bakunin. Sin embargo, demasiadas evidencias parecían indicar que, en caso de conflicto político, la clase campesina tendía a posicionarse del lado de sus históricos explotadores.

Un comportamiento cuanto menos sorprendente que apenas suscitó interés entre los intelectuales de la agitación política de la época.

Si el carlismo encontró en el País Vasco, Navarra y Cataluña tres de sus reductos más tenaces, se debió, entre otros, a un motivo tan concreto y pragmático como la defensa de los derechos y los privilegios forales adquiridos en el pasado. Seguramente eran este tipo de argumentos los que llevaban al campesinado a aliarse con determinado monarca o con la Iglesia. No un furor religioso o una mitomanía enfermiza. Enfrente estaban las instituciones del Estado moderno. Amenazaban con socavar las costumbres del mundo tradicional en el que tan bien instalados se hallaban los campesinos más acomodados. Por su parte, los más pobres del medio rural tampoco percibían grandes mejoras. La expansión

32 Eduardo Sevilla Guzmán, *op. cit.*

del liberalismo no les había traído la tierra, la protección o los recursos que jamás habían tenido.³³

No era tan difícil entender por qué los campesinos se levantaban por un ideal de justicia tradicional o divina. Pero se trataba de alianzas contra natura. Tan coyunturales como efímeras. La nobleza y la jerarquía eclesiástica no tardarían en dejar a los campesinos en la estacada y arrimarse con admirable naturalidad a la sombra de los que ahora ostentaban el poder político y económico.³⁴

Repetidamente a lo largo de la historia, el campesinado ha engrosado las filas del bando perdedor. Si ello se debía a su extrema inocencia, a un mal cálculo estratégico o a una situación desesperada es algo a determinar en cada caso. Pero ¿eran los campesinos conservadores por naturaleza? John Berger cree que sí.

Aunque el suyo es un conservadurismo que «no tiene nada que ver con el conservadurismo de la clase dirigente privilegiada ni con el conservadurismo servil de cierta pequeña burguesía». No es un intento de mantener la hegemonía ni una estrategia para obtener «cierto poder delegado». Apenas defiende privilegio alguno y no pretende conservar o conquistar ningún tipo de poder. Es un conservadurismo «del significado».³⁵ Una defensa del mundo que comparten campesinos ricos y pobres. Una visión política alejada del *motor de la historia* marxista y que, por este motivo, nunca acabaron de entender los que observaban los hechos del pasado desde esta perspectiva.

33 Oscar Bascañán, *op. cit.*

34 *Ibid.*

35 John Berger, *Puerca Tierra*, Santillana, 2004.

LOS CAMPESINOS DE LA Unión Soviética se resistían a la colectivización de sus tierras. A desprenderse de sus propiedades y de sus privilegios. Eso decía la versión oficial. Hablaba de campos y almacenes incendiados, de cosechas que se echaban a perder intencionadamente, de desobediencia a las órdenes gubernamentales.

Nunca sabremos qué pasó. Ni cuántos campesinos perdieron la vida.

Deportaciones en masa a campos de trabajo, ejecuciones en serie y desplazamientos forzados a las nuevas granjas colectivas. El proceso fue muy rápido y, su momento álgido, los primeros años de la década de los treinta.

No sólo se sublevaron los campesinos acomodados. La palabra *kulak* dejó de identificar a esta franja superior del campesinado. Ahora todos los campesinos eran *kulaks*. Los despreciables *kulaks*.

El mayor número de muertos, sin embargo, lo causó el *Holodomor*. *Holod*: hambre, hambre extrema, hambruna. *Moryty*: inducir sufrimiento, morir. El *Holodomor* de Ucrania.

1932 trajo una mala cosecha pero el problema no fue la sequía. Los alimentos estaban racionados y los últimos en comer serían quienes los habían producido. Antes lo harían los burócratas y las clases medias de Moscú. También los soldados del Ejército Rojo que custodiaban la recolección del trigo y su distribución hacia los centros de poder de la Unión.

El granero oriental de Europa vio morir entre siete y diez millones de personas entre 1932 y 1933. Así lo reconoció la Asamblea General de la ONU cuando se cumplía el sesenta aniversario de la matanza.

Aleksandr Vasílievich Chayánov no pudo seguir de cerca el drama del campesinado ucraniano. Se encontraba un poco más al este. En un campo de Kazajistán. Cinco años de condena a trabajos forzados. Se le había acusado de ser el fundador del Partido de los Campesinos Trabajadores. De ser uno de los instigadores de las revueltas campesinas antiolectivistas.

Quien tampoco pudo ser testigo de la deskulakización fue Víktor Pávlovich Shtrum. Nacido en Luidmila, era un renombrado físico nuclear de la Academia de las Ciencias. El antisemitismo soviético le hizo descubrir su origen judío, algo que hasta ese momento para él era tan sólo una anécdota genealógica. A Víktor Pávlovich Shtrum los problemas le llegaron a causa de su nueva teoría sobre la estructura atómica. Las connotaciones reaccionarias de su modelo teórico, como en el caso de Chayánov, habían irritado a más de un comisario político. Pero Shtrum tendría más suerte. Cuando todo hacía presagiar lo peor, un buen día recibe una llamada. Era Iósif Stalin.

Ya se sabía que tenía esta costumbre. También la de visitar de forma imprevista cualquier casa de la nación. La gente podía tardar meses en superar el *shock*. A Víktor Pávlovich, sin embargo, la llamada de Stalin le salvó. Su caída al vacío se detuvo en el preciso instante en que sonó el teléfono.

Shtrum y Chayánov no se conocían pero les tocó vivir un periplo similar. Se encontraban en la cúspide intelectual del régimen hasta que su última teoría, a la que habían dedicado tantos años, les arrastró hasta el fondo del *gulag*. Aleksandr Vasílievich y Víktor Pávlovich. Dos hombres de una potencia desbordante arruinados por el lisenkismo.³⁶ Dos personajes con trayectorias paralelas separados por una barrera imposible de traspasar.

36 Trofim Lysenko, ingeniero agrónomo que entre 1938 y 1956 dirigió la Academia de Ciencias Agrícolas de la Unión Soviética. Aprovechando su cargo y el

Víktor Pávlovich Shtrum es el protagonista de *Vida y destino*. La novela de Vasili Grossman. Un hombre de ficción basado en Nikolái Vavilov o, tal vez, en el propio Chayánov.

Shtrum y el resto del coro de Grossman se han convertido con el paso del tiempo en uno de los mayores azotes para el recuerdo de aquella Unión Soviética. Una ficción que golpea al estalinismo como no lo ha podido hacer ninguna fuerza «real». Un libro que su autor dio por perdido y que no se publicaría hasta dieciséis años después de su muerte. Es muy probable que Vasili Grossman conociera la historia de Chayánov, pero nunca sabremos si llegó a intuir que él mismo correría una suerte tan parecida a la del economista amigo de los *kulaks*. Durante la Segunda Guerra Mundial se había convertido en uno de los periodistas más prestigiosos de la Unión Soviética. Enviado especial del periódico del Ejército Rojo a la batalla de Stalingrado, fue él, junto a Ilyá Ehrenburg, el primero en dar a conocer al mundo la existencia de los campos de concentración alemanes. También él, como Chayánov y Shtrum, sería defenestrado por su creación más importante. Moriría en el ostracismo en 1964 pidiendo la libertad para su libro.³⁷ La vida y el destino de Grossman y Chayánov yacen unidos no sólo por una misma desgracia. También les une un interrogante. ¿Cómo pudieron no darse cuenta de que su obra teórica o literaria suponía el auto de inculpación que causaría su ruina?

Tal vez Chayánov no podía anticiparse a lo que ocurriría a partir de los años treinta. En los primeros estadios de la Revolución,

favor de Stalin, emprendió una campaña de persecución que llevó a decenas de científicos al *gulag*. Entre ellos, a Nikolai Vavilov, defensor de la genética darwiniana que se oponía a las tesis defendidas por Lysenko. Marc Badal, *Cuadernos de viaje; fragmentos y pasajes históricos sobre semillas*, Fundación Cristina Enea, 2016.

37 Varios autores, *Sobre Vida y destino*, Galaxia Gutenberg, 2009.

seguramente muy pocos podían imaginar el *gulag*. Tal vez Grossman había creído que con la muerte de Stalin todo iba a ser muy diferente. Es probable que así lo pensara mucha gente.

La ficción de Vasili Grossman le ha causado un daño irreparable al estalinismo. La ficción del estalinismo se lo causó a Chayánov.

En 1930 Chayánov es arrestado junto a otros intelectuales. Se les acusa de formar parte de un partido político contrarrevolucionario procampesino. Logran, cosa insólita, ganar el juicio. Lo tenían relativamente fácil, pues el llamado Partido de los Campesinos Trabajadores era el partido político ficticio que aparece en la novela *Viaje de mi hermano Aleksei al país de la utopía campesina*. Publicada en 1920 y escrita por... Chayánov.

La НКВД³⁸ le acusaba de haber fundado el partido político que, en efecto, había creado diez años antes mientras redactaba su novela. Tan absurdo como acusar a Delibes de instigar a Azarías para que ahorque al señorito Iván.³⁹

Tan absurdo como la historia del siglo xx.

En 1932 sería nuevamente juzgado. Esta vez en secreto y, ahora sí, sentenciado. Cumplida su pena en Kazajistán, el 3 de octubre de 1937 le volvieron a arrestar.

Le juzgaron el mismo día y acto seguido le fusilaron.

38 Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos.

39 Miguel Delibes, *Los santos inocentes*, Planeta, 2001.



BARRO

FRIEDRICH ENGELS, MEDIADOS DEL SIGLO XIX:

«El aislamiento del campesino en un pueblo apartado, con una población poco numerosa, que sólo cambia con el paso de las generaciones, el trabajo monótono, resignado, que le ata más a la gleba que cualquier servidumbre, siempre idéntico de padres a hijos, la estabilidad y monotonía de todas las situaciones vitales, la limitación en la que la familia se convierte para él en la relación social más importante y decisiva, todo eso reduce el horizonte del campesino a los límites más estrechos posibles en la sociedad moderna. Los grandes movimientos de la historia pasan a su lado, lo arrastran en ocasiones, pero sin que tenga una idea de la naturaleza de la fuerza dinámica, de su origen, de su fin».⁴⁰

Guy Debord, 1967:

«La dispersión en el espacio y una mentalidad limitada siempre han impedido al campesinado emprender una acción independiente y afirmarse como potencia histórica creadora».⁴¹

40 Werner Rösener, *op. cit.*

41 Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*.

LA CONSULTA DE DOS únicos libros de divulgación histórica,⁴² breves e introductorios, arroja este resultado:

Revolutas, motines y levantamientos campesinos
en Europa (siglo xvii - siglo xix)

1620-1640, levantamientos de los campesinos pobres (*croquants*) en Francia.

1640, revuelta de los Segadors en Cataluña.

1641, revuelta campesina en Irlanda.

1648-1654, levantamiento de siervos en Ucrania.

1653, revuelta del campesinado suizo.

1661-1671, levantamiento de cosacos liderado por Stenka Razin.

1672, movimiento de los Kurucz en Hungría.

1675, levantamiento del Papel Sellado en Burdeos y Bretaña.

1680, revolutas campesinas en Rusia.

1680-1690, revuelta de los Camisards en Languedoc y otras revolutas en Francia.

1689, revuelta campesina en Irlanda.

1701-1714, levantamientos en Cataluña durante la Guerra de Sucesión.

1724-1789, cien motines en Francia.

1735-1800, ciento setenta y cinco motines en Inglaterra.

⁴² Werner Rösener, *Los campesinos en la historia europea*, Crítica, 1995 y Oscar Bascañán, *Campesinos rebeldes*, Los libros de la Catarata, 2009.

- 1760, motines en protesta de la Ley General de Cercamientos en Inglaterra.
- 1760-1770, setenta y tres levantamientos en Rusia.
- 1767, revueltas en Silesia, Austria.
- 1773-1774, levantamiento de veinte mil cosacos liderados por Pugachev. Seguido de trescientos disturbios campesinos.
- 1775, quince mil campesinos marchan sobre Praga.
- 1775, oleada de motines en Francia.
- 1776, oleada de motines en Inglaterra.
- 1780-1790, movimiento de resistencia en Suecia y Noruega.
- 1784, revueltas contra la servidumbre en Transilvania.
- 1786, revueltas contra la servidumbre en Moravia.
- 1789, revueltas contra la servidumbre en Austria.
- 1789, revueltas durante la Revolución francesa.
- 1792-1793, revueltas campesinas en Francia.
- 1802-1805, motines de subsistencia en el sur de España.
- 1815-1816, disturbios en zonas rurales y en mercados urbanos en East Anglia, Inglaterra.
- 1820-1849, oleada de motines, revueltas y bandolerismo en Italia.
- 1826-1834, ciento cuarenta y ocho tumultos de siervos y campesinos en Rusia.
- 1830, resistencia masiva contra la nueva Ley de Montes en Ariège, Pirineo francés.
- 1830, revuelta campesina del Capitán Swing en el sureste de Inglaterra.
- 1830-1840, movimiento de los Últimos Labradores en Inglaterra.
- 1830-1840, oleada de motines de subsistencia en Alemania.
- 1835, motines de subsistencia en el sur de España.
- 1835-1844, doscientos dieciséis tumultos de siervos y campesinos en Rusia.
- 1840-1850, oleada de motines en Gales.
- 1844-1854, trescientos cuarenta y ocho tumultos de siervos y campesinos en Rusia.

1845-1848, oleada de motines de subsistencia en Alemania.
1846, levantamiento de los siervos en Galitzia, Austria.
1854, motines de subsistencia en el sur de España.
1855-1861, cuatrocientos setenta y cuatro tumultos de siervos y
campesinos en Rusia.
1860, insurrección campesina en Sicilia.
1861, insurrección campesina en Loja.
1861-1917, más de dos mil motines campesinos en Rusia.
1868, motines de subsistencia en el sur de España.
1881-1882, movimiento de la Mano Negra en Cádiz.
1892, asalto campesino a Jerez de la Frontera.
1898, motines de subsistencia en el sur de España.

EL PERIODO MÁS DESCONOCIDO de la historia de Occidente es, probablemente, el que dista entre la caída de Roma y la consolidación del sistema feudal. No por casualidad parece que fue la época dorada de los campesinos. La Alta Edad Media sigue custodiando gran parte de sus secretos. En *La ciudad de Dios*, san Agustín sentaba los dogmas de la Iglesia cristiana. De la mirada que desde entonces ha dominado el pensamiento occidental.

En su obra más conocida se maravillaba del gran desarrollo técnico que observaba a su alrededor, pero su pensamiento era el propio de una mente asentada en la época clásica. La expulsión del paraíso era demasiado reciente para no tenerla en cuenta.

El desacato de Eva nos había condenado eternamente a una vida de trabajo y penuria. Trabajo mayoritariamente agrario, por cierto. De la esfera mundana no podíamos esperar más que sufrimiento. El reino de Dios moraba en otro plano de la existencia. Trascendente. Nada de lo que hiciéramos en nuestra vida podía conducirnos a él salvo el camino de la fe. Los logros de la mente humana no eran más que una muestra de la gloria de nuestra existencia, «el consuelo fragmentario que se nos permite en una vida condenada a la miseria».⁴³

San Agustín escribió su obra entre los años 412 y 426. No es hasta cuatro siglos después que encontramos un indicio de que algo ha cambiado. Una pequeña ilustración reveladora. En el Salterio de Utrecht, del año 830, aparece una imagen en la que el

43 David F. Noble, *La religión de la tecnología*, Paidós, 1999.

modesto ejército de los justos se enfrenta al numeroso ejército de los impíos. En ambos bandos los combatientes afilan sus espadas. Un gesto propio de quien está a punto de batirse. Lo inquietante del dibujo que acompaña el salmo 63 es la manera en que lo hacen unos y otros. Los impíos utilizan una piedra de afilar obsoleta. Los piadosos, el primer cigüeñal del que se tiene noticia fuera de China. «Evidentemente el artista está contando que el avance tecnológico es la voluntad de Dios».⁴⁴

Había nacido una forma radicalmente nueva de interpretar el mundo. El desarrollo de «las artes» dejaba de ser sólo una muestra de la gracia de Dios. A partir de ahora también suponía una vía de preparación para la salvación. Una señal inequívoca de su inminencia.⁴⁵ Desde entonces, el milenarismo ha impregnado la razón de Occidente. Ha ido mudando de ropaje pero sin atenuar su influjo. En el libro al que pertenecen estas citas, David F. Noble no se dedica a relatar la historia de la ciencia y de la técnica entendidas como el orden religioso que impera hoy en día. Noble sigue otro camino: el del fervor religioso —cristiano— de los personajes más destacados de la historia del pensamiento científico occidental.

El interés de Noble por las ciencias naturales y sus aplicaciones técnicas deja a un lado el análisis de otro tipo de religiosidad. La que impregna el pensamiento social progresista de los dos últimos siglos.

El dogma del desarrollo de las fuerzas productivas y la lucha de clases como motor de la historia en la obra de Marx. La fe de Bakunin en la naturaleza revolucionaria del campesinado. El «milenarismo» del anarquismo andaluz. La entrega absoluta de los Amigos de Durruti o las revelaciones de Simone Weil.

44 Lynn White, *Cultural Climates*. En David F. Noble, *op. cit.*

45 David F. Noble, *op. cit.*

En su aparente oposición, la perspectiva de los apóstoles de la revolución coincidía plenamente con la de sus enemigos. Unos y otros creían que era posible alcanzar un conocimiento pleno de lo social. Que el desarrollo histórico de las sociedades puede ser interpretado en su totalidad y que es posible predecir su evolución. Por mucho que deje una puerta abierta a la incertidumbre, la ciencia social se basa en la convicción de que el comportamiento social obedece a una racionalidad descifrable.

Por este motivo, la realidad se obstina en escabullirse entre sus dedos.

EL SUJETO HISTÓRICO LLAMADO a instaurar el reino del dios socialista era la clase obrera. La lucha del proletariado sólo podía desembocar en la disolución de la sociedad capitalista. El sueño emancipatorio que guiaba su marcha anticipaba un mundo radicalmente nuevo. En el viejo, no había nada que mereciera la pena ser conservado.⁴⁶

La ciencia social marxista ha necesitado un largo proceso de autocrítica para empezar a darse cuenta de que el campesinado no compartía esta concepción lineal y teleológica del tiempo histórico. Los campesinos nunca lucharon por crear un mundo nuevo. Tan sólo pretendían aliviar el sufrimiento cotidiano. Si alejaban su mirada del presente, no la dirigían hacia un futuro desconocido sino hacia un pasado mejor.

La imagen que el campesinado había construido de su propia historia estaba impregnada de una nostalgia injustificable. Un recurso frente a la desesperación. Pero tal vez contenía algo de verdad.

Todo parece indicar, o así lo afirman distintos historiadores, que la Alta Edad Media estuvo caracterizada por un vacío de poder hegemónico. El campesinado europeo pudo haber conocido sus mejores días. Sin acarrear el peso que las élites dominantes irían acumulando en sus espaldas con el paso de los siglos. También la época feudal fue para las gentes del campo menos oscura de lo que solemos creer.

46 John Berger, *op. cit.*

De lo que no hay duda es que el siglo xvi inaugura un ciclo de progresivo deterioro en las condiciones de vida de los pueblos campesinos europeos. Y el acto fundacional de esta historia no podía ser otro que una gran derrota.

De forma paradójica, quien nos ha ofrecido uno de los mejores relatos sobre la tragedia campesina del siglo xvi es el mismo que nos hablaba de su «estupidez obstinada» y su incapacidad para entender la naturaleza de la fuerza dinámica, el origen y el fin de los grandes movimientos de la historia.

En 1850 Friedrich Engels escribió *La Guerra Campesina en Alemania*. Un desolador recorrido por la desdicha campesina. Por el intento frustrado de instaurar, entonces sí, un nuevo mundo. No sólo en Alemania. También en Francia y tantos otros lugares.

Luego vendrían cinco siglos de derrotas consecutivas. De lecciones aprendidas a base de escarmientos. De represalias indiscriminadas que han moldeado el comportamiento político del campesinado.

Los estratos populares del mundo rural tuvieron que hacerse a la idea de que la explotación era inherente a su condición. Prácticamente no podían ni imaginar un escenario en el que ésta hubiera sido eliminada. Lo cual explica que cuando encaraban un proceso de lucha no pensaran en liberarse del yugo. Tan sólo en aflojar sus correas.

Ésta es la versión ofrecida por los que han tratado de explicar la idiosincrasia de las luchas campesinas. Levantamientos que no se dirigían contra el poder establecido *per se* sino contra los abusos que amenazaban la propia vida de quien los padecía. «Las formas de explotación externas tienen para el campesinado una consideración secundaria».⁴⁷ Sólo cuando se superaba la barrera subjetiva delimitada por el umbral de supervivencia del grupo

47 Sevilla Guzmán y González de Molina (eds.), *op. cit.*

doméstico era cuando el campesinado podía estallar de forma violenta.

«A nosotros no nos conviene meternos en peleas con los señores sino cuando ellos abusan. Ellos son mucho. Nosotros no somos nada. Por muy mala voluntad que les tengamos por el desprecio con que nos tratan, mientras no se empeñen en aplastarnos, como ahora, nos tiene cuenta la paciencia. Pero cuando ya nos sea imposible resistir, entonces sí que tenemos que salir de nuestras chozas pa defendernos».⁴⁸

En consonancia con el objetivo de la supervivencia, las demandas más habituales en las revueltas campesinas modernas fueron la reducción de cargas fiscales, el control y abaratamiento del precio de bienes de consumo, el mantenimiento de los comunales y la desaparición de obligaciones feudales.⁴⁹

Reivindicaciones esencialmente económicas que emanaban de una concepción política propia.

48 José Ortega Munilla, *El paño pardo*, Editorial Pueyo.

49 Oscar Bascuñán, *op. cit.*

CARLO LEVI ERA UN joven de treinta y tres años cuando llegó al *Mezzojorno*. Aquella Italia meridional tan distinta a su Turín natal. Había estudiado medicina y era muy aficionado a la pintura. Un hombre cultivado que venía a conocer y a convivir con los miserables campesinos de aquellos páramos desérticos. Su actividad política le había traído aquí. Por la fuerza. Tras su paso por prisión, en 1935, el gobierno ordenó su exilio interno. La ardiente Siberia del fascismo italiano. Sin trabajos forzados, pero continuamente acompañado por los *carabinieri*.

Tuvo tiempo, pues, para recabar los ingredientes que conformarían *Cristo se detuvo en Éboli*.⁵⁰ Lo escribió en Florencia entre 1943 y 1944 mientras se escondía de la ocupación nazi. El retrato descarnado de unas gentes mimetizadas con un paisaje agotado. En una tierra perdida, en el espacio y en el tiempo. También en la desesperanza.

A través de las gentes de Gagliano, Levi reflexiona sobre el abismo que separa a los campesinos del Estado, las teocracias, los ejércitos y la Historia. Las dos Italias. Desde el tiempo de los césares al de Mussolini, nadie había tocado aquella tierra «sino como conquistador o enemigo o visitante incomprensivo». Las vías romanas no se internaban en los bosques y los montes, los griegos no se apartaron nunca de la costa, «ninguno de los hombres de Occidente llevó hasta allí su concepción del tiempo». Tampoco Cristo llegó. Se había detenido en Éboli.

50 Carlo Levi, *Cristo se detuvo en Éboli*, Gadir, 2005.

El Estado, en sus múltiples apariencias, siempre les había resultado tan alejado como el cielo. Pero era más malvado. Siempre estaba al otro lado. Tan sólo llegaba para someterlos. Hablando un lenguaje que no podían, ni querían, entender. Aprovechando una relación de fuerzas desproporcionada.

Tuvieron que resignarse a ser dominados pero nunca llegaron a «sentir como propias las glorias y las empresas de aquella civilización, radicalmente enemiga suya». Las únicas gestas que les llegaban al corazón eran las suyas. Desde las revueltas de los antiguos esclavos al bandolerismo del siglo XIX. «Guerras infelices destinadas siempre a la derrota, feroces, desesperadas e incomprensibles para los historiadores».

Conocían su histórica opresión. La padecían a diario.

En casa de una viuda, Levi compartía habitación con un joven clarinetista. No era campesino, aunque trataba mucho con ellos. Era agente recaudador. Reconocía que las contribuciones eran excesivas pero él tan sólo las cobraba, «algo hay que hacer para vivir». Aquel día el trabajo había ido mal. Tenía que embargar los bienes de tres casas en compensación por los impuestos atrasados. Se daba por supuesto que dinero no tenían. Tampoco tenían muebles. Tan sólo una cama «y ésa no se les puede quitar». Tendría que contentarse con una cabra y algún palomo. Otras veces, lo único que había conseguido eran unas botellas de aceite y un poco de harina. Decididamente, era un trabajo ingrato.

La hostilidad hacia cualquier tipo de autoridad externa a la comunidad y la creencia en «el derecho a la tierra por el trabajo»⁵¹ llevaban a los campesinos a ver en las instituciones estatales «un mal que debe reemplazarse lo más pronto posible». Según Eric R. Wolf, los campesinos vendrían a ser una especie de «anarquistas naturales».⁵²

51 Joan Martínez Alier, *Los huacchilleros del Perú*, Ruedo Ibérico, 1973.

52 Eric R. Wolf, *Las luchas campesinas del siglo XX*, Siglo XXI, 1979.

LA PRIMERA MUERTE QUE Carlo Levi vivió de cerca en Gagliano fue la de un campesino. Vivía lejos del pueblo. Su hermano había llegado desesperado buscando un médico, pero los dos que trabajaban en la villa decían no encontrarse en condiciones para montar a caballo hasta su casa. Levi tardó horas en convencer al alcalde de que le permitiera abandonar momentáneamente la cárcel que para él delimitaban las calles de la población. Cuando por fin logró llegar a casa del enfermo, éste agonizaba.

Levi fue entonces testigo de la ira de aquella gente. Estaban convencidos de que la suerte del desdichado habría sido otra si Levi hubiera podido partir a tiempo. Salían de sus casas armados y se dirigían al ayuntamiento. Tuvo que calmarlos y hacerles ver que le trasladarían de pueblo si se alzaban. Luego le pidieron consejo para elevar una queja formal al alcalde. Aunque también se dieron cuenta de que, si carecían de la fuerza necesaria para una rebelión armada, mucho menos la tenían para enfrentarse al Estado a través del Derecho.

Entonces las gentes de Gagliano optaron por una tercera vía. El teatro.

En los primeros días de la Cuaresma tenían la costumbre de improvisar una representación teatral en la plaza del pueblo. Los argumentos solían girar en torno a sucesos graciosos ocurridos a lo largo del año. En aquella ocasión, el guion era otro. Una lucha entre el bien y el mal encarnada por un doctor blanco —Levi les había prestado una bata sin saber para qué la necesitaban— y uno negro. El primero trataba de curar al enfermo que yacía en un féretro. El otro quería arrancarle el corazón.

No hace falta decir quién se salió con la suya. «La finura campesina hacía que las alusiones no fueran nunca demasiado directas y resultaran comprensibles y penetrantes, sin llegar a ser nunca peligrosas».⁵³

El duelo entre doctores no era tan sólo un grito de protesta. Los actores se entregaban con pasión a su papel. En la madre deshecha, el enfermo, el negro charlatán y el romano que le custodiaba resonaba la injusticia eterna que acarreaban aquellas gentes.

Una especie de arte campesino nacido de la impotencia que se convierte en arma arrojadiza. Que aliviando las heridas abiertas cimienta la identidad colectiva y abona el terreno de futuras rebeliones.

Expresiones populares en las que podemos rastrear una historia de dominación pero también de resistencia.

José María Esparza recogió en un curioso libro la rica tradición de la jota navarra. Un género convertido en icono del navarrismo más casposo pero que tiene unos orígenes populares muy alejados de lo que hoy en día es este arte. Antes de que el franquismo pasara como una apisonadora por encima de estos cantes, la jota se cantaba en las calles. No en auditorios, ni concursos. Y las jotas cantaban lo que en la calle sucedía.

Son éstas las que interesan a Esparza, las jotas heréticas,⁵⁴ que se burlan de las convenciones de la época y de la autoridad de las instituciones. Entre ellas, el ejército.

Algunas de estas letras contaban cómo en los pueblos proliferaban los cojos, los tullidos y todo tipo de enfermos cada vez que el Estado llamaba a filas. Oleadas que afectaban solamente a jóvenes varones en edad de servir.

53 Carlo Levi, *op. cit.*

54 J. M. Esparza, *Jotas heréticas de Navarra*, Alas, 1988.

La más sintomática de todas ellas es la que le dedicaron a un desafortunado jotero sus propios primos. Teniendo casi cincuenta quintos por delante en la lista de reclutamiento, terminó formando parte del contingente de ocho soldados que partieron de su pueblo.

SI CARLO LEVI NO hubiera estado ahí para contarlo, nunca se habría tenido noticia de la vena artística de las gentes de Gagliano. Por el contrario, si en vez de recurrir al teatro hubieran optado por la primera de las opciones que les vino a la cabeza, la del levantamiento violento, probablemente alguien habría reparado en ellos. Las fuerzas de orden público, para empezar.

La historia del campesinado está salpicada de fenómenos explosivos que le catapultan al primer plano de la actualidad. Parece que siguiendo la cronología de tales episodios podemos reconstruir la trayectoria de sus luchas. Pero en tal caso cometeríamos un error considerable.

El mismo que han cometido ciertos historiadores incapaces de ver más allá de los movimientos políticos organizados en sindicatos o partidos, bien estructurados y con un discurso emancipatorio explícito. Para ellos la resistencia del campesinado es un estadio subdesarrollado de la lucha social, una rebeldía primitiva.⁵⁵

Para entender el comportamiento político del campesinado no se pueden pasar por alto las revueltas que ha protagonizado, pero tampoco se pueden olvidar, como tantos han hecho, sus «formas cotidianas de resistencia».

Actos minúsculos a medio camino entre la protesta pública y la obediencia servil. «Las armas de los débiles», que no pueden plantearse un enfrentamiento abierto. Estrategias menos arries-

55 Eric J. Hobsbawm, *Rebeldes primitivos*, Crítica, 2010.

gadas, es decir, más ocultas y silenciosas que la protesta pública y colectiva.⁵⁶

Cuando los campesinos decidían ir a la guerra, formaban guerrillas. Era la única posibilidad que tenían de no ser barridos a la primera de cambio. Pero la guerrilla era también una forma de organizarse que les resultaba familiar. El silencio de la noche, las acciones fugaces, las horas de espera, los terrenos conocidos, los rastros en el camino, los refugios ocultos. Era un medio que conocían a la perfección. La guerrilla no era tan sólo su estrategia para la guerra. Era una herramienta imprescindible para sobrevivir bajo la paz de los vencedores.

Muchas de estas formas de resistencia cotidiana son de una naturaleza ambivalente. Constituían actos de desobediencia que nos hablan de una actitud desafiante y en absoluto resignada por parte de los sectores populares del medio rural. Pero al mismo tiempo formaban parte de las tareas diarias de las familias campesinas. No todos los miembros de la comunidad tenían por qué participar en ellas, pero es de suponer que este tipo de actividades eran conocidas y respaldadas por el grueso de la población.

Carecían de la importancia simbólica y los objetivos revolucionarios de las rebeliones campesinas.⁵⁷ De la grandeza que inserta un suceso en la Historia. Pero formaban la urdimbre de la modesta épica campesina. Las pequeñas heroicidades que permitían a los pobres del campo mantener un mínimo resquicio de dignidad.

56 J. C. Scott, *Weapons of the weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, 1985. En Óscar Bascuñán, *op. cit.*

57 J. C. Scott, *Formas cotidianas de rebelión campesina*, 1997. En Óscar Bascuñán, *op. cit.*

DESDE HACE SIGLOS, EL éxodo rural ha sido la opción escogida por los campesinos cuando consideraban que la situación se había vuelto intolerable. Desde los siervos ingleses que en el siglo XIII se escondían en las villas vecinas⁵⁸ hasta los millones de personas que abandonaron los pueblos de la península ibérica en la segunda mitad del siglo XX.

La emigración, o la revuelta, eran los últimos recursos desesperados. Sin embargo, antes de llegar a tal extremo, se podía recurrir a un amplio abanico de medidas con las que intentar aliviar el paso de los días.

Por su propia esencia, tales actos de desobediencia cotidiana se esconden en la trastienda del pasado. En muchos casos nos llegan a través de las quejas emitidas por sus señores o por los administradores públicos. También por detalles curiosos en ciertos documentos jurídicos y contractuales:

«La gallina es colocada [luego] frente a una verja o puerta; si cuando se la asusta tiene suficiente fuerza para volar o abrirse paso, el administrador debe aceptarla, goza de buena salud. De nuevo, un pichón de ganso debe aceptarse si es lo suficientemente maduro para arrancar pasto sin perder el equilibrio y caer sentado vergonzosamente».⁵⁹

58 Silvia Federici, *Calibán y la bruja*, Traficantes de Sueños, 2010.

59 Citado en Silvia Federici, *op. cit.*

Al parecer, los campesinos medievales de aquel rincón de Alemania cumplían rigurosamente con su obligación de entregar todos los años a su señor un número determinado de huevos y aves. Pero a juzgar por las recomendaciones dirigidas a los encargados de recogerlos, no podríamos asegurar que guardaran para su señor lo mejor del corral.

Siempre que podían, los campesinos realizaban este tipo de fraudes. También evadían impuestos o se retrasaban en sus pagos. Un hábito, por otro lado, que no es específico del estamento campesino.

Los señores medievales también se quejaban de la desgana con la que trabajaban sus siervos en las tareas obligatorias de la corvea. En sus relaciones con los administradores señoriales o estatales, la gente llana del campo nunca expresaba su parecer. No mostraba sus cartas. El disimulo, la falsa sumisión y la ignorancia fingida no constituían por sí mismos actos de desobediencia. Pero eran imprescindibles para encubrir todo lo que sí constituía una ilegalidad. Faltas leves como el contrabando o el estraperlo. Delitos más punibles como el incendio y los daños en propiedades señoriales, los sabotajes o las agresiones a guardas de monte y agentes fiscales.

A los grandes propietarios nunca les resultó una tarea sencilla garantizar la jurisdicción sobre sus posesiones. La caza y la pesca furtivas eran tan habituales como el pastoreo no autorizado o los hurtos de leña y otros productos. Pequeñas incursiones en la propiedad ajena. En las tierras que los campesinos sentían como propias.

En este sentido, la desposesión de los comunales fue un proceso minado por constantes actos de resistencia. Acciones que podían llegar a ser colectivas y generar situaciones de una tensión considerable. Derribos de cercados, roturaciones ilegales, invasiones masivas.

Los campesinos ocupaban el lugar más bajo de las sociedades rurales. Sus vidas estaban atenazadas por la precariedad. Puede que hubieran asumido su condición. Pero la actitud que mostraban estaba muy lejos de ser dócil. Tiraban la piedra y escondían la mano. Miraban siempre a otro lado. Sus artimañas eran continuas, su falsedad, permanente.

«LA ANCIANA MADRE DE Tonsard y sus dos hijas, Catalina y María, iban al bosque y volvían, dos veces al día, cargadas con haces de leña cuyo peso las doblaba hasta que tocaban las rodillas con la cabeza. Aunque las gavillas eran aparentemente de ramas secas, en su interior las había verdes, cortadas generalmente de árboles jóvenes. Abiertamente, Tonsard robaba del bosque de Les Aigues toda la leña que necesitaba para pasar el invierno. El padre y los dos hijos cazaban furtivamente sin descanso. Desde septiembre a marzo, las liebres, los conejos, las perdices, los tordos y toda la caza que no se consumía en casa se vendía en Blangy, en la pequeña localidad de Soulanges, capital del distrito, donde las dos hijas de Tonsard vendían leche y de donde traían diariamente noticias y llevaban allí las de Les Aigues, Cerneux y Conches. Cuando ya no se podía cazar, los tres Tonsard tendían trampas. Si éstas daban abundante presa, la Tonsard hacía pasteles que mandaba a Villeaux-Fayes. Durante el tiempo de la cosecha, siete Tonsards —la vieja madre, los dos hijos, aunque no tuvieran diecisiete años, las dos hijas, el viejo Fourchon y Mosca—, espigaban los campos y recogían más de dieciséis celemines al día de centeno, cebada, trigo o cualquier otro grano bueno para ser molido.

»Las dos vacas, llevadas por la más joven de las hijas a pacer a lo largo de los caminos, se escapaban muy frecuentemente para hacerlo en los prados de Les Aigues, pero como aquello era un delito demasiado flagrante para que el guarda se hiciese el distraído, pegaban a los niños brutalmente, o se les privaba de cualquier cosa que desearan, de tal modo, que adquirieron una rara habilidad

para oír los pasos del enemigo, y casi nunca el guardabosques o el de Les Aigues les cogían por sorpresa. [...] Los animales, guiados por medio de largas cuerdas, obedecían a cualquier tirón, o a un grito particular, y regresaban inmediatamente al terreno común, pareciendo que tuviesen conciencia del peligro pasado. [...]

»Del mismo modo que después de la cosecha de trigo se repasan los campos, en las regiones en que se cultiva la viña se recorren de nuevo las cepas después de la vendimia. Por este procedimiento, la familia Tonsard recogía tres cargas de vino más al año. Pero para realizar este trabajo no tenía muy en cuenta la corrección de los procedimientos empleados. Así, se metía por los viñedos antes de que los vendimiadores hubiesen terminado. Lo mismo hacía con los trigales, en los que entraba cuando las gavillas estaban aún apiladas para las carretas». ⁶⁰

60 Honoré de Balzac, *Los campesinos*, Ed. Lorenzana, 1969 (obra original de 1845).

EL DESPRECIO QUE DESTILAN las palabras de Balzac dificulta la tarea de esclarecer hasta qué punto eran habituales las prácticas irregulares de los campesinos pobres. La visión que nos ofrece en este fragmento de *Les paysans* reúne todos los tópicos que sobre ellos vertía la clase burguesa y aristocrática del continente.

Tópicos fundados, por supuesto. El furtivismo, la apropiación de recursos naturales en grandes fincas privadas y el espiguelo siempre formaron parte de la economía de los pobres. Pero la afilada pluma de Balzac nos impide saber cuál era la magnitud y la asiduidad de tales acciones. Por no hablar de los motivos que llevaban a los Tonsard a tener que hacer la leña para el invierno a escondidas en el bosque de Les Aigues.

A través de su relato no podemos saber cómo eran los campesinos franceses del siglo XIX. Si todos se comportaban igual, si distinguían o no entre las tierras de un vecino campesino y las de un gran señor. Si les resultaba tan sencillo burlar al guardabosque y si el espiguelo les aportaba tanta cantidad de grano y uva.

En este fragmento, Balzac nos habla menos de los campesinos que de él mismo y de las gentes que frecuentaba. Describiendo a los Tonsard, lo que nos muestra no es otra cosa que la imagen del campesinado que las clases dominantes se habían construido. Un arquetipo con un pie en la realidad y otro en el prejuicio. Alimentado y reproducido por tantos colegas de profesión del prolífico escritor francés. Zola, Chéjov, Maupassant, Hardy, Fernando de Rojas. La lista sería interminable.

Los campesinos siempre se han prestado muy bien a esta generalización peyorativa. Cuando se convierten en personajes

literarios o en centro de atención de una tertulia de clase alta, sobran los adjetivos para describirles.

Es sorprendente la cantidad de ellos que encajan con la imagen del campesinado que, en buena medida, nosotros mismos reproducimos.

Incultos, ignorantes, limitados, espesos, zoquetes, toscos, estrechos, anticuados, atrasados, incoherentes, informales, carentes de modales, sucios, abandonados, asilvestrados, inmorales, desobedientes, ladrones, mentirosos, falsos, ruines, hipócritas, herejes, degenerados, supersticiosos, tarados, grotescos, horteras, feos, insensibles, rencorosos, sórdidos, tozudos, cotillas, egoístas, avariciosos, insolidarios, individualistas, interesados, malhumorados y a menudo violentos.

En resumidas cuentas: paleta, cateto, grullo, borono, palurdo, garrulo.

Como diría George Sand hablando de las gentes pobres del campo mallorquín: «Nada hay más pobre y triste en el mundo que este campesino, que no sabe hacer otra cosa que rezar, cantar y trabajar, y que nunca piensa».⁶¹

61 Damià Duran, *op. cit.*

FRENTE ANCHA Y SURCADA, mirada expectante, manos encallecidas, boina hacia atrás. Sentada en una silla, pañuelo, mandil y espalda ligeramente encorvada. Entre ambos, pantalón hasta la rodilla, pies descalzos, flaco y tenso. Los tres, abuelo, abuela y nieto, no pueden llevar la ropa más remendada. Ni un palmo sin una costura.

Detrás, una pared desnuda. Debajo, el barro del camino.

La foto es en blanco y negro. Vivían en un caserío guipuzcoano a principios del siglo xx. Su imagen no se borra fácilmente de la memoria. Un mazazo para la retina. Pero las fotografías no huelen.

Si lo hicieran, no habiéramos aguantado su presencia ni un instante.

Las imágenes pueden ser dolorosas. Los olores atacan directamente al subconsciente. El aliento podría ser esa «química» tan cantada en las canciones de amor. La oveja muerta bajo la peña no ofende por su quietud o el color de la sangre.

El olfato es, tal vez, el canal más directo que nos conecta con el animal que un día fuimos. Aquel homínido omnívoro que buscaba la comida allá donde fuera.

Vacas, ovejas, cabras, mulos, conejos y gallinas. Con su pelo y sus heces. Polvo y arena en el Mediterráneo, barro y musgo en el Cantábrico. Sudor y coladas espaciadas. Humo del hogar en la cocina, de los candiles en las alcobas. Hierba seca en el desván, quesos y embutidos en la despensa.

No hemos conocido el olor de los campesinos, pero podemos imaginar que sería intenso. También el de sus históricos exploradores, con sus pelucas, perfumes de mofeta y su total falta de

higiene. Intenso, como el de nuestros suavizantes, ambientadores y sales de baño.

«En Alsacia, según el doctor Mauge, tras haberlo picado finamente con una máquina, se mete en un tonel, se adereza con sal y con bayas de jengibre, cilantro, espino blanco y se deja fermentar, lo que le da la acritud y la hediondez que se espera para comerlo».

J. de L’Hermine a finales del xvii no lo entendía. «Los alemanes son tan aficionados a esa bazofia que no disfrutan si les falta el *saurkroute*». ⁶²

El chucrut y los campesinos. Dos olores que muchos no podían tolerar.

El asco impide pensar con claridad. No deja lugar a la razón. Lo ocupa todo.

Engels no podía evitar enojarse con aquellos *bárbaros en medio de la civilización*. Con su *idiotez* recalcitrante. ⁶³ Raimon Casellas, en su novela *Els sóts feréstecs*, ⁶⁴ nos presenta a los vecinos de Montmany como una cohorte de aberraciones naturales. Por más que le embarguen las mejores intenciones, el nuevo párroco sucumbe ante la fuerza ciega de su naturaleza salvaje. No eran malos por convicción sino por instinto. Por miedo y por inercia.

Gyula Illyés se crió en una *puszta* de la ribera occidental del Danubio. Un conjunto de casas, establos, cocheras y graneros perdidos en medio de una gran posesión. En ella vivían los criados, los siervos.

Cuando escribe *Gente de las pusztas* todavía guarda un nítido recuerdo de los años que pasó entre sus parientes y vecinos. Gyula

62 Flandrin y Montanari, *Historia de la Alimentación*, Trea, 2004.

63 Werner Rösener, *op. cit.*

64 Expresión de traducción desagradecida al castellano: «Los socavones montaraces», Edicions Pleniluni, 1980.

Illyés no es un escritor que denigre a los campesinos. Pero no puede olvidar el trato brutal que se dispensaban entre ellos. Como una manada de lobos, se enzarzaban en peleas. La necesidad extrema o un botín casual les hacía llegar a las manos. El repertorio de insultos y palabras soeces llegaba a tal extremo que Illyés se sentía preparado, a una edad muy temprana, para «escribir una tesis doctoral sobre la psicología de los improperios». ⁶⁵

65 Gyula Illyés, *Gente de las puszta*, Minúscula, 2002.

LUCIO JUNIO MODERATO COLUMELA ES recordado por *Los doce libros de agricultura*. Uno de los geóponos más destacados de la antigua Roma. Su obra, junto a la de Plinio y Varrón, ha sido leída con interés hasta el siglo XVIII. Un referente claro para los intelectuales y propietarios agrarios ilustrados que sentaron las bases de la agronomía moderna.⁶⁶

Columela estudió y describió con precisión las labores agrícolas. Su intención era evidente: contribuir a mejorar la agricultura romana. Para ello anotó con detalle las labores a realizar a lo largo del año en los distintos cultivos. Pero también hizo otro tipo de observaciones.

Columela recomendaba suavizar el trato hacia los *servi*, los esclavos. Tal y como él hacía en sus fincas. Un consejo que sorprendería por su «humanitarismo» si no fuera por el motivo que trajo a colación para justificar tal forma de proceder. Mejorando sus condiciones, los esclavos incrementaban su rendimiento productivo.⁶⁷

Columela debió ser un tipo racional. No se dejaba llevar por arrebatos.

Pero no era el caso de tantos otros. Propietarios de esclavos, señores feudales, caciques modernos. Les traía sin cuidado el estado en que se encontraran las herramientas con forma humana que poseían.

66 Pasqual Bernat, *Ciència, tècnica i agricultura a la Catalunya de la Il·lustració (1766-1821)*, Documenta universitària, 2008.

67 Michael Parenti, *El asesinato de Julio César*, Editorial Hiru, 2005.

Los criados de la *puszta* eran lentos. Se decía que «un peón tarda media hora en sonarse la nariz». También trabajando eran extremadamente pausados. El joven Illyés se desesperaba. Llevaba tres cuartos de hora montado en el carro con su tío Róka. Andando, el joven hubiera tardado media hora. Iban en silencio. De repente, el viejo suspira. Lentamente sus manos empiezan a buscar la pipa por los bolsillos del abrigo. Tarda en encontrarla y mucho más en limpiarla. Por fin, sólo quedaba introducir en ella el tabaco. Para encenderla, se tomó también su tiempo. Una vez prendida, se le iba apagando a cada rato. Parecía que hasta se le olvidaba que la llevaba entre los labios. El tío Róka era peón desde hacía cuarenta años.

«Esto lo explica todo. Una persona no aguanta ni cuarenta ni cuatro años un trabajo diario que empieza a las dos o tres de la madrugada y concluye a las nueve o diez de la noche. Un trabajo que no puede ser interrumpido ni por un solo día libre o festivo, ya que siempre es preciso ocuparse de los animales. Un horario así resulta excesivo aunque se trabaje de vigilante o en otra ocupación aparentemente relajada. Aún cuando hubiera de pasar el tiempo sentado en un prado florido provocaría locura. El trabajo de los criados, sin embargo, no es un juego. Sacar agua, retirar el estiércol, cargar el carro, poner paja nueva durante dieciséis o dieciocho horas diarias, sin ningún consuelo, ninguna emoción, ninguna alegría, ningún resultado visible durante años... El lector ha de imaginárselo si no lo ha probado. Y a ello es preciso añadir que el descanso tampoco es descanso, puesto que puede ser interrumpido en cualquier momento. Los señores saben que los ordeñadores no aguantan más de tres o cuatro años. Aquél que no se rinde por el trabajo que desempeña día y noche acaba vencido por el aire acre de los establos, viciado por el estiércol, del que un ordeñador “honesto” sólo puede liberarse durante unos minutos. O cuando ya escupe los pulmones y tiene la decencia de salir del establo para devolver sangre en el umbral. Repito que los señores

son conscientes de ello, lo cual no significa, sin embargo, que tomen las medidas oportunas». ⁶⁸

Los campesinos se arrastraban por el barro. Es cierto. El lodo que llevaban pegado procedía de las botas de quienes les pisoteaban. ⁶⁹

68 Gyula Illyés, *op. cit.*

69 Günter Anders, *Nosotros los hijos de Eichmann*, Paidós, 2001.

EDENES

LA CONCLUSIÓN A LA que llega el autor de *Gente de las puszta* es fácil de entender: los siervos son tan lentos, faltos de modales y de iniciativa a causa del trato que reciben. El trabajo extenuante termina por agotar sus fuerzas físicas y mentales.

Un siglo antes, sin embargo, Joseph Arthur de Gobineau ofrecía una explicación diametralmente opuesta: el talante de los campesinos no era la consecuencia de sus condiciones de vida. Sólo podían llevar esa vida porque su naturaleza les impulsaba a ello.

Entre 1848 y 1877, Gobineau desempeñó distintos cargos diplomáticos en Irán, Alemania, Grecia, Brasil y Suecia. Era un atento observador y un filósofo diligente.

A mediados del siglo XIX publicó su obra más conocida: *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*. La obra que funda el racismo científico y que tanto gustó a los alemanes. No era para menos. Gobineau estaba convencido de la superioridad de la raza aria originaria del norte de Europa. A diferencia de otros pueblos, en épocas pretéritas, los arios habían permanecido relativamente aislados. En Francia, por ejemplo, Gobineau percibía claramente dos grandes linajes étnicos. Por un lado, estaban los descendientes de los francos, de origen germánico. Por el otro, los descendientes de los galos. Aborígenes que se habían mezclado profusamente con otros pueblos igualmente sometidos al imperio romano.

Al primer grupo pertenecía la aristocracia francesa.

Los descendientes mestizos de los galos eran los burgueses y los campesinos.⁷⁰

⁷⁰ Josep Fontana, *op. cit.*

RICHARD OSCAR WALTHER DARRÉ, más conocido como Walther Darré, no ignoraba la obra de Gobineau. Pero Walther Darré admiraba a los campesinos. Por su formación de agrónomo y biólogo era muy escrupuloso en sus opiniones científicas y no se atrevía a refutar las tesis del diplomático decimonónico. Darré apenas conocía al campesinado francés.

Había nacido en Buenos Aires, pero a los nueve años sus padres le enviaron a estudiar a Alemania. Él era un fornido prusiano, y ella, de ascendencia sueca y alemana. Tras estudiar agricultura en Inglaterra y combatir en la Primera Guerra Mundial, Walther Darré volvió a Alemania para terminar sus estudios.

La juventud estaba ansiosa por ver cambios en el anquilosado orden social germánico. Movimientos estudiantiles, culturales y políticos agitaban el ambiente. Pero en aquella época, la política no era lo que más le interesaba. Aparte de sus estudios de mejora genética en la cría de animales, se doctoró en filosofía a la edad de treinta y cuatro años.

Sí que había establecido relación con un grupo de jóvenes que organizaban salidas al campo para conocer de cerca la situación de los campesinos. Sus formas de trabajar la tierra, su cultura y los problemas que podían tener. El grupo se denominaba *Artamans* y propugnaba abiertamente el retorno al campo. Formaba parte de un movimiento más amplio conocido como *Völkisch*. Palabra de difícil traducción que podríamos equiparar a «folklorico», «populista» o al término inglés *folk*.⁷¹ Una amalgama de grupos dispersos,

71 Ángel Quintana y Margarida Casacuberta, *El nacionalismo como mito: «Tie-*

inspirados no tanto por un ideario político como por un sentimiento que hundía sus raíces en el romanticismo alemán de exaltación de lo popular y lo natural.

Un año después de terminar los estudios de filosofía, Darré se recluyó en la casa de la familia Schultze-Naumburg en Saaleck para escribir un ensayo que marcaría el resto de su vida. Los interesantes argumentos que defendía no pasaron desapercibidos. Poco después recibía la invitación de un antiguo compañero del grupo *Artamans*. Le ofrecía afiliarse al partido en que militaba y proseguir sus estudios con el respaldo que le brindaba su infraestructura.

A partir de entonces, los acontecimientos se precipitan. Ante la sorpresa del mundo, ganan las elecciones. Tres años después de haber ingresado al partido, Walther Darré se convertía en el nuevo ministro de Agricultura y Alimentación.

Con tan sólo treinta y ocho años, Darré inicia la que ha sido, probablemente, la reforma agraria más ambiciosa de la Alemania moderna. La ley creaba la figura del *Bauer* (campesino), cuyo *Erbhof* (bien hereditario) era indivisible, inalienable, inembargable, no hipotecable, y estaba exento de impuestos. Su objetivo era proteger a los campesinos de los atropellos del mercado capitalista. Asegurar la permanencia del campesinado en su territorio como base de un sistema agrario vertebrado por la economía familiar. Entre todas las disposiciones de la nueva ley, destaca la que establecía que tanto el patrimonio como la cosecha de una familia campesina no podían ser embargados a causa de una deuda con el banco o con el Estado. Darré también logró convencer a varios terratenientes para que cedieran parte de sus tierras y así poder crear nuevas granjas para los campesinos que no disponían de ellas.

*fland» de Leni Riefenstahl, una interpretación de «Terra Baixa» de Guimera ,
Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002.*

Siendo estudiante, ya había defendido la aplicación de métodos más naturales en la agricultura moderna, enfatizando especialmente la conservación de los bosques y la ganadería extensiva.

Los campesinos alemanes le adoraban y tenían razones para hacerlo. Decepcionados con los partidos tradicionales a los que siempre habían apoyado y que no habían sabido reaccionar ante la crisis económica de finales de los años veinte, Darré sí había tomado cartas en el asunto. Años antes habían temido que gobiernos ajenos a la voluntad y a los problemas del campesinado aprobaran leyes que les perjudicaran gravemente, como la intervención gubernamental de los mercados y los precios agrarios.⁷² Por suerte, nada de eso llegó a suceder. El nuevo ministro sí les comprendía y obraba en consecuencia. Walther Darré fue el ministro de los campesinos alemanes. El *Reichsbauernführer*. El ministro de Agricultura y Alimentación del Tercer Reich.

Fue el *führer* de los campesinos pero también es recordado por su labor científica. Sus conocimientos sobre la cría de animales le abrieron las puertas del campo de estudio que le reportaría mayor reconocimiento. Era experto en mejora genética ganadera y, desde su cartera ministerial, se haría célebre por sus investigaciones en otro campo de genética.

En 1926 ya había defendido la recuperación de los territorios pertenecientes por derecho histórico a la raza nórdica. Fue el creador de la doctrina de *Blut und Boden*, la sangre y el suelo. La que esgrimió Hitler para iniciar su particular cruzada internacional. Su política de *Rasse und Raum*, raza y espacio. El suelo de los arios debía estar habitado por su gente.

Hitler se encargaba del suelo y Walther Darré de la sangre. Junto a Himmler, el compañero de *Artamans* que le reclutó para las ss, creó los centros de investigación eugenésica donde mujeres

72 Oscar Bascuñán, *op. cit.*

de raza aria pura darían a luz a la mayor cantidad posible de criaturas portadoras de una genética selecta.

Dimitió en 1942 y pudo eludir las acusaciones más graves en los procesos de Nuremberg. Fue juzgado en el caso *Wilhelmstrasse*, contra los integrantes civiles del Tercer Reich. Estuvo menos de un año en prisión y murió en 1953 víctima de un cáncer de hígado derivado, probablemente, de su adicción a la bebida.

LA EXALTACIÓN DEL CAMPESINADO como baluarte de la pureza de la sangre y de los valores patrios es un lugar común en la retórica de la ultraderecha del siglo pasado.

Darré no fue el único dirigente que alabó la superioridad moral de las gentes del campo. Mussolini defendía la «autonomía campesina» y Franco veía en la agricultura una «forma superior de existencia que custodiaba la esencia y las virtudes étnicas y nacionales de España». Los campesinos españoles no debían abandonar su entorno rural, donde «la simiente de la raza permanece más pura y la gente vive sus problemas y no está contaminada por la depravación de la ciudad».⁷³

Las palabras de Francisco Franco podían haber sido extraídas de la sinopsis de una dura película que se estrenaba aquel mismo año, *Surcos*.

El largometraje se inicia con una cita lapidaria:

«Hasta las últimas aldeas llegan las sugerencias de la ciudad, convidando a los labradores a desertar del terruño, con promesas de fáciles riquezas. Recibiendo de la urbe tentaciones, sin preparación para resistirlas y conducir las, estos campesinos que han perdido el campo y no han ganado la muy difícil civilización, son árboles sin raíces, astillas de suburbio que la vida destroza y

73 Discurso pronunciado por Franco el 12 de mayo de 1951. En Eduardo Sevilla Guzmán, *El campesinado en el desarrollo capitalista español (1939-1975)*. En Paul Preston, *España en crisis, la evolución y la decadencia del régimen de Franco*. Fondo de Cultura Económica, 1978.

corrompe. Esto constituye el más doloroso problema de nuestro tiempo».74

Una familia de miserables campesinos llega a Madrid en busca del jornal que se les niega en el campo. La ciudad es una cueva de lobos, y los pobres corderos de pueblo serán degollados una y otra vez hasta que deciden regresar. El guion consiguió superar, no sin problemas, la censura. Las maldades que se mostraban en la película eran cualquier cosa menos una buena influencia. Suponían también una crítica directa a la situación de derrumbe general que se vivía en el país.

Pero *Surcos* no era una película precisamente de «izquierdas». Su guion lo había escrito Gonzalo Torrente Ballester, ideólogo destacado de la Falange. Su director, José Antonio Nieves Conde, era también falangista. La película reflejaba la decepción de muchos falangistas con los magros resultados conseguidos tras diez años de fascismo. De hecho, *Surcos* recogía uno de los pilares ideológicos de Primo de Rivera: el odio a las ciudades y la idealización del mundo rural.

«España es casi toda campo. El campo es España; el que en el campo español se impongan unas condiciones de vida intolerable a la humanidad labradora en su contorno español no es sólo un problema económico; es un problema entero, religioso y moral [...]. El hombre en la ciudad casi no se ve. Está siempre escondido detrás de su cargo, detrás de su traje. En la ciudad se ve al comerciante, al electricista, al abogado, etc. En el campo se ve siempre al hombre».75

74 Eugenio Montes, responsable del argumento de *Surcos*. Las referencias a *Surcos* están extraídas de: Javier Silvestre Rodríguez y Enrique Serrano Asenjo, «La representación en el cine de los inmigrantes rurales en las ciudades: el pesimismo de *Surcos* (1951)». *Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, 2012.

75 José Antonio Primo de Rivera.

Quién sabe si el discurso pronunciado por Francisco Franco el 12 de mayo de 1951 no era un intento de reconciliación con los falangistas, inspirado, precisamente, por la cinta de Nieves Conde. Cabe suponer que la había visto o tenía noticia de ella bastante antes de su estreno. Lo que es seguro es que su visionado debió dejar un poco removida su conciencia, pues la película «no daba ninguna solución, no había en ella resquicio para su [la del resto de la profesión, la censura, etc.] maniqueísta esperanza. Era un mundo donde imperaba la dura ley de la ciudad».

UN AÑO DESPUÉS DE que *Surcos* se estrenara, un espía y delator del régimen publicaba un ensayo sobre los campesinos. Uno de los escritores más prolíficos de las letras catalanas, Josep Pla. En su texto, convertido ahora en clásico, se sucedían referencias denigratorias al campesinado con momentos de verdadera cursilería apologética. Refiriéndose a las grandes masías de la Cataluña «vieja», el periodista ampurdanés nos dice que de ellas «ha salido, sale y saldrá la mejor sangre del país, su fuerza humana básica, perennemente activa, positiva y ascendente en todos los aspectos».⁷⁶

Pla conocía a la gente del campo mejor que muchos intelectuales. Su lectura es amena y, a pesar de la cita escogida, el tono de *El pagès i el seu món* no es para nada el de una aproximación mistificada al mundo rural.

Todo lo contrario de lo que hace José María de Pereda en *Peñas arriba*. Publicada en 1894, la novela es una oda a la noble estirpe de los montañeses cántabros. Con una trama previsible desde la primera línea, sus páginas rezuman un tufo tan castizo que resulta grotesco. Hidalgos humildes y trabajadores, de una nobleza que jamás ha conocido la aristocracia española, dirigen con trato paternal un pueblo bien avenido, casto y servicial.

«La casa y el pueblo han llegado a formar un solo cuerpo, sano, robusto y vigoroso, cuya cabeza es el señor de aquélla. Todos son para él y él es para todos, como la cosa más natural y necesaria. Prescindir de la casona equivale a decapitar el cuerpo; y así resulta

76 Josep Pla, *op. cit.*

que no se toman por favores los muchos y constantes servicios que se prestan entre la una y los otros, sino por actos funcionales de todo el organismo».77

El joven protagonista, sumido en la desorientación y la indecisión, no puede más que quedar prendado por el ejemplo de aquella gente y dejarse contagiar por su entereza y su sentido de la responsabilidad. Todo ambientado en un paisaje sublime en el que no faltan cacerías de osos ni rescates temerarios en las cumbres nevadas de aquellas montañas de ensueño.

La aldea que imaginó de Pereda se contrapone al Madrid del que proviene el sobrino de Celso, el señor de Tablanca. Aldea y ciudad son, en *Peñas arriba*, la «tierra alta» y la «tierra baja» en *Terra baixa* de Àngel Guimerà. Estrenada, curiosamente, en Madrid y en castellano, la obra del dramaturgo catalán nos presenta la misma dualidad entre dos mundos enfrentados. El espacio del individuo libre, de la voluntad, de la consciencia del lugar que uno ocupa en el mundo, de la pureza y del espíritu frente al espacio de la realidad, la multitud, el caos y la masa amorfa.78

Tales juegos de dicotomías no eran nuevos en la literatura. Desde hacía siglos, la «tierra alta» y la «tierra baja» sintetizaban la fractura entre el individuo y la masa, lo ideal y lo real, el espíritu y la materia.

La novedad que supone la simbología escogida por Àngel Guimerà radica en que, a diferencia de lo que ocurre en *Surcos* y *Peñas arriba*, el espacio que concentra todos los males de la civilización moderna no es la ciudad sino una aldea campesina.

El dramático triángulo formado por Sebastià, Marta y Manelic introduce un giro en una tradición literaria secular. *Terra baixa* es

77 José María de Pereda, *Peñas arriba*, Orbis, 1984.

78 Àngel Quintana y Margarida Casacuberta, *op. cit.*

la prueba concluyente de que algo estaba cambiando en el medio rural a finales del siglo XIX. El campo estaba empezando a despojarse de sus viejas connotaciones bucólicas. Ya no representaba la bondad, la esencialidad y la fuerza racial estrechamente relacionada a la tierra.⁷⁹ El campo se estaba pervirtiendo por los aires de la modernidad. El proceso, sin embargo, tardaría en completarse y se vería truncado durante los años de posguerra que tan crudamente refleja *Surcos*. Sería el propio franquismo en su posterior etapa «desarrollista» el que se encargaría de consumir el giro simbólico del espacio rural. Llegarían entonces los tópicos anti-campesinos de los nuevos ricos de ciudad. La fiebre del *seiscientos* y las vacaciones en el mar.

79 *Ibid.*

EL SIGLO XVIII FUE el siglo de la razón. De las Luces imponiéndose a la caverna del Antiguo Régimen. El siglo de la Ilustración y de la ciencia. Lo asociamos a los primeros balbuceos de la industrialización en Inglaterra y al proceso de regeneración política que desembocaría en el Estado liberal. Los compases iniciales del *allegro vivace* de la modernidad.

*Y ahora, pienso y, mientras reflexionando estoy,
veo cómo las virtudes rurales abandonan el país.*⁸⁰

Un siglo de deslumbramientos y nostalgias. Una combinación anímica idónea para engendrar todo tipo de generalizaciones poéticas. Y el campo, con sus gentes, reunía los ingredientes necesarios para convertirse en una gran musa.

*La espontánea cosecha ondeaba
aún en un mar de plenitud ambarina...
... El espino silvestre una lozana lluvia
de semillas derramaba, sobre quien se sentaba a su pie
en saludable tranquilidad y libre de la labor que dora la piel...
[...]
Pero, ahora, lo que hayan querido significar aquellas abigarradas
fábulas*

80 Oliver Goldsmith, *The Deserted Village*. En Raymond Williams, *El campo y la ciudad*, Paidós, 2001.

*y los blancos minutos que hayan simbolizado,
ya no se encuentran en estos tiempos de hierro.*⁸¹

Poetas, novelistas, dramaturgos, pintores... Ingleses, franceses, suizos, alemanes, españoles... Goldsmith, Thomson, Wordsworth, Clare, Florián, Gésner, Garcilaso de la Vega, Cadalso, Iglesias Casa, Gregorio de Salas, Álvarez de Cienfuegos, Fray Luis de León, Jovellanos, Meléndez Valdés, Iriarte, de la Cruz, Olavide, Montengón, Martínez Colomer...⁸²

Una tradición que acompañará al campesinado hasta su reciente desaparición. Que viene siguiéndole desde tiempos remotos. Un *leit motiv* casi eterno. La superioridad de la vida campestre frente al desvarío de la ciudad.

Strepsiades fue el personaje que eligió Aristófanes para representar la superioridad moral de la vida del campesino frente a la corrupción del ciudadano.⁸³ También Virgilio, Hesíodo, Teócrito y Horacio habían loado el campo para denigrar la ciudad.⁸⁴

Una corriente que traspasaba fronteras. En el siglo xiv, Ibn Jaldun, en la introducción a su *Historia Universal*, reconoce la superioridad cultural y económica de las grandes ciudades. Sin olvidarse de contrastar, eso sí, «la corrupción que se da en ellas, incluso la cobardía, con la honradez y valentía de los campesinos».⁸⁵

Para nosotros, tal vez el título más conocido, el que da nombre a todo un género, es *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*.

81 Thomson (1720-1740). En Raymond Williams, *op. cit.*

82 Raymond Williams *op. cit.* y Marc Martí, *op. cit.*

83 Julio Caro Baroja, «En torno al mundo rural», *Política y Sociedad* n.º 8, 1991.

84 Josep Pla, *op. cit.*

85 Caro Baroja, *op. cit.*

Escrito en 1539 por un aristócrata, Fray Antonio de Guevara. Existen otros hitos en la literatura española. *La Arcadia* de Lope de Vega, el discurso a los cabreros del *Quijote*.

Todos los géneros eran válidos para cantarle a la nostalgia. Incluso a la que puede sentirse por un futuro imaginado.

Las utopías campesinistas o antiurbanas. Cobbett y Morris, pero también Huxley y H. G. Wells. Y unos cuantos siglos antes que ellos, Tomás Moro.

El campo era un lugar que se podía echar de menos. Como los dulces días de la infancia. El campo, como la infancia, produce los exiliados más nostálgicos.⁸⁶

86 Pablo Llobera, «Somos paisaje», *Revista Soberanía Alimentaria, biodiversidad y culturas* n.º 5, 2011.

LOS QUE TENSABAN EL arco de su espíritu ante la magnificencia del campo no pertenecían a aquel mundo. Fred Kitchen, sí. Desde los trece años fue peón de granja en West Riding, posteriormente conocido como South Yorkshire, en la Inglaterra de principios del siglo xx.

Su afición a la lectura le permitió legarnos por escrito un cuadro en el que no sólo aparecían los pastores conduciendo al rebaño por los prados. Él no había olvidado los campos de nabos. Ni cómo los mozos de granja «llevan las cajas de nabos entre el barro de las cuadras...». ⁸⁷

Stephen Duck era poeta. También campesino. Le llamaron el «poeta trillador».

*Ninguna fuente murmura aquí, ningún cordero retoza,
ni trina el pardillo, ni hay praderas de apariencia feliz;
todo conforma una escena sombría y melancólica
capaz únicamente de provocar de la musa el hastío.
Cuando nosotros trillamos los guisantes color de hollín, apenas
[podemos reconocer
nuestro color natural, al regresar de la labor:
el sudor, el polvo y el sofocante humo
nos hacen semejantes a los etíopes.*

87 Fred Kitchen, *A la par de nuestro hermano el buey*, Espasa-Calpe, Argentina, 1948.

Espantamos a nuestras esposas, cuando el atardecer nos lleva de
[regreso a casa;
y los atemorizados niños creen que llega el ogro.
Semana tras semana, esta tediosa tarea realizamos,
salvo cuando los días ventosos crean una nueva;
nueva, por cierto, pero ¡a menudo peor!
La trilladora sólo se somete al castigo del Señor.⁸⁸

Desde *Los trabajos y los días* de Hesíodo hasta los criados de las *pusztas* de Illyés existe una tradición que transita por sendas más desagradecidas para el verso.

Ya no es cierto, aunque te lo muestren en poemas,
desdénalo.
Y admite que la vida aldeana es una vida de dolor.⁸⁹

Sin embargo, no son retratos como los de Raimon Casellas o Balzac. Están escritos desde el conocimiento y el respeto. Kitchen ama por igual los libros y los surcos recién cavados. Crabbe reconoce que en el campo no todo es miseria. No necesitan reivindicar un pasado más feliz para proyectar sueños venideros.

88 *Poems on Several Occasions*. En Raymond Williams, *op. cit.*

89 George Crabbe, *The Village*. *Poetical Works of George Crabbe*. En Raymond Williams, *op. cit.*

BARCELONA ES POSIBLEMENTE LA ciudad más *cool* del Mediterráneo. La ciudad del diseño a la que todos los posadolescentes desean ir. Los gestores de su marca han explotado bien los recursos que tenían a mano y el efecto llamada ha hecho el resto. Las calles más céntricas están repletas de turistas todo el año. Gozando de su primavera perpetua. La de Barcelona y la de los turistas.

En una de estas avenidas, un viejo comercio especializado en gomas y otro tipo de recambios ha experimentado una mutación singular. Por insólita y significativa. Los mecánicos, fontaneros o técnicos de mantenimiento han visto arrinconados los productos que sólo allí encontraban y observan estupefactos la fluida asistencia de un nuevo perfil de cliente.

Son los hijos del negocio familiar los responsables de su presencia. Han sabido interpretar el mercado y adelantarse. La vieja tienda de gomas se ha convertido en el primer comercio de la ciudad especializado en todo tipo de productos, materiales y herramientas para huertas urbanas.

¿Se ha ruralizado la ciudad?

En absoluto. Unamuno puede descansar en paz. Nos advirtió de que las ciudades debían conquistar los campos. Civilizarlos y «ciudadanarlos» si no querían verse ruralizadas por estos.⁹⁰ A mediados del siglo pasado, Adorno todavía nos recordaba el deber de «desprovincializar» a los campesinos. Cosa que no podían hacer

90 Miguel de Unamuno, *San Manuel Bueno, mártir*, Cátedra, 1997.

por sí mismos.⁹¹ La aldea campesina era un obstáculo insalvable para la ilustración y la emancipación. El pequeño pueblo, una ratonera con ojos expectantes detrás de las puertas y las ventanas. Un rosario de murmuraciones de unos contra otros y de miradas corrosivas.⁹² Abandonar el terruño suponía conquistar la libertad.

Puede ser que lo rural esté de moda, pero esto no significa que algo haya cambiado. Todo sigue en su sitio. La única novedad es que han sido reeditados los grandes éxitos de la vieja poesía bucólico-pastoril.

No se expresa en sonetos ni pareados. Tampoco en novelas ni pinturas alegóricas. La gente no lee en verso. Ni visita los museos, más que cuando se encuentra en una ciudad desconocida.

El género propio de esta oda al campo remasterizada es el turismo rural.

91 Werner Rösener, *op. cit.*

92 Mercè Ibarz, *La terra retirada*, Edicions 62, 2009.

EL TURISTA RURAL COMPARTE la mirada con aquellos pintores de paisajes y poetas de lo campestre. Una mirada que ignora lo que hay más allá de la imagen inocente y agradable que contempla.⁹³

Es la contradicción que subyace al turismo. La necesidad de ver más allá de la superficie, cuando nada se esconde tras de ésta.⁹⁴

Era necesario que transcurriera un tiempo prudencial antes de que el campo pudiera recrearse como lugar exótico. Nadie criado en un pueblo de posguerra podía interiorizar un giro tan drástico. Tenía que ser la generación que sólo conoció aquel pueblo en perpetuo verano. En el que aprendió a andar en bicicleta... y otras cosas menos confesables. Ellos no se han inventado las hueras urbanas pero sí las connotaciones que ahora se asocian a éstas.

El mundo rural evoca en nosotros una idea de autenticidad que no aplicamos a la ciudad. Por más que sea ésta la auténtica realidad en la que vivimos. O precisamente por esto. La noción de autenticidad siempre es aplicada a otras vidas, no a la nuestra.⁹⁵

El campo es ya el lugar de la tranquilidad. Del aire libre y la charla amistosa. El rincón donde no llegan nuestros tormentos. Envidiamos a los que el domingo no tienen que regresar. Admiramos a los viejos que se paran a contarnos cualquier anécdota sin importancia.

93 Damià Duran, *op. cit.*

94 Lucy R. Lippard, *On the beaten track. Tourism, Art and Place*, New Press, 1999.

95 *Ibid.*

Durante siglos, el aire de la ciudad emancipaba. Ahora, el aire del campo «abuena» a la gente.⁹⁶

Pura ilusión sustentada en el absoluto desconocimiento.

Sólo el vacío puede abrir un espacio con posibilidades⁹⁷ y el campo rebosa de posibilidades.

Cuando el campo se llena con este repertorio de nuevos significados, renuncia a definirse por sí mismo. Se integra en el decorado que garantiza su equivalencia con el resto de lugares.⁹⁸ La distancia ha sido eliminada de un mundo empequeñecido en el que resulta inviable cualquier tipo de proximidad. Y en este proceso, el campo ha sucumbido. Sólo quedan sus ruinas. Que nos interpelan con su lenguaje perenne y su aura de mágica grandeza.⁹⁹

96 Arrate Corres, «La tierra abuena a la gente», *Revista Soberanía Alimentaria, biodiversidad y culturas* n.º 5, 2011.

97 Lucy R. Lippard, *op. cit.*

98 «La organización económica de la frecuentación de lugares diferentes es ya por sí misma la garantía de su equivalencia. La misma modernización que ha retirado del viaje el tiempo le ha retirado también la realidad del espacio», Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*.

99 Rafael Argullol, *El fin del mundo como obra de arte*, Acantilado, 2007.

LA CIUDAD ES EL lugar de la suciedad por antonomasia. La Roma decadente de Juvenal. El «¡agua va!» de las villas medievales infestadas por la muerte negra. El *smog* en la Inglaterra de Dickens. El hedor de las cloacas del Raval. Los solares de la heroína de nuestra infancia.

Pero la prístina pulcritud que rodeaba la imagen del campo se ha venido abajo.

Cunetas de carretera convertidas en vertederos. Restos de plástico por todos los rincones, cáscaras de pipas bajo el banco del parque infantil. Aguas freáticas saturadas de nitritos y herbicida. Coches descuartizados en el patio trasero.

El turista rural afronta estoicamente tales inconvenientes a la hora de componer su oda al campo. A fin de cuentas, está acostumbrado a todos ellos.

Pero hay otro tipo de suciedad que no puede tolerar: el barro, las hojas secas y el estiércol.

La ciudad no ha dejado de ser sucia, aunque a base de manguerazos pueda no parecerlo.

El campo se ha convertido en un lugar sucio, y a menudo lo parece.

EL TURISTA ADORA LOS cuentos de la abuela. Los viejos recuerdos y su dulce repostería.

Es eso lo que ha venido a buscar.

Las cosechadoras que invaden los dos carriles de la carretera o los jornaleros que andan por la cuneta no le interesan. Incluso parece que llegan a molestarle. Le han vendido un mundo rural que no se corresponde exactamente con lo que encuentra.

Y normalmente son sus moradores los que rompen la armonía del instante.

Lo mismo les sucede a muchos que han ido a vivir al campo en busca de refugio.

A ellos no les molestan los cencerros de las vacas. Pero sí el hijo del vecino cuando pasa a cien por hora por detrás de casa. O el padre cuando vuelve de cazar con sus amigos.

Ellos también han ido al campo esperando encontrar algo que respondiera a sus expectativas. Un entorno que habían construido en su mente mucho antes de llegar a conocerlo. El lugar donde sus sueños se harían realidad. El espacio profano en medio del océano de la cultura dominante que se convertiría en fuente de lo creador.

Son jardineros de edenes.

Miman con detalle la pequeña parcela de su paraíso particular. Huyen de la vida a la que estaban destinados. La carrera universitaria o los turnos de la fábrica. El campo les ofrecía la oportunidad de reinventarse. Y en buena medida se sienten recompensados. El esfuerzo no ha sido, ni mucho menos, en balde. Pero como dice un viejo hortelano: «en el campo todo son contra-

rios». Él se refiere a los pobladores indeseables de la huerta, pero ellos lo interpretan de otra manera.

No han encontrado a los campesinos que habían imaginado. Gentes cinceladas por un molde roto hace tiempo. Portadoras de un elenco de valores que, casualmente, coinciden con los suyos: conciencia ecológica, gusto por el trabajo vivo y por lo pequeño, cooperación, responsabilidad individual y colectiva, arraigo al territorio y a la memoria, espíritu crítico, curiosidad, pensamiento holístico, atención a la singularidad y a la heterogeneidad.

No los han encontrado porque los campesinos ya no están ahí. El campo todavía no se ha vaciado del todo. No ha olvidado por completo lo que un día fue ni tampoco a los que le dieron forma. Pero no podemos cederles la palabra para que nos digan si se sienten reconocidos en las cualidades que estos peculiares recién llegados les atribuyen.

Los campesinos y el mundo



SALIMOS DEL LABERINTO Y, como era de prever, no hemos resuelto ninguna de las preguntas que nos hicimos al entrar. ¿Fueron los campesinos una subespecie degenerada o el último baluarte de la raza humana? ¿Seres mezquinos y rastreros o moralmente superiores? ¿Individuos absolutamente irracionales o hábiles administradores de recursos limitados? ¿Revolucionarios por naturaleza o perros guardianes del orden más reaccionario? ¿Vivían en un paraíso terrenal o en el gran infierno de los pequeños pueblos?

El camino que hemos seguido hasta aquí ha estado cimentado por los prejuicios y empedrado por las buenas intenciones. Una confusa cacofonía nos ha acompañado en todo el recorrido y tal vez echemos de menos el tono reconfortante de un mensaje unívoco y no contradictorio. Un solista que por un rato deje en segundo plano todo este ruido de fondo.

Sin embargo, hasta ahora hemos pisado sobre terreno seguro. No hemos llegado a ninguna parte, pero hemos salido ilesos de nuestra breve inmersión.

A partir de aquí nos adentramos en una zona oscura. Ya no se trata de saber cómo han visto los otros a los campesinos sino de intentar comprender cómo se veían a sí mismos. Por supuesto, contamos con muy pocos testimonios directos. E incluso en estos casos no podemos suponer que lo que nos cuentan ocurriera realmente tal y como lo describen.

Mientras han sido los otros quienes hablaban, hemos tenido que descifrar el texto que se ocultaba entre líneas. De ahora en adelante, habrá que prestar todavía más atención. Los propios

campesinos serán los que nos cuenten verdades a medias y los que interrumpen el relato con silencios intencionados. Y también lo hará el que escribe las páginas que siguen.

Partiremos de lo cercano para alejarnos hacia lo general. ¿Cómo veían los campesinos su entorno más inmediato? ¿Qué lógica seguían para transformarlo? ¿Cómo veían el mundo?

Las preguntas son claras. Las respuestas se solapan y enturbian el desarrollo de la exposición. Esta vez sí encontraremos respuestas, pero nadie nos asegura que sean las correctas.

Un resultado probablemente más reconfortante, aunque mucho más engañoso.

Retomamos el rastro de los campesinos. Y lo hacemos con una pregunta directa.

¿Cómo se veían los campesinos a sí mismos?

OTROS

LOS CAMPESINOS SE VEÍAN inferiores. Eran muy conscientes de que ocupaban el estrato más bajo de la pirámide social. Los de más arriba se encargaban de recordárselo siempre que surgía la ocasión.

Alimentaban al conjunto de la sociedad pero no ejercían ninguna influencia sobre ella. Todos gozaban del fruto de su trabajo sin agradecersele jamás. La suya era una labor esencial que muy pocos valoraban. En muchos casos ni ellos mismos.

Sus desgracias no importaban a nadie. Mucho menos sus opiniones. Ellos no podían entender las complejidades de la vida. Tan sólo trabajaban sin levantar la vista del suelo. Podían mostrarse orgullosos ante sus iguales pero siempre se sintieron acomplejados ante el conocimiento del letrado. Ellos no leían, y en los libros residía el poder. También en las armas que nunca poseyeron.

Percibían con nitidez su precaria situación. Su vulnerabilidad. Ante las élites dominantes y ante el caprichoso temperamento celestial. El cielo cubría su existencia con un velo de amenaza que nunca escampaba. Estaban a merced de la ventisca y del granizo, así como de los temporales que provenían del castillo o de la ciudadela. La suya era una vida a la intemperie.

Por eso los campesinos se veían diferentes. Una especie de «sociedad aparte».¹ Diferentes a quienes les explotaban. También

1 Robert Redfield, *Peasant Society and Culture*, 1956. En Eduardo Sevilla Guzmán, *Desde el pensamiento social agrario*, op. cit.

a quienes vivían en la ciudad y al resto de la sociedad. Ellos no eran obispos ni abogados. Tampoco mineros, marineros ni cómicos ambulantes.

Por supuesto, eran diferentes a los campesinos que vivían en otras regiones. Los campesinos de Son Carrió, Mallorca, sabían que sus magras tierras no podían rendir como las de la huerta de Sa Pobla o las del Pla de na Tesa.² Los habitantes de la Sierra Pobre nunca se hubieran comparado con los de Aranjuez. Ni los de Níjar con los de Valencia. Los jornaleros de Cádiz no eran los *baserritaras* de Gipuzkoa.

Aunque no era necesario irse tan lejos. En la mayoría de los casos, el pueblo vecino estaba a una distancia mental insalvable. No, ellos tampoco eran como los del pueblo de al lado. Nada que ver.

Un caso extremo de esta diferenciación subjetiva es el de las minorías rurales marginadas. Colectivos sociales que no se distinguían por ningún rasgo étnico o religioso pero que fueron discriminados duramente por sus paisanos. Los *agotes* del valle del Baztán, por ejemplo.

Los primeros documentos escritos que dan cuenta de su existencia datan del siglo xv. El estigma ha pervivido prácticamente hasta la generación actual. Hasta el ocaso de la sociedad campesina del norte de Navarra.

Eran identificables, siempre según los tópicos, por la ausencia de lóbulo en sus orejas. Se les llamaba *belarrimotz*. Los de orejas cortas. Mote que en el euskera de hoy sirve para referirse con desprecio a los inmigrantes españoles. El último reducto de los *agotes* vivía en el barrio de Bozate, en Arizkun. Tenían su propio cementerio y durante siglos tuvieron que entrar en la iglesia por una pequeña puerta lateral. No podían compartir la pila bautismal ni la comunión. «Tampoco podían establecerse libremente

2 Damia Duran, *op. cit.*

en ningún núcleo urbano y carecían de derechos de vecindad, por mucho tiempo que hubieran residido en un lugar. Además, estaban obligados a observar una férrea endogamia y a identificarse como agotes en cualquier ocasión. Sufrían persecuciones y expulsiones periódicas, eran tenidos por herejes, por leprosos, por extranjeros indeseables...».³

3 Javier García-Egocheaga, *Minorías malditas: la historia desconocida de otros pueblos de España*, Tikal, 2003.

LOS CAMPESINOS TAMBIÉN SE veían distintos entre sí.

Los miembros de una misma aldea nunca hubieran entendido que alguien pudiera verles como un cuerpo social homogéneo. En alguna ocasión, Marx comparó la Francia del siglo XVIII con un gran saco de patatas. Se refería a que estaba llena de pequeñas unidades indistinguibles. Eran las familias o las aldeas campesinas.

No sabemos si el gran pensador había recogido muchos sacos de patatas en su vida pero el caso es que la comparación era apropiada. Los mismos campesinos hubieran estado de acuerdo con ella. Ellos sí que habían llenado muchos sacos. Sabían que en un mismo saco no hay dos patatas iguales.

El vecino de arriba trabajaba con sumo cuidado y detalle, el de abajo era un chapucero. Uno manejaba el hacha como nadie, el otro hacía muy buenos injertos y el de más allá sentía pánico por las abejas.

Hasta fechas relativamente recientes, la especialización en el trabajo no establecía fronteras herméticas. El carpintero, el arriero, el zahorí o el maestro albañil también tenían sus campos y su pequeño rebaño. Hacían leña como todos y trillaban el centeno. Eran también campesinos. Incluso el molinero, eterno enemigo, lo era.

Los pastores eran campesinos y a ningún labrador se le hubiera pasado por la cabeza equipararse con ellos. Su relación solía caracterizarse por los conflictos recurrentes.

Un poso de rencor ancestral les separaba.

Existían también diferencias evidentes incluso entre los miembros de una misma familia. Un anciano no era un niño. Ni una

mujer, un hombre. El trabajo y las responsabilidades que tenían les imponían su propio ritmo cotidiano. Trabajaban juntos en algunas tareas pero pasaban gran parte del día desempeñando las labores que les correspondían. Y en el rincón más invisible de aquel mosaico, las mujeres.

Entre todas estas diferencias «internas», una sobresalía por encima de las demás. Marcaba a hierro el abismo que dividía la comunidad.

Un puñado de casas fuertes convivía con un gran número de familias miserables.

ES CIERTO QUE LOS campesinos compartían objetivos comunes y trataban de satisfacerlos a través de las mismas estrategias. Todos trabajaban para obtener buenas cosechas, criar animales sanos y productivos, etc. Pero se ofenderían si no atendiéramos a la estratificación social que existía entre ellos. Los más acomodados, por haber sido comparados con sus miserables vecinos. Estos, por haber obviado que ellos no contaban con los mismos medios que los grandes. Unos tenían enormes casas-factoría con todo el arsenal de infraestructuras, aperos y herramientas necesarias. Yuntas de bueyes o mulos, tierras llanas y bien orientadas. Viñedos, frutales, praderas, campos de cereales, grandes rebaños. Los otros tenían sus parcelas en los lugares más remotos y pedregosos, cuatro ovejas y un par de cabras. Un burro viejo y una casa pequeña y oscura. Su patrimonio no les permitía subsistir y debían recurrir al trabajo asalariado o a cualquier tipo de arrendamiento con los campesinos poderosos.

Entre estos dos extremos caricaturizados, un gradiente de infinitas situaciones concretas.

Los más pobres no sólo sufrían la humillación de las capas ociosas del campo. Los explotadores no eran sólo el señorito andaluz o el gran propietario mallorquín que exigía siete de cada nueve gavillas de trigo al arrendatario cuando éste se veía con la necesidad de arrancar el bosque y labrar alguna zona sin aprovechar de la *possessio*.⁴

4 Damià Duran, *op. cit.*

También los herederos de las mejores casas, campesinos como el resto, podían tratar sin ninguna consideración a los hijos de sus vecinos.

«Nacido en un hogar de granjeros, criado a la sombra del arado, con un blusón fruncido en la espalda, acostumbrado a sentir gran deleite en todas las actividades de los granjeros, a disfrutar de su sociedad y a tener entre ellos a mis amigos más estimados, yo debería sentirme naturalmente, y me siento, particularmente ansioso por evitar, en lo poco o mucho que pudiera contribuir, esa ruina total que ahora los amenaza. Pero, ¿cómo no experimentar ningún sentimiento por el peón? ¿No era él también un *paisano* mío? ¿Cómo no sentir indignación contra aquellos granjeros que habían tenido la dureza de corazón para colgarles un cencerro en el cuello y habían insultado y degradado así, caprichosamente, a la clase a cuya faena debían su propio bienestar?».⁵

Las diferencias venían de lejos y con el paso del tiempo no hacían más que agudizarse. Eran muchos los factores que contribuían a esta diferenciación entre familias de un mismo pueblo o comarca. George Duby cuenta que, entre el año 1000 y el siglo XII, la aparición de un nuevo tipo de arado incrementó la desigualdad entre los que tuvieron la capacidad para adquirirlo y los que no.⁶ La eliminación de la servidumbre en Picardía, en el siglo XIII, tuvo efectos similares.⁷

Las recurrentes crisis de carestía no afectaban por igual a unos y otros. En años de mala cosecha, los precios del trigo subían. La consecuencia era lógica. Los que no poseían suficiente tierra para

5 William Cobbett, *Rural rides*, 1822-1826. En Raymond Williams, *op. cit.*

6 George Duby, *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*, Siglo XXI, 1992.

7 Silvia Federici, *op. cit.*

producir el grano de todo el año pasaban hambre. Los propietarios con más tierra vendían más caro su excedente y se enriquecían.

Un efecto tan desigual sólo podía acarrear tensiones en el seno de la comunidad aldeana. Tal y como sucedió en Alemania en los prolegómenos de la explosión campesina del siglo xvi.⁸

8 Werner Rösener, *op. cit.*

ES EVIDENTE QUE NO todos los campesinos acomodados trataron mal a sus empleados. Tampoco a los más pobres, que arrendaban parte de sus tierras o estaban a cargo de alguna de sus casas. Además, existían distintos tipos de contrato entre propietario y arrendatario que condicionaban, a fin de cuentas, el grado de precariedad y descontento del pequeño campesinado. La aparcería solía preferirse al pago de una renta fija. La enfiteusis, de larga duración, contribuía a la estabilidad del trabajador, etc.

Y, por supuesto, todo dependía del carácter del amo.

En sus años de juventud Fred Kitchen trabajó en distintas granjas y el recuerdo que mantenía de sus amos no era malo. Unos tenían peor genio que otros. No todos eran igual de cuidadosos con su finca. Algunos le hacían sentir «en familia» y otros simplemente como un trabajador.

Pero en su libro, Kitchen nos habla sobre todo de los peones. Y de las diferencias de estatus que había entre ellos.

Su primer trabajo en una granja fue vigilar que los cuervos no se comieran la cebada recién sembrada. Luego ascendió a caballero y a los diecisiete años se convirtió en cochero. Para ello, renunció a seguir en Moot Hall, a pesar del buen trato de los amos y de su insistencia para que se quedara. Sabía que su salario ascendería de doce a dieciocho libras. El primero de diciembre tenía lugar en Doncaster la Feria de colocaciones. Todos los años, amos y peones se reunían en la plaza de la villa. Allí se cerraban los nuevos contratos o se ritualizaban las renovaciones. El peón era libre, como el amo, de romper el contrato.

Con el paso de los años llegó a ser repartidor de leche y finalmente vaquero de la granja en la que escribió sus memorias de juventud.⁹

Los peones de las granjas inglesas de principios del siglo xx tenían bien presentes los escalafones jerárquicos que marcaban su trabajo diario, su sueldo y su prestigio. Del mismo modo que los criados de la *puszta* de Gyula Illyés.

Su abuelo le había dejado bien claro cuál era la diferencia entre ser pastor de ovejas, como él, o cuidar los otros animales de la *puszta*. El porquero, más que pastor, era un vigilante. No podía sentarse ni dejar el zurrón en el suelo, pues los cerdos se habrían abalanzado en el acto sobre él. Tenía que andar armado con un garrote corto, un látigo y una pequeña hacha.

Los vaqueros de vez en cuando se sentaban. «Cuando resbalan en una boñiga», respondía su abuelo. Si eran suficientes para rodear el rebaño, lo hacían pero, «en punta», con las rodillas tocando el mentón. ¿A eso se le podía llamar *sentarse*? Es cierto que se apoyaban en el bastón, lo cual explicaba que fuera tan largo. Algún vaquero era capaz de dormirse así, inclinado sobre el bastón. Los potreros se pasaban el día entero sacando agua del pozo. No les podía ni ver. Sus diferencias eran grandes.

En cambio, los ovejeros... «Mi abuelo jadeaba simplemente de ir de la mesa a la cama, pero se enderezaba en su silla cuando podía referirse a este tema. [...] ¿Sentarse? Los ovejeros podían tumbarse cuando y donde les viniera en gana. Existía un código no escrito, pero exhaustivo, sobre sus privilegios...».¹⁰

9 Fred Kitchen, *op. cit.*

10 Gyula Illyés, *op. cit.*

ES DIFÍCIL ESTABLECER UNA frontera precisa entre campesinos «acomodados» y «pobres». Ésta dependería de tantos factores que haría inútil la distinción.

Algunos autores hablan de campesinos ricos, medianos y pobres. Sin tener en cuenta que no es lo mismo un campesino pobre de Holanda que uno de Turquía.

Incluso en un ámbito territorial más acotado, no es sencillo determinar las lindes que separan las distintas capas sociales campesinas. Una estratificación que se ha desarrollado en un dilatado plazo de tiempo como consecuencia de un proceso multicausal.

No es fácil, pues, definir tales categorías ni explicar su aparición. Mucho menos, predecir sus implicaciones.

Incluso suponiendo que los miembros de un mismo rango económico reaccionaran del mismo modo frente a situaciones concretas. Por ejemplo, en el caso de un conflicto social.

Varios historiadores han referido casos en los que las élites campesinas de un lugar se han aliado con los estamentos sociales dominantes para sofocar una revuelta popular. En las Guerras Campesinas alemanas del siglo xvi. En el periodo de conflictividad generado por el cercamiento de los comunales. En el auge del fascismo y su buena acogida entre algunos sectores del mundo rural italiano, alemán y español. Se sabe que desde su fundación en época moderna, los ayuntamientos han estado dirigidos casi siempre por las familias más ricas del pueblo. Desde ahí han impulsado o apoyado las reformas legislativas que abocaban a los más pobres a una creciente indignancia. Contribuyendo de forma

activa a «la destrucción de la economía, los lazos de comunidad y la cultura de los campesinos pobres».¹¹

Son cosas demasiado conocidas para negarlas. Pero no es menos cierto que muchos de los levantamientos campesinos han tenido líderes provenientes de esas mismas familias acomodadas.¹² ¿Jóvenes idealistas? ¿Iluminados exaltados? ¿Manipuladores que instrumentalizaban el malestar de los pobres?

Quién sabe.

Sin embargo, no es de recibo pensar que todos los campesinos que no vivían en la extrema pobreza se arrimaban siempre a las élites dirigentes, «con quienes compartían el miedo hacia unos pobres cuyo número iba en aumento».¹³

Tampoco imaginar, como lo hacía de Pereda, que las aldeas eran remansos de paz y de un amor al prójimo incondicional.

11 Josep Fontana, *op. cit.*

12 Werner Rösener, *op. cit.*

13 Keith Wrightson y David Levine, *Poverty in an English village. Terling, 1525-1700*. En Josep Fontana, *op. cit.*

MIRADAS

LA IMAGEN QUE NOS devuelve el espejo es la síntesis más precisa de nuestras satisfacciones y desgracias. Escribimos nuestra historia personal con arrugas y cicatrices. El campesinado escogió otra superficie textual. La faz de la tierra.

En ella podemos leer la acumulación de sucesos que conformaron su carácter. Eran gentes del *país*. Y éste imprimía de manera innegociable las cláusulas del contrato vital. Los campesinos vivían en el lugar donde nacieron sus abuelos y en el que morirían sus nietos. Los riscos pedregosos o el llano fértil. El desierto del páramo o la dehesa. La arquitectura de un espacio condiciona las circulaciones permitidas. Las trayectorias disponibles, las mutaciones adaptativas. Pero los campesinos siempre anduvieron por su propio pie. No manaban de la tierra para dejarse deslizar por la ladera. El suyo no era el discurrir del torrente. Sabían que en el fondo del valle residía su perdición. Vivían a contracorriente. Contener la inercia, siempre más poderosa, de lo salvaje era imposible. Hubieran sido arrollados. Lo que sí podían hacer era sortear sus embestidas y domesticar su instinto.

Los campesinos han morado la tierra civilizándola. Vivimos en el mundo que crearon. No podemos dar un solo paso sin pisar el resultado de su trabajo. Tampoco abrir los ojos sin ver el trazo de su huella. Una obra que es todo lo que nos rodea. Todo aquello que pensamos que es tan nuestro por el hecho de estar ahí. De toda la vida. Los bosques de castaños y las praderas. Los senderos y los puentes. Pero no es sólo el desconocimiento el que nos hace

ser tan ingratos. A los campesinos se les pasó por alto un pequeño detalle. Olvidaron reivindicar su autoría.

A diferencia de los canteros que tallaron las piedras de las grandes iglesias, los campesinos no firmaban sus trabajos.

La suya es una creación que nos llega de forma anónima. Lo cual no significa que lo fuera en el momento de su materialización.

Tal vez no creyeron necesario explicarle a la posteridad quién había levantado aquel muro de piedra seca. Quién había roturado el bosque para que pastaran las ovejas.

Probablemente ni se lo plantearon. Todos los que vivían en ese momento sabían perfectamente quién había realizado el trabajo. Habían visto cómo lo hacía y además llevaba grabada su impronta. La memoria se encargaría del resto. Las siguientes generaciones evocarían el recuerdo del bisabuelo cada vez que pasaran por aquel camino empedrado o cuando en otoño recogieran las nueces del gran nogal de casa.

La memoria se ha roto. Ha perdido el mundo que la engendró. El mundo al que ella daba coherencia.

Los nietos de los campesinos viven en la ciudad y no recuerdan nada. O viven todavía en el pueblo y lo han olvidado casi todo.

Miramos alrededor y no reconocemos la mano de nuestros bisabuelos.

«PARA REPRESENTAR LA BATALLA entre Alejandro y Darío cerca de Iso (Múnich, Alte Pinakothek, 1529), Albrecht Altdorfer escogió un punto de vista altísimo y lejano, comparable al de un águila en vuelo. Con la agudeza visual del águila, pintó los reflejos de la luz sobre las armaduras, las monturas, las gualdrapas de los caballos, los colores chillones de las banderas, las cándidas plumas revoloteando sobre los yelmos, los caballeros armados con lanzas parecidos a un inmenso puercoespín, y después (retrocediendo despacio) las montañas detrás del campo de batalla, los campamentos, las aguas, los vapores, el horizonte curvado que sugiere la forma de la esfera terrestre y el cielo inmenso en el que relucen el sol al ponerse y la luna al aparecer. Ningún ojo humano conseguirá jamás enfocar al mismo tiempo, como hizo Altdorfer, la especificidad histórica (real o supuesta) de una batalla y su irrelevancia cósmica».¹⁴

Al escribir este pasaje, el autor de *El queso y los gusanos* estaba pensando en los historiadores. La perspectiva escogida por Altdorfer sólo podía funcionar en «un diagrama abstracto o una imaginación visionaria», como la del pintor alemán. No podría ser válida para estudiar con rigor los acontecimientos del pasado. El historiador debería tener claro que «la mirada cercana per-

14 Carlo Ginzburg, «Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella». *Manuscripts: Revista d'història moderna*, n.º 12, 1994.

mite atrapar cualquier cosa que escapa a la visión de conjunto, y viceversa».¹⁵

Centrado en reflexiones metodológicas sobre su disciplina, el historiador turinés no se percató de que acababa de resumir en una sola frase la desorientación que caracteriza nuestra época.

Altdorfer ya no está solo. La perspectiva que nos propone en su cuadro es, desde hace un tiempo, la nuestra. No poseemos una imaginación visionaria como la suya. Contamos con las últimas novedades en el mercado de la percepción computerizada.

Sin ellas, ya no somos capaces de comunicarnos con nadie ni de encontrar el camino de vuelta a casa. Pero hablamos más que nunca y siempre llegamos por la ruta más corta. Nuestra memoria y nuestros reflejos han abandonado la caja craneal y se han extendido hacia el bolsillo del pantalón. El primer paso de la vida eterna que soñaron los padres de la inteligencia artificial.¹⁶ El colofón de la evolución humana.

Tenemos el mundo entero bajo la yema de nuestros dedos. A una distancia tan alejada que nos permite percibir los detalles más cercanos y los parajes más remotos de forma simultánea. Como Altdorfer. Pero nosotros creemos ser capaces, a diferencia de él, de entender el nexo que vincula los dos planos de su *Batalla*.

Vemos el mundo desde una fortificación encumbrada. Por eso nos cuesta digerir el mensaje agorero de Ginzburg.

Aunque debemos reconocer que en ciertos momentos se nos empaña la vista.

Todavía no nos hemos recuperado de los mareos propios de un ascenso tan vertiginoso.

15 *Ibid.*

16 David F. Noble, *op. cit.*

DE NIÑOS, TODOS HEMOS jugado a fijar la vista en objetos que aparecían y desaparecían rítmicamente a través de la ventanilla del coche o del tren. Árboles, postes eléctricos, otros vehículos, líneas discontinuas.

Cuando la cadencia es verdaderamente acelerada, nuestros ojos dibujan un movimiento espeluznante. Violentos espasmos oculares que estremecen al observarlos.

Nuestra forma de mirar está muy poco acostumbrada a los planos lentos. Los que son tan propios del medio rural.

Al contemplarlos no podemos reprimir una ligera irritación. La inmovilidad de la escena es exasperante.

*¡Es calmo, en verdad! Tan calmo, que perturba
y contraría la meditación con su extraño
y extremado silencio.*¹⁷

17 Samuel Taylor Coleridge, *Frost at midnight*, 1798. En Raymond Williams, *op. cit.*

EN LA ESCUELA NOS enseñaron que el nervio óptico absorbe señales electromagnéticas que nuestro cerebro interpreta. La realidad viene a nuestro encuentro y se nos muestra tal como es.

Sin embargo, el bosque de aquí enfrente no es el mismo para mí que para el ganadero que vive más arriba.

Nuestra mirada es la que da realidad a lo que vemos.

La panorámica que perturbaba a Coleridge con su calma también estremecía a los campesinos de aquel rincón de Inglaterra. Pero no por su quietud sino por el torbellino de estímulos que contenía. Tenían la mirada entrenada.

Entre 1929 y 1932, Walter Benjamin trabajó en la radio de su ciudad natal, Berlín. Era un programa dirigido a jóvenes oyentes que pretendía mostrar algunos de los secretos que escondían las calles y las plazas que tan bien conocían. No se trataba de rastrear historias olvidadas ni de presentar insólitos descubrimientos. El método que proponía era adoptar una nueva mirada sobre la ciudad. Una mirada microscópica. «Insistió en contemplar todos los objetos tan de cerca como fuera posible, hasta que se volvieran ajenos y, como ajenos, entregaran su secreto».¹⁸

El mecanismo del extrañamiento. El que se encuentra en las raíces de la filosofía y la literatura. Una mirada capaz de descubrir lo nuevo en los objetos más familiares. Que no se contenta con ver tan sólo aquello que reconoce.

18 Th. W. Adorno, *En memoria de Benjamin (1940)*. En Martín Kohan, *Zona urbana. Ensayo de lectura sobre Walter Benjamin*, Trotta, 2007.

La intención de Benjamin era enseñar a aquellos jóvenes a perderse en su propia ciudad. No sabemos si lo logró pero sí podemos intuir que su propuesta radiofónica no tendría mucho éxito entre las gentes del campo.

Nadie les tenía que enseñar a adoptar una mirada microscópica, pues la habían aprendido de pequeños. Y no se valían de ella precisamente para perderse.

La observación atenta y minuciosa de todo cuanto les rodeaba era la herramienta más valiosa con la que contaban los campesinos. A su alrededor no había más que señales. Rastros y presagios. El movimiento de las nubes, el color de la hierba, el vuelo de los pájaros, la rama quebrada del cerezo.

Su ojo no descansaba. Su memoria, tampoco. Un caudal de información que debía ser procesado lo antes posible. Era necesario anticiparse. Avanzar o detenerse. Replantear la estrategia o mantenerla hasta las últimas consecuencias. En ello les iba mucho. La diferencia entre un mal año y uno peor.

LA MIRADA ACTIVA DE los campesinos construía la topografía con la que orientaban sus decisiones. En ella quedaban registrados y codificados los fenómenos naturales que tanto les afectaban. Pero en el territorio no leían tan sólo signos ecológicos y climáticos.

Sus mapas mentales contaban con una serie de dimensiones superpuestas a la del puro sustrato natural. La historia, las desigualdades sociales o los ritos comunitarios interpelaban al campesino con cada pequeño accidente geográfico. Una gran piedra junto al camino podía desencadenar una serie de acontecimientos que tardaría horas en detallar.

Un simple campo de trigo también.

En algunas de las zonas más llanas y fértiles de Galicia existen unos campos llamados *agras*. A simple vista se trata de un campo rodeado por muros de piedra en el que crece el cereal.

Lo que no sabemos, si nadie nos lo cuenta, es que lo que vemos no es un sólo campo sino un conjunto de parcelas contiguas dispuestas a modo de franjas.

No hay ningún elemento físico que marque sus límites. Es tierra demasiado buena para desperdiciarla con un camino o con un seto. Para el ojo profano resulta imposible percibir dónde termina una parcela y empieza otra.

En el momento de la siembra, el trabajo se inicia por la porción de tierra más lejana a la puerta del campo y así sucesivamente hasta llegar a la que está más cerca de la entrada. Para llegar a su terreno, los agricultores tienen que pasar por encima de las otras. De ahí el orden que sigue la siembra.

A la hora de segar, el orden se invierte.

Para realizar las labores necesarias entre la siembra y la cosecha, los distintos propietarios tienen derecho a pasar por el terreno de los vecinos. Ahora bien, por unos caminos bien establecidos por la costumbre.

Caminos que en realidad son un surco del cultivo. Aunque no uno cualquiera.

Caminos inmateriales, no por ello menos reales.¹⁹

En el otro extremo de la península, la sombra de un cerezo nos protege del sol de marzo. Hemos ido al encuentro de un viejo agricultor para que nos cuente lo mucho que ha cambiado la vida en el pueblo. El árbol se encuentra junto a la pista que separa una zona de huertas de un campo de trigo. El terreno también es llano pero aquí no hay muros. Y el cereal es de un único propietario.

Miquel, que así se llama, nos cuenta cosas de antes, de cómo a menudo solían merendar con los vecinos de las otras huertas. Va señalándolas con el dedo a medida que dice el nombre de sus propietarios. Después de repasar las cuatro o cinco huertas que tenemos delante, el dedo de Miquel cruza la pista hacia el sembrado y sigue nombrando más huertas con los respectivos nombres de los que las trabajaban.

El índice se para en distintos puntos aparentemente aleatorios. Ahí estaba la huerta de fulano, que era el mecánico del pueblo. Ahí a su lado la de mengano, el albañil. Y así durante un rato.

Por supuesto, él está viendo el mismo campo de trigo que nosotros. Pero también todas las huertas que hubo en su día.

Su retina todavía conserva la imagen. Su recuerdo, aquellas tardes en las que merendaban todos juntos bajo el cerezo.

19 José A. Fernández de Rota, *Antropología simbólica del paisaje*. En González Alcantud y González de Molina (eds.), *La tierra. Mitos, ritos y realidades*, Anthropos, 1992.

El mismo en el que todavía ve encaramados a los miserables que llegaban de Barcelona. El hambre de la posguerra les traía como manadas de estorninos. Iban en tren hasta Granollers y de ahí salían andando hacia los pueblos del Vallès, recogiendo lo que podían entre gritos y juramentos de los dueños. También estos comían menos de lo que hubieran querido.

En su casa escaseaban los víveres porque el dueño de toda esta tierra...

Y así podría habernos tenido horas bajo el cerezo. Entre su huerta y el campo de trigo.

LA MIRADA DEL CAMPESINO era capaz de registrar un cúmulo de significaciones imperceptibles para los demás. Incluso también para los campesinos de otro pueblo. Pero era incapaz de ver aquello que llama más nuestra atención cuando vamos al campo. Lo primero que salta a la vista cuando alguien de fuera contempla un lugar. Especialmente si es de ciudad.

Los campesinos no veían el paisaje.

Colores encendidos al amanecer, lágrimas de rocío sobre las hojas, reflejos argentinos en los bandos de palomas.

Ninguna de estas visiones despertaba en el campesino un estado de embriaguez. No le transportaban a lo más hondo de su ser. Ante ellas no le asaltaban los grandes misterios de la existencia.

Su relación con el entorno era demasiado cercana. Con su trabajo perfilaba el rostro de la tierra y a su vez se sabía moldeado por ella. Un elemento más del conjunto. Y para ver un paisaje se requiere cierto distanciamiento.

La lejanía de la cultura y del arte. La distancia que impone el desconocimiento y la novedad.

Como el pintor o el poeta, en el campo nosotros sólo vemos paisajes. Que no son otra cosa que el resultado de nuestra mirada ajena.

No llegamos al límite de aquellos grandes burgueses ingleses del siglo XVIII que destinaban su fortuna a crear vistas para deleitar sus sentidos. Grandes espacios que debían ser contemplados desde el mirador apropiado. Avenidas arboladas abriéndose paso entre las praderas. Pequeñas manchas boscosas junto al río. Las

altas colinas dominando la escena a lo lejos... Ocultaban los caminos, apartaban graneros y molinos, transformaban una lavandería en un invernadero. Incluso colocaban espejos para crear perspectivas imposibles.

El punto más alto del arte burgués agrario. Que eclipsaba el pulso del pintor, pues él «nunca pudo hacer mover olas y hojas». Que hicieron realidad los sueños del poeta: crear un entorno rural del que se había desterrado a sus habitantes y las labores que les eran propias.²⁰

El turista de nuestro tiempo no tiene el dinero necesario para plantearse estas iniciativas creativas.

Tampoco el gusto.

Se le puede ver exclamar de pasión por la belleza arrebatadora de una chopera en otoño. O de un pinar de repoblación junto al caudal seco de un barranco comido por las cárcavas.

Una nueva acepción de lo sublime. Paisajes que verdaderamente atemorizan. Por su fealdad y su absoluta falta de identidad. William Morris nunca hubiera imaginado hasta qué punto llegaría a degradarse la naturaleza. Y con ella, el sentido de lo bello.²¹

Percibir es un modo de proyectarse. Mirar es presentarse al mundo. Mostrar nuestro acondicionamiento y nuestras intenciones.

Por eso la mirada del campesino no tiene nada que ver con la del turista.

Mientras uno consume paisaje, el otro usa el territorio. Ambos alteran el entorno, pero solamente el campesino cambia con las transformaciones del lugar.

El turista, por mucho que cambie el paisaje, seguirá siendo exactamente él mismo.

20 Raymond Williams, *op. cit.*

21 William Morris, *Cómo vivimos y como podríamos vivir*, Pepitas, 2004.

Dos miradas que ilustran el cambio producido en las últimas décadas.

El mundo del campesino ha desaparecido. Ha dejado paso al mundo del que proceden los turistas.

Hemos cambiado un mundo sin paisajes por unos paisajes sin mundo.

LA PERCEPCIÓN DE UN paisaje requiere distanciamiento y cultura. También un criterio estético.

Los campesinos no ven paisajes por ninguna parte, por lo tanto, carecen de todo sentido estético.

Una vez más, las deducciones lógicas traicionan la realidad.

La mirada del campesino era utilitarista. Bien cierto.

Tanto como la del turista.

Si al turista, a pesar de haber dado evidentes pruebas de mal gusto, no le negamos la capacidad para discernir según criterios estéticos, ¿por qué se la negamos al campesino?

¿Ha sido el único grupo humano de la historia al que se le ha atrofiado esta facultad?

¿Y les ha ocurrido a todos los campesinos que han existido durante milenios?

Simplemente, se expresaban a través de otros códigos.

Y, obviamente, no podían desvincular su inclinación por lo bello de su necesidad por lo útil.

SALIENDO DEL PUEBLO NOS interrumpe un jubilado.

Sorteado el interrogatorio de rigor, nos pregunta a dónde vamos.

—Al hayedo a dar una vuelta.

Su rostro dibuja una mueca.

Íbamos al hayedo... andando. Le pareció increíble.

Seguramente tenía las fuerzas muy menguadas, pues no se tardaba más de media hora en llegar.

Aquel hombre había olvidado su infancia. Y cómo algunos niños del pueblo, con ocho años, ya se ganaban una pequeña propina bajando a hombros los cabritos recién nacidos en el monte.

Su casa era la última de la calle y muy probablemente conocía el hayedo como la palma de su mano. Cuántas veces habría estado allí. Tal vez escondiéndose de alguna riña del padre o buscando nidos. O cualquier otra cosa. Haciendo hatillos de leña o viendo cómo el abuelo tiraba los árboles que les calentarían en invierno.

El hayedo le parecía ahora algo de otro mundo. Se había convertido en un lugar extraño.

Para sus padres, y para él mismo cuando era niño, el hayedo era uno más de los espacios en los que transcurría su cotidianidad. Tan íntimo y familiar como la cocina o el desván.

Por eso a los campesinos les era imposible concebir un espacio «natural» segregado de lo humano. El conjunto del territorio formaba parte del hogar.

Ellos no se sentían parte de la naturaleza. Vivían en un mundo sin naturaleza.

Las gentes del mundo rural que mejor han experimentado esta sensación fueron los contrabandistas. Dedicados a la sana afición de saltar fronteras, andaban de noche, siempre a oscuras y fuera de los caminos, como quien se levanta de la cama y no enciende la luz para no molestar.

Podían pasear durante horas por las azoteas de su gran residencia.

Sus ojos conocían la sombra de cada árbol. Sus pies, la forma de cada piedra. Sólo la niebla podía llegar a desorientarles por unos instantes. Pero sabían que no tardarían en dar con un objeto conocido. Y no podemos conocer sin nombrar.

Los campesinos vivían en una geografía bautizada,²² en la que todo había recibido su nombre. Montañas, collados, torrentes, fuentes, peñas, cuevas, vados, puentes, rincones, hondonadas, riscos, prados, bosques, caminos, bordas, casas...

Ni un palmo de terreno sin identificar. Ser del pueblo significaba conocer el nombre de todos estos lugares. Los topónimos eran los cimientos del entendimiento mutuo.

También la contraseña de la pertenencia y de la propia identidad.

22 Josep Pla, *op. cit.*

MUNDOS

LA VIDA DE LOS campesinos nunca fue fácil. Salir adelante constituía de por sí un ambicioso propósito cuando los medios eran tan escasos. El trabajo era desbordante y su resultado dependía en exceso de factores que no podían controlar. Las inclemencias meteorológicas y sociales.

No quedaba otro remedio que ser buenos en lo que hacían. Apretar los dientes no era suficiente. Tenían que estar muy atentos y luego ser capaces de ejecutar la obra con maestría. Y no eran pocas las disciplinas de su arte. Agricultura, ganadería, silvicultura, albañilería, carpintería, cantería, costura, veterinaria, conservas alimentarias... No era necesario ser el mejor en todo, pero sí intentarlo.

En la escuela, aparte de tomar conciencia de su inferioridad, los campesinos no aprendían gran cosa. Donde lo hacían era en el campo. Trabajando desde pequeños y observando. A los mayores y a su alrededor.

Y debían poner todo su empeño, pues nadie perdería mucho tiempo mostrándoles la anatomía de una oveja ni corrigiendo su postura al empuñar la herramienta. Nadie puede enseñarte a que el hacha caiga siempre en el mismo punto cuando quieres rajar un tronco.

Fred Kitchen lo experimentó en sus propias carnes. Concretamente, en las nalgas, cada vez que algún superior consideraba oportuno reprenderle por su torpeza.

Tal «complemento» pedagógico no tenía por qué ser frecuente, pero sí el método de enseñanza que le aplicaron: «el único modo de aprender es descubrir». Observar y adquirir habilidad a fuerza de ensayos y errores.

Un método superado cuando escribía sus memorias pero que para él tenía ventajas que lo hacían recomendable, «porque un muchacho observaba y notaba mejor cómo se hacía una cosa mirando a otra persona, que no si ésta le mostraba sencillamente cómo». Eso hubiera sido echarle a perder, decían los mayores por aquel entonces.²³

A un peón de granja se le exigía ser un trabajador solvente, pero quedaba exento de una tarea fundamental que recaía exclusivamente sobre su amo: él no tomaba las decisiones.

El campesino que trabajaba por su cuenta las tomaba continuamente. Van der Ploeg llegó a contabilizar más de cuatrocientas en la sucesión de labores que van desde la siembra del trigo hasta su almacenamiento en el granero.²⁴ Y decidir implicaba interpretar el contexto y prever las consecuencias de la acción. El momento más delicado en cualquier labor que realizara.

Su mirada era el punto de partida. Luego le tocaría el turno a su experiencia, que no era tan suya como de sus antepasados. Pero antes tenía que resolver la ecuación planteada por el escenario concreto en el que quería intervenir. El enunciado del problema era siempre complicado. No tanto por la acumulación de factores y variables en juego sino por su compleja articulación. A diferencia de la mente cincelada por la racionalidad científica, el campesino veía los distintos elementos sin por ello dejar de ver el conjunto. No descuartizaba la realidad como los forenses que

23 Fred Kitchen, *op. cit.*

24 Jaw Douve van der Ploeg, *El proceso de trabajo agrícola y la mercantilización*. En Sevilla Guzmán y González de Molina (eds.), *op. cit.*

sentaron las bases de la medicina moderna. Su cuerpo de estudio estaba bien vivo y él carecía del poder y de la arrogancia para forzarlo y desfigurarlo, como sugería Bacon.

Todo estaba relacionado, y no entendía que se pudieran concebir de forma aislada las distintas piezas del rompecabezas.

«Los límites como propiedades estables de las cosas son sólo una invención de nuestro deseo de detectarlos».²⁵

Su mente no interrogaba a los fenómenos para sonsacarles la verdad que ocultaban. El campesino aprendía sin hacer preguntas. Artificios que focalizan nuestra atención y filtran los acontecimientos. Con su precisión excluyen todo aquello que no les interesa. Con su exigencia de respuestas nos llevan a menospreciar las que no esperábamos y a descartar las que no concuerdan con nuestras expectativas.

Las preguntas imponen su voluntad. Son coactivas. No esperan sentadas a que los sucesos se manifiesten, para luego tomar nota de ellos.

«Si no existieran las preguntas, el modo de pensar interrogativo sería sustituido por otro observador y afirmativo. [...] Sin preguntas, sería imposible no saber».²⁶

Fred Kitchen no preguntaba a los peones más veteranos cómo tenía que hacer esto o aquello.

El campesino tampoco interpela a lo que le rodea. Él no sabe qué es lo siguiente que aprenderá. Ni cómo, ni dónde. Simplemente mantiene despierta su atención en el conjunto de lo que observa. Cualquier información es relevante.

25 Lucy R. Lippard, *Seis años: la desmaterialización del objeto artístico de 1966 a 1972*, Akal, 2004.

26 Aleksandar Ilić, *Las tendencias de la modestia*, Pepitas, 2001.

Es así como confecciona la tupida red de su conocimiento. La realidad que le rodea y tan bien conoce no es unívoca ni se expresa siempre en los mismos términos. Jamás podrá abarcarla por completo. Ésta seguirá escondiendo ases en la manga para que el campesino no deje de aprender cosas nuevas a lo largo de toda su vida.

PARA EL CAMPESINO, LA acumulación de conocimientos y experiencias no suponía una reducción de la extensión de lo desconocido. Más bien, todo lo contrario. Se podría comparar a un recipiente que, a medida que se va llenando, aumenta de tamaño. Cuanto más contenido alberga, más grande se hace el continente. Se ensancha como las vistas a medida que ascendemos a la cumbre de una montaña. Cuanto más arriba estamos, más conciencia tenemos de todo lo que se nos escapa de las manos.

Podríamos pensar que en la ciencia moderna sucede algo parecido. La diferencia, sin embargo, radica en que el conocimiento campesino no necesita inventar modelos ficticios para explicar la realidad. El conocimiento científico necesita eliminar la incertidumbre para ser operativo y ello sólo lo consigue dentro de los límites del laboratorio o de la teoría. Los problemas llegan, claro, cuando el experimento sale de ese entorno confinado.

El campesino no podía alterar las condiciones ambientales para forzar a la naturaleza «a confirmar sus propias ideas preconcebidas, produciendo bajo coacción los fenómenos» que desearía encontrar.²⁷ El medio en el que trabajaba y aprendía era de tal complejidad que la idea de que un solo *experimentum crucis* pudiera verificar cierta hipótesis era ridícula.

El método que llevaba a cabo recuerda bastante a la propuesta de las series *experimentales* de Goethe. La cuestión era cómo encontrar la conexión entre todo lo que observaba. Y la propuesta del

27 Jeremy Naydler, *Goethe y la ciencia*, Siruela, 2002.

alemán era la siguiente: «dirigiendo una serie de experimentos en los que estos fenómenos, vistos desde una multitud de puntos de vista y manifestándose en distintas condiciones, nos revelen una conexión subyacente».²⁸

La forma en que el campesino realizaba sus series experimentales goethianas no era otra que la ejecución de sus tareas año tras año. Cada uno con su propio punto de vista y condiciones cambiantes.

Lo cual no excluía la posibilidad de realizar algunos experimentos «cruciales». Por ejemplo, en el proceso de adaptación de semillas desconocidas o en la incorporación de nuevas herramientas.

Convivir de forma tan natural con la incertidumbre llevaba de manera casi inevitable a la humildad. Los campesinos dominaban a la perfección un sinnúmero de técnicas y oficios. Conocían su territorio al detalle. Habían acumulado siglos de experiencia en un mismo lugar. Pero, a pesar de todo, nunca se atrevían a pronosticar qué sucedería la próxima vez.

Josep Pla decía que el hecho de dominar tantas habilidades les hacía ser un poco sabiondos. Es posible. Pero ninguno de sus paisanos del Empordà hubiera aceptado fácilmente ponerse en el lugar del hombre del tiempo. Sabían mejor que nadie que el viento de levante traía las lluvias, que la tramontana tiene sus propias costumbres, que aquel tipo de nube significaba que no caería ni una gota... Eran saberes que habían contrastado centenares de veces, pero nada les hacía pensar que *siempre* tuviera que ocurrir lo mismo.

Las consecuencias de este tipo de fenómenos eran demasiado importantes como para ponerse a profetizar a la ligera.

En el sistema de conocimientos campesino, las relaciones causales directas eran una excepción. El enunciado lógico, tan fa-

28 *Ibid.*

miliar para nosotros, «si ocurre esto, entonces ocurre aquello», en la racionalidad campesina se traducían en dos tipos de afirmación: «si ocurre esto, en principio ocurre aquello» y «si ocurre esto, se dice que entonces ocurre aquello».

Ambas construcciones son un reconocimiento explícito al alto grado de ignorancia que atraviesa el proceso. La segunda, además, introduce la dimensión histórica y colectiva. Es la tradición la que ha construido aquel saber. Pero añade también un nuevo elemento en este embrollo. La expresión «se dice» o «se decía» es una constante en la interpretación campesina de los fenómenos naturales. Pone de manifiesto la transmisión oral de los saberes pero también la relativa veracidad de los mismos.

Son conocimientos a los que no se otorga un rango de verdad. Que no tienen por qué ser ciertos. «Cuando ves una nube de hormigas aladas, se dice que lloverá», «si encuentras una araña en el fregadero o un gusano sucio de tierra en el camino, también». Son cosas que se decían.

Conocimientos puestos en duda pero que no dejan de formar parte del acervo colectivo. Una puerta abierta a terrenos mucho más resbaladizos.

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE sin duda ha pasado a la posteridad. Su obra literaria es de una calidad y una profundidad intimidatorias. Un referente en el pensamiento europeo. Aunque no en el ámbito de la ciencia, a pesar de haber sido una de sus prioridades intelectuales.

Lo que le ocurrió a Goethe es que se enfrentó a Newton. Ambos intentaron desvelar la lógica oculta de la naturaleza y del universo, pero escogieron caminos divergentes. El objetivo de la ciencia, para Goethe, consistía en abrir los ojos y la mente a aquello que actúa espiritualmente desde la raíz de los fenómenos físicos observados. Despertar el sentimiento de lo maravilloso a través de una mirada contemplativa (*Anschauung*), gracias a la cual el científico llegaría «a ver a Dios en la Naturaleza, y a la Naturaleza en Dios».²⁹

A Goethe le interesaba la dimensión cualitativa de la naturaleza, mientras que Newton escogió la senda de lo cuantitativo. Lo cualitativo no era más que una expresión secundaria que dependía de lo cuantitativo. La matemática, y no el sentimiento, poseía la clave para entender la Naturaleza.

Newton es uno de los padres de la ciencia moderna. Sus aportaciones han sido superadas hace tiempo pero sigue ocupando un lugar privilegiado en el panteón de la racionalidad científica. Esa manera de ver el mundo que para nosotros no guarda ninguna relación con lo sobrenatural ni con lo divino. Lo cual no significa que así lo entendiera su ilustre patriarca.

29 Jeremy Naydler, *op. cit.*

Isaac Newton nació el día de Navidad de 1642 y tal vez esta coincidencia marcaría su sino. Se veía a sí mismo como un profeta dedicado a interpretar los secretos de la profecía milenarista. Estudió las leyes operativas del universo como vía para acercarse al conocimiento de Dios.

Desvelar «la lógica oculta del universo era comprender, y en este sentido, identificarse con la mente del Creador».³⁰

Si fuera cierto que Dios ha muerto, lo habría hecho hace cuatro días y sólo en un contexto cultural muy determinado. El nuestro. Somos la primera generación para la que supone un problema irresoluble conjugar razón y fe. Lo cual no significa que hayamos desterrado de nuestra existencia el sentimiento de lo sagrado o de lo secreto. Sencillamente lo hemos encauzado a través de otro cuerpo doctrinario. El de la ciencia y la técnica.³¹ Monoteísmo de la sociedad industrial que comparte con las grandes religiones de nuestro tiempo un rechazo visceral a las creencias que difieren de su cosmovisión.

Recientemente, la aparición de nuevos puntos de vista está minando algunos de los tabús más arraigados en el pensamiento científico clásico. Reduccionismo, atomismo, mecanicismo, objetivismo, universalismo...

Una de estas nuevas aproximaciones es el paradigma ecológico de las ciencias sociales. Integrado por disciplinas de nombres tan inverosímiles como ciencia posnormal, epistemología ecológica, evaluación multicriterio social o análisis cualitativo de datos textuales.

Todas ellas nos permiten aproximarnos desde otras perspectivas a la racionalidad campesina. Y aceptar, incluso de forma en-

30 David F. Noble, *op. cit.*

31 Jacques Ellul, *La edad de la técnica*, Octaedro, 2003.

tusiasta, su mirada holística y abierta a la incertidumbre. Los campesinos vendrían a ser los precursores del pensamiento ecológico actual. Ahora bien, junto a estos elementos tan interesantes, encontramos otros que nos resultan francamente indigeribles. Por mucho que hayamos depurado de nuestro raciocinio los clichés que nos grabaron a fuego en las facultades de ciencias. Algunas de las prácticas y de las creencias del mundo campesino son tan estafalarias que es imposible tomarlas en serio.

Carlo Levi era médico. Durante los dos años que pasó en Gagliano le tocó visitar, sin autorización, a varios enfermos que reclamaban su presencia. Tuvo oportunidad de ver cómo, para aquellas gentes, la medicina moderna no era incompatible con una batería de amuletos, imágenes de santos, hechizos, monedas, huesos de sapo, signos cabalísticos y demás instrumental esotérico.

Los campesinos intentaban esconderlos y se excusaban por sus supersticiones ante el representante del saber institucionalizado. Y hacían bien. Cualquier otro médico les hubiera reprendido o insultado sin miramientos. Pero Levi respetaba «su antigüedad y su obscura y misteriosa sencillez, prefería ser su aliado que su enemigo, y los campesinos lo agradecían y tal vez les resultara en verdad ventajoso».³²

Levi habría estado de acuerdo con Goethe y con los campesinos en que «la Naturaleza siempre retiene un aspecto problemático que es demasiado profundo para las capacidades de comprensión humana».³³

32 Carlo Levi, *op. cit.*

33 Jeremy Naydler, *op. cit.*

LOS CAMPESINOS ERAN UNOS supersticiosos enfermizos. La Iglesia había domesticado su atávico panteísmo, pero quedaban todavía demasiadas evidencias de aquel imaginario sobrenatural. Procesiones para invocar la lluvia, fiestas del árbol con claras reminiscencias paganas, fuegos de San Juan, conjuros carnavalescos en los que insectos antropomórficos danzan por las calles, apariciones nocturnas en *caminos de mala nota*.

En el siglo XVIII, todo este compendio de rituales y creencias míticas se había convertido ya en una inofensiva anécdota folklórica. Había llovido mucho en Lapurdi desde que Pierre de Lancre librara su cruzada personal contra el oscurantismo que perdía a los campesinos. Y muy especialmente, a las mujeres.

Los ilustrados tenían demasiadas preocupaciones como para perder el tiempo con estas cosas. Habían sido llamados a modernizar la producción agraria y hacerla más eficiente. Su estrategia se basaba en el estudio riguroso y en la experimentación de nuevos métodos. Se proponían replantear todo el modelo productivo y para ello necesitaban romper las barreras que entorpecían el cambio. Una de las más importantes, la pereza intelectual de los campesinos.

«Los labradores no son gente de reflexión ni de observación; de sus mayores van tomando lo malo como lo bueno, y en ello insisten si de afuera no les viene alguna luz».³⁴

34 Benito Gerónimo Feijoo. En Marc Martí, *op. cit.*

Si el campo no se modernizaba, no era por falta de inversión o por la obsoleta estructura de la propiedad. El lastre que frenaba el proceso era «la ignorancia del labrador». Se lamentaban de que éste se hubiera cansado de cultivar la tierra como era debido, tal y como hicieran «nuestros antiguos e inteligentes agricultores»³⁵.

No se referían, precisamente, a los campesinos de la Edad Media. Su vista estaba puesta en otros «agricultores». El espejo en el que se miraban reflejaba una imagen bastante más lejana.

Cuando los impulsores de las Sociedades de Amigos del País decían «los antiguos agricultores», en realidad se estaban refiriendo a determinados pensadores. Los que integraban la tradición agronómica clásica y medieval. Plinio, Barrón y Columela en época grecorromana; Ibn al-Wafid y Abu al-Sahrawi en Al-Andalus (siglo XI); Gabriel Alonso de Herrera (siglo XVI) o Miquel Agustí (siglo XVII).

Las obras de agricultura que escribieron tuvieron una influencia muy notable hasta bien entrado el siglo XVIII. La *Agricultura general*, de Herrera, siguió reeditándose incluso en pleno siglo XIX. Algunas de ellas eran recopilaciones de observaciones realizadas en el campo. Otras, como las de los geóponos andalusíes, recogían los resultados de sus experimentos botánicos. Todas ellas incluían consejos para el buen labrador.

Los padres de la ciencia agronómica leían con gusto estos libros antiguos. Pero, ¿y los campesinos?

Sin duda, los más acomodados tenían conocimiento de estas obras. Los más pobres, casi seguro que no.

Aunque esto no significa que los conocimientos recopilados por estos autores no les llegaran de una forma u otra. Sabemos muy poco de la relación histórica entre el conocimiento campesino popular y el conocimiento agronómico de las élites intelectua-

35 *Ibid.*

les. Pero resulta difícil aceptar, como hacían los ilustrados, que la información siguiera una sola dirección. Buena parte de los contenidos de estas obras provenían de observaciones de campo. Y no todas las innovaciones que relataban se habían desarrollado tras los altos muros de los jardines botánicos de Córdoba y Toledo.

La resistencia al cambio que tanto lamentaban los filántropos de las Luces tenía más de prejuicio que de constatación empírica. O al menos así lo sostiene una vasta bibliografía.³⁶

36 George Duby, Ramon Garrabou, Eduardo Sevilla Guzmán, Miguel Ángel Altieri, Víctor Manuel Toledo, Gyula Illyés y tantos otros.

SI FEIJOO HUBIERA CONOCIDO de primera mano las labores del campo, esto es, cultivando él mismo la tierra, tal vez se hubiera dado cuenta de que los campesinos no se limitaban a repetir exactamente lo que hacían sus padres. Ni siquiera lo que ellos habían hecho anteriormente.

Por más que año tras año se sucedieran las mismas tareas, las condiciones en las que se realizaban nunca eran iguales. Su conocimiento agrícola era una «serie de capacidades de improvisación».³⁷ El ritual del trabajo era el mismo, pero su contenido variaba. Se apegaban a la costumbre, pero ésta sólo estipulaba qué debía hacerse. El cómo y el cuándo eran imposibles de fijar. No estaba en sus manos. Por lo tanto, su tradición no podía ser más que aproximada, pues la situación concreta en la que el campesino realizaba su tarea estaba sujeta a un cambio constante.³⁸

Si un año llovía en época de labrar, al siguiente la lluvia de primavera tumbaba los sembrados. Un invierno inclemente venía seguido por uno suave. Se sucedían los ciclos en una variación *ad infinitum*, y con ellos cambiaba también quien los veía pasar. El anciano no trabajaba igual que cuando era joven. La nieta, en breve, desempeñaría otras funciones propias de la edad adulta.

La tarea del campesino era reiterativa. No repetitiva. Pero hubiera sido el primero en agradecer una tregua. Poder tener la

37 Arturo Escobar, *Territorios de diferencia: lugar, movimientos, vida, redes*, Envión, 2010.

38 John Berger, *op. cit.*

certeza de que no ocurriría ningún imprevisto. Dejar de mirar el cielo con desconfianza.

Por más que lo deseara, no podía concebir que en la naturaleza existiera un orden. No era el físico ni el matemático que proyectan sobre ésta un principio de regularidad y predictibilidad, que procede exclusivamente «de su necesidad de orden, regularidad y sometimiento al imperio abstracto de la ley».³⁹ Su racionalidad no le permitía establecer leyes universales.

Ni en el tiempo ni en el espacio.

Todo cuanto sabía provenía de su relación con el entorno más inmediato. El que habitaba y transformaba con su trabajo. Los campos, los pastos o el bosque eran las bibliotecas donde se almacenaban las fuentes de su conocimiento. En ellas encontraba todo cuanto necesitaba. Sin ellas no hubiera podido transmitirnos su saber.

Pero al campesino no le servía cualquier campo, ni cualquier pasto, ni cualquier bosque. Él conocía su entorno, no el del pueblo vecino. Su conocimiento era un conjunto de particularismos.⁴⁰ Arraigado y circunscrito a un espacio geográfico específico y singular.⁴¹

El campesino era un ávido lector de la enciclopedia natural que le rodeaba. Y no la leía sólo con los ojos. Su conocimiento se construía mediante todo tipo de percepciones. Vista, oído, olfato, tacto, gusto. También el sentido de temperatura, de orientación, de peso o de equilibrio. Era el cuerpo en su conjunto el que percibía. Se trataba de un conocimiento que *se sentía* y no solamente *se sabía*.

39 Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, Alianza, 1983.

40 Raúl Iturra, *Letrados y campesinos: el método experimental en antropología económica*. En Sevilla Guzmán y González de Molina (eds.), *op. cit.*

41 Eduardo Sevilla Guzmán, *Desde el pensamiento social agrario*, *op. cit.*

Un conocimiento corporizado.⁴² De ahí, por ejemplo, las unidades de medida que utilizaba. La pulgada, el pie, la brazada, el manajo.

Un saber circunscrito a los estrechos márgenes de un cuerpo. Que no podía ser, por lo tanto, exactamente el mismo que el conocimiento que se hallaba encarnado en otros cuerpos. Un conocimiento personalizado. Que no admitía *una sola forma* de hacer las cosas. No existía una verdad válida para todos. El conocimiento campesino de una localidad no resultaba de la integración de sus conocimientos particulares, sino de la acumulación y el diálogo. Una constelación de verdades personales que confluían pero no se confundían. Que se reforzaban y enriquecían con el reconocimiento de la diferencia de sus matices.

42 Camila Montesinos, «Método rural de construcción de conocimiento: reflexiones iniciales». En Aracely Caro, Teresa Durán, Julio Tereucán (Edits.) *Estilos de Desarrollo en América Latina*, Universidad Católica de Temuco, 1999.

AL NACER, LOS CAMPESINOS se sumergían en un medio hostil. Toda su vida la pasarían expuestos a una sucesión de acontecimientos aleatorios que escapaban a su control. El entorno natural les negaba la posibilidad de vivir tranquilamente. Nunca sabían con qué les sorprendería. La jerarquía social les impedía defender su dignidad. Comprendían perfectamente que nunca se les concedería.

Una deriva vital impulsada por fuerzas ajenas. Un encadenamiento de múltiples contratiempos.

La única opción que tenían para fijarse en el mundo era blindar su forma de organización. Construir un sólido orden interno al que poder sujetarse. La comunidad campesina.

Un pequeño universo acorazado que hundía sus raíces más allá del alcance de su recuerdo. Un artificio humano, sin duda, pero que para los campesinos siempre había estado ahí. La comunidad no era fruto de un consenso. Ello significaría que había sido construida tras un proceso de negociación y compromiso entre formas de pensar esencialmente distintas. Una línea de meta.

La comunidad era todo lo contrario; un entendimiento tácito que precedía a todos los acuerdos y desacuerdos. No era un logro sino un punto de partida. Un sentimiento recíproco vinculante que mantenía a sus miembros unidos «a pesar de todos los factores de separación».⁴³

43 Zygmunt Bauman, *La comunidad*, Siglo XXI, 2003.

El orden comunitario regulaba de forma precisa hasta el mínimo detalle. Desde la apropiación del territorio a los rituales religiosos. El trabajo y los cuidados. Los juegos y las riñas.

En el concejo abierto se tomaban las decisiones. En los caminos vecinales o en la taberna se fraguaba el sistema de conocimientos local. En la plaza, después de misa, se renovaban los lazos afectivos que serían estrechados en el baile. En los lavaderos se rendían cuentas del estado anímico de aquel organismo social.

La comunidad aldeana es el mundo en el que vivían los campesinos. Su aportación a la historia de las sociedades humanas. Una forma de organizar la cotidianidad que compartieron todos los pueblos que han trabajado la tierra. Hubo, por supuesto, infinitas variaciones entre unas y otras, pero un hilo de equivalencia las ensarta en la misma lógica. No existen opciones tan dispares para resolver situaciones análogas.

En el Pirineo vasco, la institución del «primer vecino», que de forma tan precisa describió Sandra Ott,⁴⁴ era bien conocida en Westfalia, donde se la denominaba el «vecino de los muertos».⁴⁵ El que se encargaba, entre tantas otras cosas, de los funerales de sus vecinos.

El *auzolan* vasco no era otra cosa que la *hacendera* castellana o el *vediaus* de la Val d'Aran. Es decir, la construcción o el mantenimiento de las infraestructuras comunitarias. El *a tornallom* valenciano, juntarse entre varios para realizar una misma tarea de forma rotativa en los campos respectivos, era practicado en todo el mundo.

Un cuerpo normativo no escrito que extendía sus competencias a todas las esferas de lo cotidiano. La herramienta colectiva que tenían a su disposición para no dejar de existir. En el plano material pero también, o sobre todo, en el simbólico.

44 Sandra Ott, *Le cercle des montagnes: une communauté pastorale basque*, Comité des Travaux Historiques et Scientifiques, 1993.

45 Werner Rösener, *op. cit.*

LA COMUNIDAD ALDEANA ERA una institución que ejercía su soberanía tan sólo hacia dentro. Nunca hubiera tenido la capacidad para desafiar la hegemonía de los centros de poder superiores. Pero su mera presencia suponía un cuestionamiento irritante para los que detentaban el mando de la casta militar, eclesiástica o social. Aunque en raras ocasiones se enfrentaron abiertamente al Estado, fueron su eterno enemigo. Fortines que podían ser conquistados pero que nunca llegaban a someterse del todo. Por este motivo, el triunfo histórico del Estado moderno no podía completarse mientras permanecieran las comunidades aldeanas.

Y su táctica no fue otra que la defensa a ultranza de las libertades y los derechos individuales. Defensa que implicaba, necesariamente, la negación de las libertades y los derechos de los grupos naturales.⁴⁶

Una vez consumada su victoria, bajo la sombra estatal no encontramos sino individuos atomizados. Se ha desvanecido el *círculo cálido* que nos cobijaba. Hemos perdido la certeza de que «volveremos a vernos». De que estaremos viéndonos repetidamente y de que, por lo tanto, lo que nos hagamos mutuamente en el presente nos confortará o atormentará en el futuro.⁴⁷ Hemos dejado de saludar a los que pasan por la calle.

46 Jacques Ellul, *op. cit.*

47 Zygmunt Bauman, *op. cit.*

Las comunidades tradicionales han muerto y no resucitarán. La única vía que nos queda para construir afinidades es la identidad. Una homogeneidad escogida, que requiere *ser hecha*. Que se ve obligada a negar su origen artificioso y a conjurar el fantasma de la comunidad que, precisamente, ha venido a sustituir.

El entendimiento que nos ofrece la identidad nunca será inmune a la crítica y a la discusión. Es un acuerdo que necesita renovación periódica, «sin que ninguna de esas renovaciones conlleve la garantía de la siguiente».⁴⁸ La identidad se puede explicar y defender, la comunidad no se podía ni pensar.

Los pueblos que nuestra generación ha conocido no son aquellos en los que las puertas estaban siempre abiertas. En los que la gente compartía lo poco que tenía. Las alegrías y las tristezas.

Sólo podemos imaginarlos y echarlos de menos. La pérdida también nos pertenece.

Pero olvidamos que, cuando los campesinos fueron reasignados al mundo que conocemos, provenían de un entorno tan rígido y estrecho como el nuestro.

48 *Ibid.*

NO ES POSIBLE PROYECTAR las propias insatisfacciones en algo desconocido sin ocultar los elementos que enturbiarían la imagen del objeto anhelado. Por ejemplo, la comunidad campesina.

Trabajos colectivos, bienes comunales, apoyo ante las adversidades, clima familiar en las relaciones vecinales. Todos ellos son aspectos que caracterizaban la vida en los pueblos y aldeas. Pero no eran los únicos.

Si los vecinos se ayudaban mutuamente, era debido a que individualmente no hubieran tenido la fuerza suficiente para abordar ciertas tareas. De esto eran bien conscientes. Nunca sabremos si aparte de esta necesidad material entraba en juego, o no, una pulsión emotiva hacia sus iguales. Si convivir y trabajar con los parientes y vecinos era solamente una estrategia de supervivencia o también una manera de satisfacer un deseo sincero por permanecer junto a ellos.

Más allá de la causa que la motivara, es difícil no sentir empatía por tales muestras de solidaridad. Ahora bien, el contexto en el que tenían lugar probablemente no nos resultaría tan reconfortante.

Cinzelados por la omnipresencia de nuestra individualidad, no soportaríamos sentirnos despojados de ella. Tal y como sucedía en el mundo campesino tradicional.

En aquellas comunidades, la persona no era ninguna instancia relevante. La unidad básica de aquellas sociedades era la casa. La familia. El individuo era una pieza cuya existencia quedaba determinada desde el momento de su nacimiento. Lo que haría con su vida dependía mucho más de la posición que ocupaba en el

ordenamiento familiar que de sus capacidades y expectativas. Se le conocía por el nombre de la casa a la que pertenecía. Uno más de aquella familia, que era la que verdaderamente existía. Su trabajo y su matrimonio estaban más condicionados por las necesidades familiares que por sus apetencias. También su vocación sacerdotal. Los miembros de la familia no poseían nada, pues el patrimonio pertenecía a la casa. Los roles y las funciones que desempeñaban obedecían a una estructura encorsetada encabezada por la figura del padre, quien ostentaba el rango de jefe y administrador.

La comunidad no sólo delimitaba el contexto. También tenía sus propias necesidades materiales. Diversos eventos lúdicos y rituales religiosos requerían productos o mano de obra de las distintas casas. Los campesinos no sólo trabajaban para mantener a su núcleo familiar (fondo de reemplazo) y a las élites sociales parasitarias (fondo de renta). Destinaban también parte de su trabajo a los eventos destacados del calendario campesino (fondo ceremonial).⁴⁹ La comunidad, además, podía exigir todo el sacrificio de la persona por el bien de las casas. Redoblar el trabajo para apoyar a un vecino enfermo o jugarse la vida para sofocar el incendio en el pajar de otros. Situaciones límite que diluían los muros que separaban a las distintas familias. Que reforzaban el tejido que sustentaba la pequeña sociedad local.

Sin embargo, estas situaciones extremas no siempre se veían envueltas por una aureola de altruismo tan sugerente.

En su novela *Abril quebrado*, Ismail Kadaré nos brinda un antídoto definitivo frente a la idealización de las costumbres campesinas tradicionales.⁵⁰ El ejemplo no admite ningún tipo de generalización, pero cumple su objetivo terapéutico.

49 Eric R. Wolf, *Los campesinos*, Labor, 1978.

50 Ismail Kadaré, *Abril quebrado*, Alianza, 2001.

Sus páginas nos cuentan cómo un renombrado escritor de la capital albanesa (que podría ser el mismo Kadaré) quiere ver con sus propios ojos la vida de los habitantes de las montañas del norte. Le fascina la resonancia épica de sus tradiciones salvajes. Y de entre todas ellas, el *kanun*. La institución que regula y controla el desarrollo de una práctica vigente desde hace siglos. La venganza de sangre. La obligación que contrae un miembro de la familia —siempre masculino— de vengar la muerte de otro miembro del clan familiar. El *kanun* establece cómo debe ajusticiarse al asesino del pariente muerto. En qué posición hay que dejar el cuerpo y dónde debe colocarse su arma una vez postrado en el suelo. Cuáles son los lugares en los que no se puede efectuar la venganza. Cuál es la cuantía que debe pagarse posteriormente al órgano que se encarga de registrar todas las muertes. De cuántos días de tregua dispone el asesino antes de que el peso de la justicia vengativa pueda caer sobre él. Cómo las familias tienen que anunciar que han perdido a uno de los suyos colgando su camisa ensangrentada en lo alto de la casa.

El entusiasta escritor de la capital queda tan conmocionado como el propio lector de la novela.

A pesar de su excepcionalidad, la institución tradicional que nos presenta Kadaré tiene un rasgo común a todas las demás. El férreo orden comunitario, con todas sus obligaciones y restricciones, no era entendido como algo negativo por los miembros de aquellas sociedades. Las normas consuetudinarias que regían la vida de la comunidad se obedecían como nosotros acatamos la ley de la gravedad. Es difícil pensar que todos aceptaran con agrado esta imposición. El otro protagonista de la novela, el joven atrapado por la inercia mortal del *kanun*, tiene sus momentos de duda y rebelión interna contra la costumbre que quebraría su último mes de abril.

Lo que sucedía era que, vistas desde el interior de aquella realidad, las alternativas que se le planteaban a alguien que decidiera

salir del orden comunitario eran francamente desalentadoras. No sólo manchaba el nombre de toda la familia sino que se condenaba a sí mismo al destierro o al ostracismo.

Lugares desde los que le sería muy difícil volver a reincorporarse al hermético círculo comunitario.

LA VIDA DE LOS campesinos discurría entre la variación impredecible de la naturaleza y la rigidez normativa de la comunidad. En tal escenario representaban a diario una obra que contaba con un solo argumento, el trabajo.

Los campesinos eran un *animal laborans* a tiempo completo. Todo cuanto hacían giraba en torno al trabajo, pero el suyo era muy distinto al del obrero industrial o al del profesional. Los campesinos no dividían su tiempo entre la esfera laboral y la doméstica. No conocían paréntesis en su forma de ser. Eran ininterrumpidamente campesinos.⁵¹ Incluso en las fiestas patronales o en los bailes del domingo, de alguna manera, seguían trabajando. Los momentos de descanso y esparcimiento servían para reforzar los vínculos comunitarios, que a su vez desempeñaban un papel central en el trabajo productivo y reproductivo.

Los problemas que tenían eran muchos, pero su trabajo no solía ser uno de ellos. Incluso bien podría ser, como dice John Berger, que la idea de paraíso para los campesinos no fuera la de un lugar de eterno reposo.⁵² Para ellos, «la antítesis entre trabajo considerado como algo intolerablemente tedioso, y no-trabajo, considerado como algo deseable», era falsa.⁵³

51 Josep Pla, *op. cit.*

52 John Berger, *op. cit.*

53 George Orwell, «El camino de Wigan. En George Orwell como crítico del maquinismo», *Boletín Los amigos de Ludd* n.º 6, 2003.

Son varios los motivos que explican este apego al trabajo, tan sorprendente para quienes posteriormente conocerían la peor cara del sistema productivo industrial.

El trabajo del campesino era, en realidad, un cúmulo de tareas distintas y siempre cambiantes. La monotonía de la cadena de montaje era algo que ni tan siquiera podían imaginar. Tampoco la sirena de la fábrica o las tarjetas para fichar. Trabajaban más que nadie pero sin patrón y sin reloj. La suya no era una labor que exigiera una ausencia de la persona⁵⁴ sino todo lo contrario. Se hacía necesario que estuvieran bien presentes. Con toda la atención y todo el empeño. Algo que quedaba reflejado en el propio resultado.

Incluso algunas de las tareas más pesadas, como la trilla, se convertían en una pequeña fiesta vecinal que discurría entre canciones, bromas y conversaciones animadas.

Una vida dedicada al trabajo. Pero a un trabajo que «se puede amar».

Los jóvenes peones de las granjas del West Riding inglés libraban los domingos. Ellos sí tenían horarios y patronos. Eran asalariados en precario. Proletarios rurales. Pero no por ello sentían menos apego por las labores que realizaban. En su día de fiesta, aparte de bajar al pueblo para ir a misa y a los bares, se dedicaban a revisar y comentar el trabajo de los otros. Lo que más les gustaba era examinar la destreza que cada uno tenía con la yunta y el arado. Podían pasarse horas admirando la belleza de los surcos bien cavados, con sus aristas afiladas alejándose en perfectas paralelas hacia el fondo del campo.

Una imagen que desapareció con la introducción del arado Oliver Digger, que rompe el reborde agudo del caballón cuando voltea la tierra. Fred Kitchen no dudaba de que esta novedad acabó

54 Jacques Ellul, *op. cit.*

matando el «interés por el trabajo bien hecho y provocó el éxodo de muchos labradores hacia el ferrocarril o la industria».⁵⁵

Los campesinos se sentían artífices de un trabajo bien conseguido y en su corazón vivía el crecimiento de cada árbol, la lujuria o la debilidad de los sembrados.⁵⁶

El instinto por un trabajo eficaz eliminaba cualquier exabrupto presuntuoso en su realización. Sus obras podían llegar a ser monumentales, pero su estructura y sus acabados no reflejaban ninguna voluntad de singularización.⁵⁷

A menudo se ha dicho que el trabajo del campesino era una eterna lucha contra la naturaleza. Una desigual batalla entre las fuerzas sublimes de un vendaval y la tenaz elasticidad de la mimbrera.⁵⁸ Por otro lado, existen testigos que nos presentan una imagen menos trágica del asunto. Las tierras de Tivissa se encaraman por laderas rocosas. En las calles del pueblo, seis o siete fuentes rebosan un agua que es difícil saber de dónde proviene. Un terreno de cabras, seco y caliente. Entre el llano de Tarragona y el delta del Ebro.

A finales del largo verano, los antiguos campesinos de Tivissa sacaban los bueyes, o los mulos, para reanudar el ciclo anual en los sembrados. Pasarían días enteros labrando la tierra en la soledad de sus campos. Al compás que marcaba el paso de los animales y sobre la base armónica que emanaba del arado, la voz del labrador entonaba una melodía. Las canciones de labranza de los campesinos de Tivissa presentaban una configuración musical muy parecida a las que cantaban las madres para acunar a sus

55 Fred Kitchen, *op. cit.*

56 Damià Duran, *op. cit.*

57 Josep Pla, *op. cit.*

58 ... *que yo seré como la mimbre, que la bambolea el aire pero se mantiene firme.*
José Monge Cruz.

criaturas.⁵⁹ Labrar la tierra y mecer la cuna eran dos actos de una intimidad equiparable. El campesino mostraba al cantar cómo vivía su relación con la tierra. La despertaba del sueño veraniego con el mismo tacto que una madre duerme a su pequeño.

59 Centre de promoció de la cultura popular i tradicional catalana, *Tivissa, cançons i tonades de la tradició oral*, Generalitat de Catalunya, 2007.

EL TRABAJO ACUMULADO GENERACIÓN tras generación terminaba por transformar el territorio. Pero los campesinos nunca se vieron como un demiurgo. No se sentían poderosos como el ingeniero o el urbanista. Las gentes del mundo rural tradicional intentaban pasar de puntillas, no sólo por la historia sino también por la tierra. Su manera de intervenir era adaptativa. Conscientes de su precaria situación, se limitaban a aprovechar con precisión las oportunidades que se les presentaban.

La humildad era un valor que se interiorizaba de manera espontánea.

También la sobriedad.

Ellos no podían permitirse ningún tipo de excesos. No tenían medios ni recursos. Muy probablemente hubieran agradecido una vida más desahogada, pero no envidiaban el derroche y la ostentación ajenas. Sabían muy bien lo que costaba producir todo lo que malgastaban los poderosos. Ante sus exhibiciones de riqueza y sus alardes, sólo veían una indecente constatación de la injusticia reinante.

Su escala de valores se basaba en la certeza de que el trabajo era la condición de la igualdad. Ser muy trabajador era prácticamente sinónimo de ser honrado y merecedor de toda confianza. Ser alguien que no se aprovecha del sufrimiento ajeno.

Aunque consideraran el trabajo como un valor supremo, siempre se preocuparon por hacerlo lo más eficaz posible. No eran gentes aburridas que trabajaban para matar el tiempo.

Por lo tanto, lo hacían con sumo cuidado. Romper una herramienta implicaba un esfuerzo suplementario. Comprarla de

nuevo, mucho más. Por eso, el mejor amigo de los primeros agricultores modernos era el alambre. Con éste hacían toda clase de remiendos a sus máquinas. Conservaban todavía el gusto campesino por arreglarlo todo.

Por estirar la vida de las herramientas y el resto de objetos cotidianos hasta límites inverosímiles.

Los campesinos eran boicoteadores natos de la sociedad de consumo.

Las chicas de los caseríos de Segura, Gipuzkoa, bajaban al baile del domingo con las alpargatas llenas de barro. Al llegar a la entrada de la villa, las guardaban en el fondo de una meta de hierba. Sólo entonces se calzaban los zapatos que traían en la mano.

El suyo era un mundo, además, en el que las cosas se hacían para durar. Abel Hernández nació en 1937 y aprendió a contar las horas en el viejo reloj de su casa de Sarnago, en la sierra de Alcarama.⁶⁰ Un gran reloj de pared que llevaba arrinconado en la sala, justo enfrente de la cama en la que nació Abel, desde el siglo XVIII.

Gastaban lo mínimo para ir tirando. El ahorro era un valor central en su lógica económica. Pero no eran convicciones religiosas las que lo motivaban. El suyo era un calvinismo eminentemente práctico. En ningún momento perdían de vista que en un futuro más o menos inmediato tendrían que comprar una nueva vaca o reparar la chimenea que no acababa de tirar bien los días en que soplaba el cierzo.

60 Abel Hernández, *El caballo de cartón*, Gadir, 2009.

EVERETT M. ROGERS FUE el investigador más relevante de la escuela de la modernización agraria. Una corriente intelectual adscrita a los postulados del neoliberalismo, que pretendía erradicar la pobreza y el atraso del campo... erradicando a los campesinos.

En su libro *Modernization among Peasants* les define en los siguientes términos: «desconfiados en las relaciones personales; perceptivos de lo bueno como limitado; hostiles a la autoridad gubernamental; familísticos; faltos de espíritu innovador; fatalistas; limitativos en sus aspiraciones; poco imaginativos, o faltos de empatía; no ahorradores por carecer de satisfacciones diferidas; localistas y con una visión limitada del mundo».⁶¹

El último de los tópicos que menciona Rogers hace referencia a lo que se ha conocido como el «pequeño mundo campesino». Es decir, «la visión simplificada que la cultura campesina poseía sobre la moralidad e inmoralidad de otros grupos sociales y de sus pautas culturales». En otras palabras, a «la estrecha perspectiva de quien sólo tiene imágenes difusas y distorsionadas del resto de la sociedad».⁶²

Tales acusaciones no tienen en cuenta que el desarrollo técnico de las últimas décadas nos ha situado en un mundo que ha dejado de ser nuestro, que es demasiado para nosotros.⁶³ Del que también tenemos una visión simplificada, difusa y distorsionada.

61 Sevilla Guzmán y González de Molina, *op. cit.*

62 Pérez Yruela y Sevilla Guzmán, *Agricultura familiar y campesinado*, MAPA, 1985.

63 Günter Anders, *op. cit.*

A pesar de su arrogante connotación, el concepto de «pequeño mundo campesino» es sumamente interesante... y acertado.

Un joven arqueólogo aficionado a leer historias antiguas en las piedras me contaba el encuentro que había tenido con un paisano del pueblo de su madre. El Alosno, la cuna del fandango de Huelva.

Mientras acariciaba ideas paseando por los caminos de su infancia, le había llamado la atención un montón de piedras que hasta entonces no había visto. Se podía deducir que algún día habían formado parte de un edificio. Estaban cerca de un camino que salía por la parte baja del pueblo y el joven arqueólogo imaginó que podía tratarse de un viejo molino.

Para salir de dudas, pensó que su vecino, el *Morilla*, le podría confirmar su hipótesis. No es que fuera uno de los viejos sabios del pueblo, pero conocía los alrededores como nadie. Conservaba el hábito de rastrear el monte en busca de todo aquello que pudiera resultarle útil. Espárragos trigueros, aceitunas, tocones de acebuche con los que fabricar garrotes, conejos y todo tipo de aves con las que matar el gusanillo.

Seguro que tenía noticia de aquel montón de piedras que le picaban la curiosidad. Pero el *Morilla* no recordaba ningún edificio en ruinas por aquella zona.

Un poco avergonzado, trató de excusarse: le estaba hablando de algo que se encontraba en la parte baja del término municipal. Él vivía en la parte alta del pueblo y su campo de operaciones se extendía de su casa hacia arriba. Todo lo que quedaba por allá abajo le parecía tan lejano y extraño como la ciudad en la que vivía su interlocutor.

La mirada microscópica de los campesinos tan sólo les servía para interpretar las señales del entorno más inmediato. Sus conocimientos perdían toda validez fuera de aquel reducido espacio geográfico. El mundo en el que vivían era la pequeña comunidad

aldeana. El trabajo interminable y sus austeros valores morales impedían que llegaran a sentir la necesidad de salir a conocer otras tierras.

Sin duda, el suyo era un mundo pequeño.

Pero tan complejo y cargado de matices que una vida no alcanzaba para conocerlo en su totalidad. Ni mucho menos para entender los misterios que guardaban todos y cada uno de los elementos de aquel territorio tan cercano. Carlo Levi decía que los campesinos siempre habían sentido la institución del Estado como algo ajeno y hostil. No olvidaban todas las derrotas del pasado. Pero había algo más. Su visión del mundo no les permitía concebir la idea de nación. Una unidad geográfica y cultural propia de la modernidad, que nos parece de lo más natural, pero que no encajaba con la mentalidad campesina. No entendían qué podía ser aquello que les uniera a gentes con las que no guardaban ningún parecido y con las que no tenían ninguna relación. La única unidad de agregación que tenía un sentido verdadero era la familia. En cierto modo, también la comunidad. Incluso podían llegar a identificarse con los otros pueblos del valle o de la comarca, pero más allá, todo era pura abstracción. La toleraban si les obligaban a ello, pero no les interesaba lo más mínimo. No formaba parte de su mundo.

De aquel universo desconocido tan sólo llegaban problemas y amenazas. Los viejos de Bera de Bidasoa que conoció Julio Caro Baroja decían que el mundo se acabaría cuando en todas las casas hubiera una tienda o una taberna.⁶⁴ Lo habían entendido a la perfección. El comercio simbolizaba para aquellos navarros la cultura urbana. La que, en efecto, acabaría con su mundo.

La desaparición del campesinado puede entenderse como el ocaso de un mundo. Aunque su historia prosigue en otras latitu-

64 Caro Baroja, *op. cit.*

des, aquí ha escrito su punto y final. Somos los huérfanos de los campesinos pero no lloramos su muerte. Tampoco la celebramos.

Ninguna referencia nos sujeta al pasado. Un muro de contemporaneidad nos impide contemplar las ruinas que explican nuestro tiempo.

Y no se puede valorar la magnitud de una pérdida cuando no se tiene consciencia de ella. Por grave que sea.

Nuestra generación ha visto cómo se marchitaba un mundo. Precisamente aquel de dónde proveníamos.

El mundo de los campesinos. Un lugar al que no querríamos volver pero que quizás nos ayudaría a resituar el rumbo de nuestra deriva.

Un mundo que en realidad no era uno solo, sino un sinnúmero de pequeños mundos.

Los pequeños mundos campesinos.

Luzaide,
otoño de 2013

Mundo clausurado

*Monocultivo y artificialización**

-
- * Este texto surge de una invitación a participar en el proyecto *El veneno en tu maquinaria*, impulsado por el artista argentino Eduardo Molinari. En primavera de 2016 fue autoeditado por el colectivo *Kanpoko bulegoa* en forma de fanzine.

CUANDO DESPERTAMOS, EL PASADO ya no estaba allí.

Sin darnos cuenta, hemos sido arrojados a un presente continuo que se agota en sí mismo. Desde entonces, ya no podemos sentir como propio lo que ocurrió anteriormente; ni siquiera llegar a concebir que verdaderamente algo ha ocurrido. La única concesión de una contemporaneidad llevada a sus límites es el pretérito perfecto, una conjugación de la realidad que no deja de ser presente. Un constante bombardeo de novedades nos obliga a no perder en ningún momento la concentración. Seguir el paso es prioritario cuando la coreografía reiterativa que marca nuestros movimientos se convierte en una sucesión perpetua de pequeñas variaciones. El esfuerzo por no quedar atrás es agotador y anula cualquier intento de valoración o de proyección.

El futuro es también estrictamente inmediato. Si levantamos demasiado la mirada, las incógnitas que entran en juego adquieren una dimensión inabordable. No existe álgebra capaz de resolver las ecuaciones que permiten anticipar los escenarios del mañana; si bien es cierto que, ante un horizonte innavegable, poco importa el momento exacto del naufragio.

La única constante que comparten todas las épocas de la historia es la creencia en su singularidad. Mera cuestión de perspectiva. También ahora reivindicamos esta condición y no albergamos ninguna duda al respecto. Vivimos un tiempo nuevo. O, mejor dicho, asistimos a los primeros estadios de un mundo en gestación.

No hay nada más propio de la infancia que esta incapacidad para escapar de lo inmediato. Durante los primeros años, el tiem-

po de los niños es ajeno a nociones como el *antes* y el *después*. Su metabolismo, como el de nuestra sociedad, opera con una intensidad que lo encierra todo en el presente. Los conceptos adaptativos, en un contexto que ha prescindido de sus frenos de emergencia, remiten al campo semántico de lo incipiente: emprendedor, emergente, última generación, nueva versión... La experiencia es un valor a la baja si lo único necesario para medrar son la voracidad y los buenos reflejos. Nuestros viejos han dejado de ser sabios porque ya nadie acude a ellos en busca de consejo y no tienen más remedio que ponerse a estudiar informática o a recibir clases de baile: también ellos quieren disfrutar de nuestra adolescencia prolongada. La pubertad no entraña ningún rito de paso para unos niños *adulterados* que, en vano, intentan saciar su necesidad de entretenimiento con los mismos juguetes que distraen a sus hijos. El objetivo prioritario es no detenerse ni un instante. Vivimos al filo de nuestra propia fecha de caducidad y tal vez por esto el precio que ofrecemos al vendernos siempre viene con descuento.

El ritmo al que se actualiza el presente suprime las condiciones de posibilidad para una obsolescencia programada, pues toda previsión se ve irremisiblemente superada. Desde hace un tiempo, la obsolescencia es simplemente sobrevenida. La novedad constituye el único mecanismo capaz de seguir cebando un mercado sobresaturado: el relato más eficaz para diferenciarse cuando la estandarización acalla cualquier intento de significación. Si la tasa de crecimiento no puede desacelerarse, tampoco puede hacerlo la cadencia con la que aparecen versiones mejoradas o productos inéditos; sin embargo, cuando la renovación exigida por los consejos de administración supera claramente los plazos que necesitan los departamentos técnicos para certificar una mínima fiabilidad, el resultado es que los prototipos acaban siendo testados una vez han sido lanzados al mercado. Vivimos rodeados de bocetos en una fase experimental permanente: el terrorismo como ensayo

de movilización total en un cuerpo social adormecido; la emisión de imágenes animadas como ensayo, precisamente, de sedación emocional colectiva; la conexión ininterrumpida como ensayo de erradicación sistemática de toda comunicación, etc.

Las metáforas que intentaban explicar el mundo de nuestros padres han envejecido con ellos. Incluso las más rentables en los feudos académicos. Imágenes como la del panóptico o el campo de concentración han perdido su capacidad heurística por la simple razón de que evocan la idea de algo concluido; lo cual resulta incomprendible en un contexto que ya no permite culminar ningún proyecto de esta envergadura. En el presente continuo reina la provisionalidad y las hipótesis no contrastadas. Las prisiones, por supuesto, siguen ahí, pero la realidad ya no languidece bajo la sombra de sus muros. En una sociedad mutante, la institución que vela por el mantenimiento de cierto orden debe ser tan flexible como el resto de elementos que la conforman. La segregación de la desobediencia en un entorno petrificado como la cárcel no tiene sentido e incluso es peligrosa cuando todo es integración y dinamización. La oscuridad sofocante del Estado represor se diluye con la pura transparencia de la participación obligatoria. En esta situación, el confinamiento sólo puede garantizarse en un entorno diseñado para la exploración y la puesta a punto de nuevas formas de dominación inclusiva que requieren ser revisadas constantemente; el espacio higienizado de un laboratorio donde la monitorización y la anticipación perfilan los márgenes de lo posible en este experimento a escala planetaria.

LA LEY universal de la gravitación social establece un movimiento centrífugo enfurecido que expulsa hacia los márgenes a quienes no

logran mantener el equilibrio. La agitación se ha impuesto como forma de estar en el mundo, lo cual explica por qué la flexibilidad es la única estrategia de supervivencia. Del futuro no podemos esperar nada diferente cuando la sobreproducción de novedades constituye la esencia de nuestro presente: cualquier anhelo revolucionario queda desarticulado ante la evidencia de que no existe ningún orden estable que pueda subvertirse.

El patrón que rige este discurrir frenético no es otro que el de ciertos ecosistemas heterotróficos. Cuando el viento rompe la rama de un árbol, se activa un proceso de descomposición en el que participarán distintas especies de bacterias, hongos, insectos y otros invertebrados. A medida que los tejidos vegetales se degradan, las distintas especies se van sucediendo en lo que podría definirse como una carrera de relevos cuya meta es el agotamiento de la fuente que nutre este ecosistema efímero.

Existen ejemplos bastante más escatológicos que, tal vez, son los adecuados para reflexionar sobre nuestro metabolismo social, pero, en cualquier caso, lo que comparten todos los procesos de degradación de la materia orgánica es la competencia feroz por unos recursos limitados y la dependencia de una base energética no renovable. Así podríamos narrar la crónica apresurada de nuestro paso por la vida: una huida desesperada hacia adelante que transcurre sobre el cadáver de un entorno en descomposición.

Lo que nos diferencia de los seres que medran en aquel trozo de madera es que los restos finales de nuestra actividad digestiva, lejos de incorporarse al estrato fértil del suelo, suponen un escollo insuperable para la reproducción de la vida. La nuestra es una intervención que no cierra los ciclos sino que los desgarrar. Nuestra condición animal nos define como seres heterótrofos, puesto que sólo los vegetales son capaces de aprovechar la energía solar para crear vida a partir de lo inorgánico. Sin embargo, la aparición de la agricultura transformó el metabolismo de las sociedades en un

ecosistema autotrófico que encontró la manera de generar la energía necesaria para mantener sus constantes vitales.

Desde entonces, la historia ha transcurrido en un diálogo permanente entre las dos esferas que el sofisma cartesiano acabaría segregando para siempre. Aunque la actividad agraria implicaba un punto de inflexión en la apropiación de la naturaleza, el cambio iba mucho más allá de lo meramente cuantitativo. La domesticación de la vida silvestre creó un nuevo tipo de ecosistemas mantenidos en un estadio incipiente de su sucesión. Construcciones que, al romper la barrera entre lo cultural y lo natural, suponen uno de los puntos culminantes de la creatividad humana, pues, a diferencia de la ciencia y del arte, la agricultura campesina no necesita recurrir a la sala de disección para intentar comprender y representar la realidad. Los pueblos campesinos han hecho del mundo nuestro hogar a través de una apropiación exhaustiva de la tierra. Han borrado del mapa aquello que desde hace unos siglos se conoce por *naturaleza*, lo cual no significa que lo hayan hecho poniendo en peligro la integridad de los ecosistemas bioculturales con los que han coevolucionado. En los pequeños mundos campesinos no existe un afuera natural ajeno a la esfera social: todo cuanto rodea a la comunidad campesina le atañe y determina sus condiciones de vida.

Por mucho que la versión *new age* de la física cuántica se empeñe en demostrar la existencia de realidades paralelas, lo cierto es que resulta muy difícil ver las cosas desde un punto de vista distinto al que nos impone nuestra particular encrucijada espacio-temporal. Para un ucraniano de la primera mitad del siglo xx, la relevancia del Holocausto judío palidece ante lo que supuso el *Holodomor* de principios de los años treinta, del mismo modo que, para alguien del siglo xiv, el escenario apocalíptico que plantea una posible guerra nuclear hubiera sido preferible a la amenaza mucho menos hipotética de la peste bubónica. Esta perspectiva

necesariamente situada es la que explica por qué, si ahora salimos a la calle y preguntamos por los acontecimientos más significativos del siglo xx, nadie mencionará entre ellos la desaparición del campesinado.

Es comprensible que, viviendo en una sociedad que ha dado la espalda al campo, resulte complicado hacerse a la idea de que, hasta hace cuatro días, las actividades agrarias no sólo eran el denominador común del entramado social, sino que representaban el puente entre el ámbito doméstico de los grupos humanos y su entorno ecológico. Las sociedades campesinas, de hecho, habitaban literalmente en este espacio de transición donde lo social y lo natural se confunden. Un lugar que fue demolido por la modernización agraria y entre cuyas ruinas la agricultura y la ganadería se transforman en algo absolutamente irreconocible. Es cierto que todavía ostentan el dudoso honor de ser las actividades humanas que más alteran la biosfera, pero en los espacios donde se lleva a cabo la producción industrial de alimentos, a diferencia de lo que ocurría en los agroecosistemas campesinos, la vida silvestre ya no es desplazada por un modo de existencia que, aun siendo domesticada, conserva la capacidad de reproducirse y mantenerse a sí misma.

A medida que lo agrario se hunde en la ciénaga de la artificialización, cualquier rastro de vida es desalojado quirúrgicamente del territorio. El mosaico agrícola-ganadero-forestal sobre el que reposaban los mundos campesinos ha sido reemplazado por un paisaje arruinado donde el ganado es engordado en pabellones de hormigón y los cultivos crecen ordenadamente sobre un sustrato inerte. La agricultura industrial está consumando la utopía empresarial al crear un modo de producción que apenas requiere la molesta presencia de trabajadores y en el que ningún cabo suelto altera el guion preestablecido de una secuencia liberada de cualquier tipo de acontecimiento. Todo rastro de alteridad queda asimilado en un monólogo sin contenidos que inevitablemente desemboca en una realidad muda.

A finales del siglo XVIII, el poeta Samuel Taylor Coleridge expresaba su estremecimiento ante la calma perturbadora de un paisaje rural inglés.¹ Es evidente que la quietud descrita por Coleridge residía exclusivamente en su mirada, pues ante aquella misma panorámica, cualquier habitante del lugar hubiera percibido un vertiginoso torrente de señales y advertencias. Dos siglos más tarde, sin embargo, el poeta se enfrenta a un territorio verdaderamente estático que ya no le ofrece recursos literarios para evocar sus emociones más profundas. La transformación del modelo condiciona necesariamente su representación y, en este sentido, la industrialización agraria convierte en ridículo e incomprensible el tono amanerado de la lírica pastoril: el estruendo metálico del tractor quijotesco de Steinbeck ahoga el lejano eco de las campanas que en la llanura anunciaban la hora del ángelus.

Las páginas iniciales de *Las uvas de la ira* constituyen el retrato descarnado de un proceso que por aquel entonces todavía se hallaba en una fase incipiente.² A pesar de su innegable lucidez, el autor no podía imaginar en qué medida sus reflexiones llegarían a ser premonitorias ni, por supuesto, la magnitud que acabaría adquiriendo la desnaturalización de la actividad agraria. Un cambio tan rotundo que ha alcanzado la propia esencia de lo que en su día fue la agricultura. Los balances energéticos negativos en los cultivos más tecnificados y la intoxicación de nuestros cuerpos a través de la alimentación impiden definir como *agricultura* una actividad

1 *¡Es calmo en verdad! Tan calmo, que perturba
y contraria la meditación con su extraño
y extremado silencio.*

Samuel Taylor Coleridge, *Frost at midnight*, 1798. En Raymond Williams, *El campo y la ciudad*, Paidós, 2001.

2 John Steinbeck, *Las uvas de la ira*, Alianza editorial, 2009.

que ha dejado de ser la fuente primaria de energía para el metabolismo social y el medio que ha garantizado la supervivencia física de los humanos durante varios milenios.

El desarrollo de la agricultura industrial se ha sustentado en distintos vectores de cambio que, al confluir y retroalimentarse, han provocado una fractura histórica insalvable. Determinar cuál de ellos ha sido el más influyente carece de sentido, puesto que el resultado final no podría entenderse sin considerarlos a todos en conjunto. De hecho, cada uno simboliza a su manera el sistema agroalimentario actual: el tractor, como icono de una producción mecanizada; los pesticidas químicos, como emblema de una agricultura tóxica; y el petróleo, como ingrediente principal de unos alimentos sintetizados en una cadena de montaje lubricada por los tratados de libre comercio y legitimada por las políticas agrarias.

A pesar del papel central que desempeñan estos elementos en el actual modelo agrario, existe otro factor que, a diferencia de ellos, es radicalmente incompatible con la producción campesina. En un absurdo ejercicio de retórica, podría afirmarse que los campesinos, más allá de lo que digan los tópicos en torno a su inmovilismo atávico, nunca han dudado a la hora de incorporar nuevas técnicas y herramientas que resulten adecuadas para su forma de trabajar. El uso de grandes máquinas y pesticidas, en cierta manera, podría formar parte de un imaginario modelo campesino tecnificado. Por otro lado, es sabido que a lo largo de varios siglos, los campesinos han preservado su peculiar racionalidad económica «subsumidos» en un contexto netamente capitalista sin por ello desprenderse de su *campesinidad*; y, por último, la implementación de una política pública agraria o de tratados comerciales internacionales no tendría por qué suponer una hegemonía de la producción agroindustrial. Sin embargo, ni el más hábil de los sofistas podría encajar en el modelo campesino de apropiación del territorio la extrema especialización que caracteriza la producción agraria en la actualidad.

La agricultura campesina podría definirse como una estrategia de adaptación a la heterogeneidad ecológica de un territorio para lograr el máximo aprovechamiento de los recursos locales.³ La manera de lograrlo consiste en diversificar la producción en función de las aptitudes propias de las pequeñas unidades geográficas que integran dicho territorio y, por esta razón, cuando el mercado o las políticas agrarias imponen una vocación productiva a escala regional, se rompe el vínculo entre la agricultura y su entorno. La producción industrial de alimentos supone la culminación de un desarraigo que hace de la agricultura una actividad ajena a su contexto ecológico al mismo tiempo que la segrega de la comunidad rural. El aprovechamiento múltiple del territorio se revela como un argumento irrefutable para defender la racionalidad ecológica de la producción campesina, pero no debe olvidarse que la conservación de las bases materiales que garantizan el mantenimiento de la actividad agraria persigue, a fin de cuentas, un objetivo estrictamente económico: la reproducción del grupo doméstico campesino. Trabajar la tierra ha sido la forma de vida de unas gentes que, al mantenerse relativamente ajenas al intercambio de bienes y servicios en el mercado, no han tenido otro remedio que acudir a los ecosistemas locales en busca de todo, o prácticamente todo, lo necesario para seguir malviviendo.

La especialización productiva fue el prelude de la incorporación de maquinaria pesada y de insumos procedentes del exterior, pero más allá de tales efectos colaterales, su forma de concebir el trabajo desarticulaba una concepción de lo económico que se basaba en la íntima relación entre producción agraria y reproducción de la unidad doméstica. En un abrir y cerrar de ojos, los cam-

3 Víctor Manuel Toledo, *La racionalidad ecológica de la producción campesina*. En Eduardo Sevilla Guzmán y Manuel González de Molina, *Ecología, campesinado e historia*, Ediciones de la Piqueta, 1993.

pesinos se fueron por la puerta trasera de la historia y el rastro de su memoria milenaria se evaporó al calor de la modernización. Dos lógicas antagónicas habían colisionado, aunque sería más preciso decir que una fue arrollada por la otra, y los campesinos, acostumbrados como estaban a perder, en esta ocasión tampoco podían salir indemnes. Sus pequeños mundos singulares dejaron paso a la uniformidad del monocultivo.

Si los campesinos lograron adaptarse al estrecho marco que su entorno les concedía, fue gracias a una estrategia mimética que responde a un razonamiento inapelable: los ecosistemas *naturales* se autorregulan a través de los efectos sinérgicos que surgen de la interacción entre individuos y especies diferentes; lo cual significa que su carácter sostenible proviene, principalmente, de la gran biodiversidad que contienen. Por lo tanto, en la medida en que los espacios agrarios imiten esta riqueza biológica, se comportarán de manera más fiable y requerirán menos aportes externos para garantizar su funcionamiento a largo plazo. El monocultivo, por el contrario, supone la completa erradicación de la biodiversidad. Grandes extensiones de terreno ocupadas por un sólo cultivo homogéneo y calibrado que, para alcanzar su rendimiento óptimo, necesita ser asistido por numerosas prótesis tecnológicas. Hasta hace un tiempo, la biodiversidad, entre otros *servicios ambientales*, procuraba nuestros alimentos, pero hoy en día lo único que aporta son las series genéticas que consolidan el dominio de la biotecnología. El monocultivo ya no la necesita para asegurar su viabilidad. Su éxito aparente depende por entero de las menguantes reservas de petróleo y del manto venenoso⁴ que recubre la biosfera, convirtiendo la epidemiología ambiental en una disciplina esotérica incapaz de articular un número infinito de incógnitas en sus cálculos. La trágica paradoja del monocultivo es la de

4 Guy Bernelas, *El Manto de Medea*, Muturreko Burutazioak, 2008.

habernos sometido a una intoxicación permanente a través de un sistema productivo que se desarrolla sobre un medio aséptico y desinfectado.

Los campesinos entendieron que el mundo no podía ser habitado si las puertas permanecían cerradas a lo imprevisible. Que la vida era un constante imprevisto. De forma natural se habían acostumbrado a convivir con una incertidumbre que les garantizaba el privilegio de seguir aprendiendo nuevas cosas hasta el último de sus días. Los campos estaban abiertos a cualquier eventualidad, así como ellos permanecían atentos en todo momento. Nunca se creyeron capaces de aplacar el instinto indómito de la tierra: el suyo era un conocimiento humilde que aceptaba la complejidad inherente a la vida sin pretender eliminarla. Para acercarse a la naturaleza de los fenómenos, utilizaban el método que recomendaba Goethe: observarlos desde puntos de vista distintos para establecer las conexiones subyacentes que permiten comprenderlos. En su caso, las etapas de esta *serie experimental* correspondían a los sucesivos ciclos de cultivo, y hubieran estado de acuerdo con el sabio alemán en que era absurdo plantearse este acercamiento a partir de un solo *experimentum crucis*.⁵

Desgraciadamente, y no sólo para los campesinos, Goethe ha pasado a la posteridad por su obra literaria y, si no figura entre los padres ilustres de la ciencia, es porque se negó a doblegarse ante la tiranía de lo cuantitativo. Supo entender que «la naturaleza enmudece en la cámara de tortura» del positivismo y que la única premisa que permite establecer leyes naturales es la simplificación. La misma que premeditadamente se produce en el recinto fortificado del monocultivo. Un espacio impermeabilizado del que han sido extirpadas las variables que pudieran amenazar la consecución de los resultados esperados. El monocultivo es un

5 Jeremy Naydler (ed.), *Goethe y la ciencia*, Ediciones Siruela, 2002.

vasto laboratorio a cielo abierto. El campo de pruebas donde un poder pastoral, tras colgar el hábito y vestirse con bata blanca, explora los límites de la artificialización como principio fundacional de una existencia deshumanizada.

EL MONOCULTIVO es la imagen precisa de un mundo-laboratorio en el que todo comportamiento obedece a un protocolo estandarizado. Es la forma en que la sociedad industrial se expresa en el territorio y el rodillo que despedaza hasta el menor indicio de particularidad en una topografía laminada. Sin embargo, aunque el monocultivo sea la institución total que mejor refleja nuestro paisaje vital, no sólo representa la síntesis que culmina la modernidad occidental, sino que en sus fases iniciales fue, precisamente, el motor que la impulsó.

La expansión oceánica de Europa conoció un primer momento de descubrimiento y conquista que estableció los cimientos del intercambio desigual en una nueva economía mundial. Durante aquel periodo, la presencia de los europeos en América, África y Asia era una especie de gripe pasajera que rápidamente se convertiría en una dolencia crónica. El cambio se produjo cuando los nuevos dueños del mundo, sin abandonar la costumbre rudimentaria del pillaje, decidieron tomar las riendas de la ordenación territorial. De este modo, la ocupación militar dejó paso a un proceso de colonización, en absoluto menos violento, que se materializó en las grandes plantaciones agrícolas.

Sin perder de vista la desposesión progresiva del campesinado europeo ni lo que nos recuerda Silvia Federici⁶ sobre la ex-

6 Silvia Federici, *Calibán y la bruja*, Traficantes de sueños, 2010.

propiación del cuerpo de las mujeres, es evidente que las plantaciones americanas y asiáticas desempeñaron un papel central en aquel proceso conocido como *acumulación primitiva del capital*. La Compañía Holandesa de las Indias Orientales ensayó una nueva fórmula para negociar con las especias, que con el tiempo llegaría a ser conocida con el nombre de *capitalismo*. En el Reino Unido, fueron algunos propietarios retornados de las colonias americanas los que financiaron e impulsaron en sus posesiones las innovaciones técnicas de la revolución agrícola británica; un cambio de profundo calado que supuso el nacimiento de la agronomía moderna y del modelo productivo que ha llegado hasta nuestros días. Incluso, el mismo James Watt jamás hubiera completado el prototipo de aquella máquina que puso la historia patas arriba sin el crédito de ciertas entidades bancarias que basaban su liquidez en el comercio triangular del Atlántico.

El sistema de plantaciones abrió de par en par las puertas a la modernidad. Es posible que sin las fortunas amasadas con los cultivos coloniales, la Revolución Industrial, de haber ocurrido, lo hubiera hecho en términos muy distintos, pero no cabe la menor duda de que el modelo agrario surgido en aquel momento transformó para siempre el devenir de la agricultura. Las plantaciones fueron la punta de lanza del monocultivo. El primer ejercicio de una especialización productiva regional que en algunas islas caribeñas bajo dominio británico, donde estaba prohibido el cultivo de cualquier cosa que no fuera caña de azúcar, alcanzó cotas difíciles de imaginar.⁷

La caña de azúcar inauguró la historia del monocultivo llevando el modelo hasta sus últimas consecuencias. Islas enteras

7 Los alimentos que se consumían en dichas islas provenían de colonias continentales como Virginia, ocupada por ingleses que ejercían una poderosa influencia en la Corona.

fueron arrasadas por aquella industria que agotaba los vulnerables suelos tropicales, saturaba los cursos de agua con los residuos del proceso de transformación y cubría el ambiente con un aire viciado por el aroma dulzón que emanaban las chimeneas de los ingenios. Un paisaje mudo que resultaba el marco más apropiado para escenificar el drama de la esclavitud. Por supuesto, todas las industrias coloniales utilizaban esclavos, pero los ingenios azucareros constituían el destino principal de aquel flujo de mercancías humanas que vació el continente africano. Los pueblos americanos y asiáticos también fueron alcanzados por la onda expansiva de las plantaciones, pero nunca estuvieron a la altura de las exigencias. Tampoco los campesinos europeos convertidos en trabajadores cautivos por el cuerpo normativo que legitimó la erradicación de sus formas de vida.⁸

Los peones de las plantaciones coloniales, ya fueran esclavos o libres, fueron probablemente los primeros proletarios de la historia moderna. Una vez más, la agricultura se adelantaba a su tiempo. Todos los deportados que lograban sobrevivir al látigo del monocultivo, aunque preservaran vivos sus cuerpos, inevitablemente sentían cómo su espíritu les abandonaba. Aquella forma de trabajo no sólo les llevaba al límite de su resistencia física, sino que era irreconciliable con el sistema de conocimientos y el modo de producción que les había configurado como personas. Las plantaciones, en este sentido, inician el etnocidio campesino sobre el que se sostiene la agricultura industrial. Es cierto que la barrera entre un campesino y un jornalero puede llegar a ser muy tenue, pero cuando la fragmentación del proceso productivo y la especialización en el trabajo es tan extrema, difícilmente puede equipararse su situación. Un mozo de granja en la Ingla-

8 Peter Linebraugh y Marcus Rediker, *La hidra de la revolución*, Editorial Crítica, 2004.

terra⁹ o el País Vasco de finales del siglo XIX no era un criado de las *pusztas* húngaras.¹⁰ Un jornalero andaluz no era un cortador de caña en La Española. Si las tareas a realizar van cambiando en función de los ciclos anuales o si el ritmo de trabajo deja horas libres para cultivar una pequeña parcela o salir al monte, es evidente que los jornaleros pueden ser considerados campesinos sin tierra. Sin embargo, cuando la tarea es siempre la misma y no es posible obtener recursos fuera del economato, la campesinidad se desvanece. La trata de esclavos, a pesar de todo, presentó grietas por las que se colaban otro tipo de intercambios. De este modo, el arroz llegó a América desde el interior de África, así como el maíz y las patatas recorrieron el mismo viaje pero en sentido inverso. Los curanderos negros seguían ejerciendo sus funciones en las plantaciones, incluso atendiendo a sus amos, y para ello utilizaban plantas medicinales llegadas desde la otra orilla del océano.¹¹ Hubo, ciertamente, resistencia al etnocidio, pero cuando una herramienta deja de usarse durante mucho tiempo, acaba por oxidarse irremediablemente. Puede transformarse, como en el caso de las culturas afroamericanas, en algo nuevo que surge del contacto con otros mundos, pero en términos generales, el balance en relación a los conocimientos campesinos fue claramente negativo. Cuando más allá de un trabajo extenuante y repetitivo no queda nada, la mente se entumece tanto como el cuerpo.

Tras aquella declaración de intenciones, el monocultivo se extendería por los cinco continentes enterrando las culturas campesinas bajo la losa de la eficiencia y de la competitividad. Siem-

9 Fred Kitchen, *A la par de nuestro hermano el buey*, Espasa-Calpe, 1948.

10 Giulia Illyés, *Gente de las Puszta*, Editorial Minúscula, 2002.

11 Catherine Coquery-Vidrovitch y Éric Mesnard, *Ser esclavo en África y América entre los siglos XV y XIX*, Libros de la Catarata, 2015.

pre desde el centro hacia las periferias, a lo largo del siglo xx, los campesinos europeos y norteamericanos fueron reconvertidos en empresarios agrarios que se limitarían a seguir las prescripciones técnicas de los ingenieros. En estos momentos, son los campesinos que sobreviven en los márgenes del planeta los que están sufriendo el proceso; aunque, en su caso, el destino reservado para la mayoría de ellos es la reclusión en *villas miseria*, donde ya subsisten mil doscientos millones de personas.¹² El resto, los pocos que se quedarán en el campo, seguirán trabajando la tierra ajena en unas condiciones de servidumbre legalizada.

A pesar de haber demostrado repetidamente sus limitaciones, el monocultivo sigue ampliando su radio de influencia y se acerca rápidamente al techo infranqueable de su crecimiento; es decir, la totalidad del planeta. En estos momentos, tan sólo una cuarta parte de las tierras cultivadas se mantienen en manos de pequeños productores¹³ y los monocultivos que sustentan el sistema alimentario (maíz, soja, arroz, trigo) ocupan más del noventa por ciento de la superficie agrícola mundial.¹⁴

Según cómo se miren las cosas, es fácil llegar a la conclusión de que la historia en su conjunto está impregnada por un cínico humor negro que a menudo raya el mal gusto. La aparición del monocultivo es un buen ejemplo de ello. Europa no colonizó el mundo para cubrir sus necesidades materiales, pues lo único que buscaban las primeras aventuras oceánicas eran productos tan accesorios como las especias orientales. Bienes tan prescindibles como el azúcar, el café y el tabaco de las plantaciones americanas; sustancias,

12 Martín Caparrós, *El hambre*, Anagrama, 2015.

13 GRAIN, *Hambrientos de tierra*, 2014.

14 Miguel Ángel Altieri, «Desiertos verdes: monocultivos y sus impactos sobre la biodiversidad», *Gloobal hoy*.

todas ellas, vinculadas estrictamente a un placer hedonista que ilustra a la perfección el carácter eufórico de la modernidad.

A medida que transcurre la noche de estos cinco siglos, la efervescencia inicial se ha ido diluyendo en un estado de insatisfacción patológica que nos impide gozar de aquellos estímulos fascinantes. El azúcar que acompaña al café ya no despierta en nosotros la sensación que tiene un niño al probarlo por primera vez¹⁵; ambos se han visto reducidos simplemente a un imperceptible empujón que, ante la perspectiva de otro día anodino, nos ayuda a salir de la cama. La fiesta hace tiempo que terminó y a nosotros nos ha tocado vivir la resaca de la modernidad. Las sustancias que desataron aquella sobre estimulación han perdido el poder de sugestión que hacía de ellas un instrumento al servicio de la creatividad en los círculos de la nueva aristocracia democratizada nacida de la burguesía urbana. Hoy en día, los efectos de su prodigiosa bioquímica pasan inadvertidos en un cuerpo social narcotizado por la ingesta diaria de bienes superfluos con los que intenta dar respuesta a las necesidades prefabricadas que le impulsan a esta espiral autodestructiva. Cuando uno se acostumbra a desecharlo todo, se condena a un síndrome de abstinencia cronicado, imposible de tolerar sin una estricta dieta a base de psicofármacos.

En estas circunstancias, los monocultivos siguen ejerciendo una influencia decisiva en el orden de las cosas que ellos mismos crearon, pero empiezan a mostrar síntomas de estar acusando el cansancio general. Entre los cultivos que expandieron el mundo europeo, solamente el café ha logrado conservar cierta relevancia en los mercados internacionales, aunque el precio que ha pagado por ello es el de su banalización. Los demás han sido desplazados por sucedáneos más rentables, como el azúcar y el cacao, o bien están en proceso de extinción, como el tabaco. Los monocultivos

15 Michael Pollan, *La botánica del deseo*, Ixo Grupo, 2008.

que protagonizan el colonialismo actual son de una naturaleza bastante más prosaica. Despojados de cualquier connotación lúdica, se limitan a producir las materias primas que mantienen la fisiología más básica del metabolismo social: piensos para la ganadería, agrocombustibles, componentes orgánicos para la industria alimentaria, etc.

En este mundo clausurado, el monocultivo ya no provee materias que fracturan la sociedad entre elegantes y desaliñados. El amo calza las mismas zapatillas que su empleado y el banquero conduce un vehículo que, más allá de la marca, es indistinguible del que quiere comprar el parado al que acaba de negar un crédito. La anomia de la eficiencia industrial acaba con la idea de un consumo diferenciador y con la posibilidad de un trabajo cuya factura no sea vergonzosa. Es por esta razón que, en el interior de la fortificación occidental, el mal gusto se ha adueñado del paisaje. Lo más descorazonador, sin embargo, es que afuera, más allá de los demonios de Maxwell que sostienen el precario equilibrio homeostático de la injusticia global,¹⁶ cada vez son menos los que permanecen insensibles a la propaganda de la vida anestesiada en este confortable simulacro.

A PESAR de que el monocultivo supone la negación de la agricultura, durante todo este tiempo ha conseguido mantener las apariencias presentándose como su evolución natural e inevitable. En un proceso que recuerda a las intervenciones arquitectónicas que

16 El demonio de Maxwell es una criatura teórica perteneciente al campo de la termodinámica que es capaz de regular el paso de moléculas de gas de un recipiente a otro dejando pasar solamente las que se encuentran a una temperatura determinada e impidiendo el paso a las demás.

al conservar solamente la fachada de un edificio pretenden hacer pasar como reforma lo que en realidad es una demolición, el monocultivo ha preservado ciertos elementos decorativos que le han permitido reivindicar la existencia de una continuidad entre dos realidades no sólo distintas sino incompatibles. Ahora, sin embargo, en un alarde de honestidad propiciado por la ausencia de todo cuestionamiento, el monocultivo puede, por fin, desplegar su potencial y desprenderse de los últimos vestigios que de alguna manera le seguían recordando su pasado.

El mar de plástico del Campo de Dalías elevó la agricultura industrial a su máxima expresión, pero actualmente se está viendo desplazado y superado por los sofisticados invernaderos holandeses diseñados en el *Food Valley* de Wageningen. El modelo de producción que está impulsando este conglomerado universitario-empresarial, con sus asombrosos niveles de productividad y su preocupación por la sostenibilidad, está llamado a enterrar en el olvido la obsoleta horticultura intensiva almeriense. Nadie echará de menos este tipo de agricultura pero, de forma paradójica, cuando dentro de unos años ya no quede ni rastro de ella, nos daremos cuenta de que, a pesar de todo, era una actividad que aún podía calificarse como agraria: empresarios que a su manera continúan siendo paisanos, jornaleros precarios, comunidades cortijiles impregnadas por un provincianismo de nuevo rico, cooperativas con una férrea división sexual del trabajo... Incluso, aunque parezca una broma, los invernaderos del sureste peninsular respetan cierta estacionalidad en la producción (en verano permanecen inactivos por el calor excesivo) y presentan cierta vinculación con el territorio (la orografía y las elevadas temperaturas invernales son las que explican por qué se instalaron en aquella región).

Nada de esto tiene lugar en las instalaciones hipertecnificadas del nuevo monocultivo holandés. El cambio que éste anticipa supone la desintegración del binomio «agricultura industrial»

como consecuencia de la eliminación de su primer elemento; es decir, la sustitución de las actividades agrarias por la síntesis y el ensamblaje industrial de materias comestibles.

Al monocultivo le ha bastado menos de un siglo para suprimir completamente las inclemencias externas que acechaban a las plantas cultivadas; y una vez superada esta fase preliminar, el reto que se plantea es el de encauzar su intrínseco desvarío. Los vegetales, por definición, carecen de una morfología totalmente predeterminada y, gracias a un patrón de crecimiento relativamente abierto, acaban adoptando la forma concreta que les imprimen las condiciones innegociables del entorno. Por esta razón, cuando se tornan los papeles y es el medio el que se ve sometido a las exigencias de los cultivos, se produce un vuelco en el transcurso de la evolución biológica. Si las plantas, como el resto de seres vivos, orientan su propia inercia en función de aquello que les rodea, nos veremos obligados a buscar nuevos conceptos para explicar la naturaleza de esta nueva forma de agregación orgánica que obedece solamente a una matriz genética programada por simulación computacional.

Los nuevos monocultivos abióticos se encuentran todavía en un estado embrionario y ya sabemos que, a menudo, las promesas del Ícaro agroindustrial ven cómo se derriten sus alas justo después de alzar el vuelo. A pesar de ello, probablemente tendremos ocasión de presenciar la transición que los convertirá en el modelo hegemónico de un futuro no tan lejano, pero en cualquier caso, esta nueva vuelta de tuerca en el proceso de artificialización no supondrá ningún cambio significativo, pues el monocultivo artesanal de las plantaciones coloniales y el monocultivo analógico de la Revolución Verde ya se han encargado de realizar la parte más dura de la tarea.

Su principal logro es el de haber creado un cerco en el imaginario colectivo que nos impide pensar más allá de la agricultura industrial. Cuestionar la verdad del monocultivo equivaldría a po-

ner el mundo en peligro, arrastrándolo al borde de la inanición, y nadie en su sano juicio querría llegar a tales extremos. De poco sirven los datos que desmontan la falacia agroindustrial si los mismos agentes que la promueven también los reconocen y, de paso, nos advierten que la solución más realista —que es también la única que podríamos tolerar— no es romper con la dinámica del monocultivo sino, por el contrario, seguir ahondando en ella hasta donde sea necesario.

Por mucho que nos duela, lo cierto es que a nuestro alrededor nada parece indicar que las cosas puedan suceder de otra manera. Mientras reivindicamos una recampesinización¹⁷ de la producción agraria, los últimos campesinos están siendo arrastrados por el embate industrializador. Las organizaciones políticas que les representan, a pesar de haber logrado visibilizar con éxito su protesta, se muestran incapaces de revertir las estadísticas demolidoras que tejen la crónica de este tiempo sin alma, y la única resistencia que planta cara al monocultivo obedece a un impulso reactivo tan espontáneo como instintivo. Del mismo modo que los jóvenes de las *banlieues* francesas salieron a la calle a quemar los coches de sus vecinos, algunos vegetales, como el amaranto resistente al *Roundup*, responden con violencia al consenso instaurado por un régimen que, precisamente, ha creado las condiciones que provocan esta revuelta desesperanzada. Una actitud conmovedora con la que es inevitable empatizar, pero que no admite ningún tipo de interpretación en clave antagonista.

Quienes seguimos considerando que un cambio en el modelo productivo debería ir acompañado de un proceso emancipatorio, y viceversa, no estamos en la mejor situación para postularnos como la vanguardia de una hipotética insurrección agroecológica. La precariedad de nuestras experiencias y la hostilidad creciente

17 Jan Douwe van der Ploeg, *Nuevos campesinos*, Icaria, 2010.

de un ambiente invadido por lo ecológico-industrial nos relegan a la posición marginal de la que procedíamos y que nunca hemos abandonado. Seguimos estando muy lejos de poder intervenir en el argumento principal de esta historia, y la deriva del monocultivo continuará siendo ajena a nuestra pretenciosa enmienda a la totalidad. Cuando su lógica nos engulla o nos aplaste, ni siquiera se dará cuenta de que le estábamos desafiando.

Si pudiéramos abstraernos por un momento y observar nuestros proyectos desde la distancia imaginaria que sustenta el espejismo de la objetividad, no tendríamos más remedio que aceptar el fracaso de nuestro intento. Hemos aprendido a *agujerear la realidad*¹⁸ del monocultivo, pero el esfuerzo ha sido inútil. Sin embargo, en estas circunstancias, no hay nada que sea tan apropiado y necesario como lo inútil. Gestos que no cambian el mundo, pero que lo hacen un poco más soportable.

Luzaide,
primavera de 2016

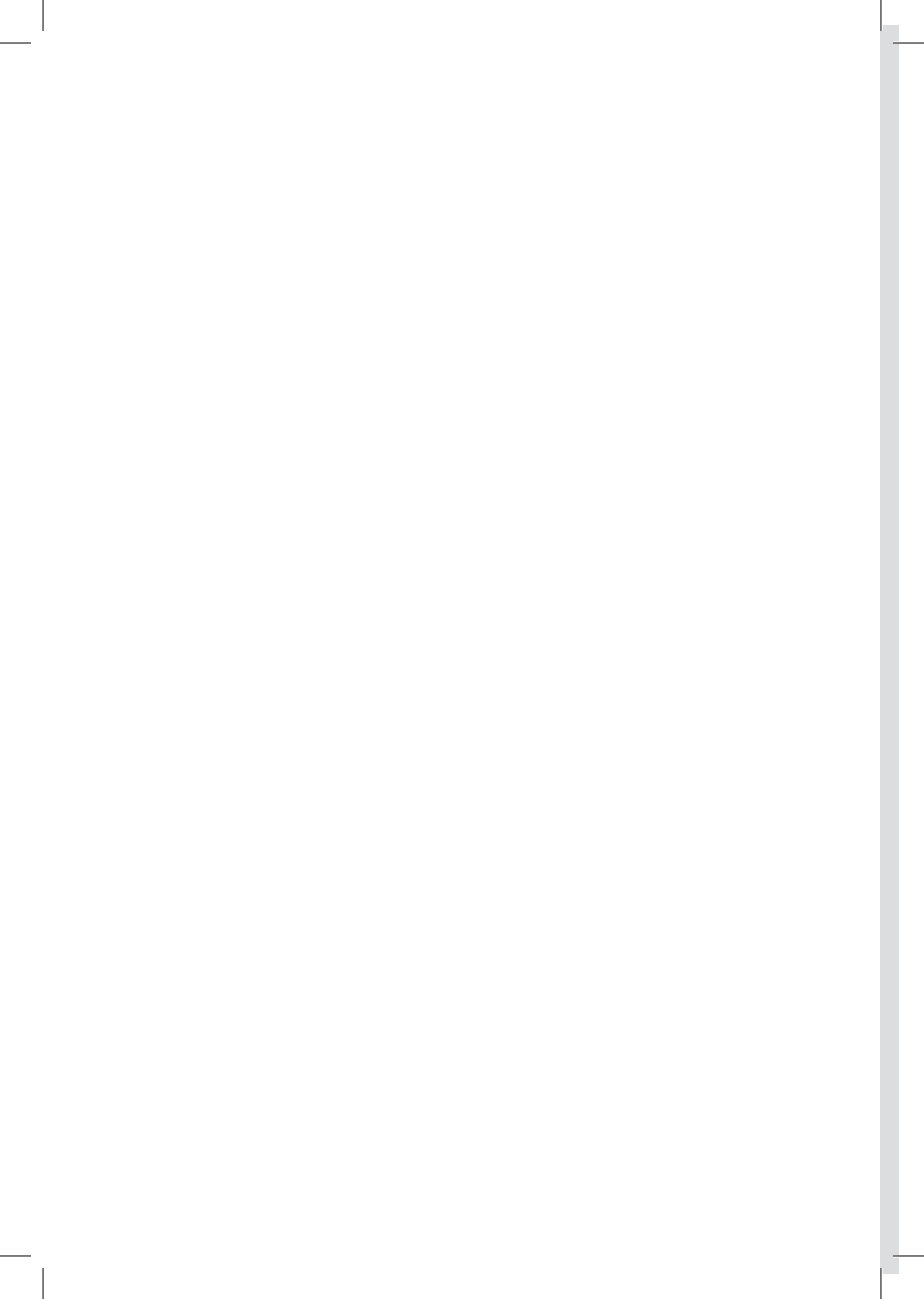
18 Santiago López Petit, *La movilización global*, Traficantes de Sueños, 2009.





ÍNDICE

Prólogo	7
Nota del autor	II
Vidas a la intemperie	
Introducción	17
Los otros y los campesinos	33
Razones	37
Barro	71
Edenes	101
Los campesinos y el mundo	125
Otros	129
Miradas	141
Mundos	157
Mundo clausurado	
Monocultivo y artificialización	191



OTROS TÍTULOS PUBLICADOS POR CAMBALACHE

ISABEL ALBA

65% agua

2014 | 168 páginas | ISBN: 978-84-939633-8-5

Una pequeña ciudad junto al mar. Una mujer. Un hombre. La mitad de la vida. Las decisiones pasadas y las presentes.

«Desde la primera vez que leí *65% agua*, sus personajes se quedaron conmigo, acompañándome en mi vida cotidiana, no sólo como recuerdos de una lectura gozosa, sino como personajes que me permiten pensar en las decisiones que tomo —que tomamos— en nuestra vida cotidiana. Esas decisiones familiares, laborales, militantes, afectivas, sexuales que todos debemos tomar, esas encrucijadas que van definiendo nuestra trayectoria ética como una suma de pequeñas opciones. *65% agua* no pretende entretenernos sino incomodarnos, atravesarnos por los itinerarios de personajes que podríamos ser nosotrxs. Personajes cuyas encrucijadas se ubican en una sociedad patriarcal y capitalista: ¿quién cuida? ¿Quién tiene tiempo propio? ¿Qué caracteriza nuestras vidas afectivas, desde el punto de vista de Elisa y desde el punto de vista de Andrés? Isabel Alba pone en práctica con su relato, constantemente, la idea de que lo personal es político». (Eduardo Romero)

PABLO SOROZÁBAL SERRANO

Lloro por King Kong

2015 | 256 páginas | ISBN: 978-84-939633

Madrid, mediados del siglo xx. Durante el velatorio del cadáver de don Julio Reyes, un acomodado paterfamilias de la España campante tras la Guerra Civil, sus allegados rememoran episodios en torno a la vida del fallecido y a las suyas propias durante los años de la contienda y reconstruyen un retrato sucio y cruel de la sociedad biempensante que preten-

den representar. Lo que aflora es una crónica de falsedades, humillaciones e hipocresías, narrada a borbotones por un coro de voces —entre el testimonio directo y el flujo de consciencia— y que tiene su contrapeso en el personaje de Sole, la criada de la casa, símbolo de todas las derrotadas y derrotados de la historia y auténtica protagonista de la novela.

Publicada, sin apenas repercusión, en 1990, esta nueva edición de *Lloro por King Kong* permitirá conocer una de las novelas que mejor han retratado la España de la posguerra.

«*Lloro por King Kong* es una larga ráfaga, una sostenida, a ratos jadeante, racha de viento que transporta, como hojarasca y basura, la historia de nuestros abuelos y nuestros padres, separados no por una guerra civil sino por una diferencia de clase que es, al mismo tiempo, una diferencia de “alma”: dos “especies” enfrentadas, digamos, por su relación con la luz». (del prólogo de Santiago Alba Rico).

EDUARDO ROMERO

En mar abierto

2016 | 223 páginas | ISBN: 978-84-944572-2-7

Una ciudad, un barrio, un portal. Un puñado de jóvenes —Rachid y su pandilla— que encuentran refugio en el piso superior del edificio. Carmen, la vecina del tercero, y Lamp, el vendedor ambulante con el que se cruza en la escalera. Juan asomado a su ventana, repartiendo gañidos a todo el que pasa por debajo. La anciana que aparta la cortina, pero jamás se asoma. Jorge, el vecino del primero, que revuelve cada noche en la basura. Rafa, el joven camarero que, cansado de su padre y de las vacas, ha emigrado del pueblo a la ciudad. Y Jenny, la mujer que cruza el charco para colarse en esta historia de gentes que, en mar abierto, tratan de sobrevivir al temporal.

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS POR PEPITAS:

EMILIO GANCEDO

Palabras mayores

Un viaje por la memoria rural

SEGUNDA EDICIÓN | ISBN: 978-84-15862-37-6 | 2015 | 368 págs. | 14,5 x 21 cm

[...] —¿Cómo era aquella casa, Progreso?

—Era una casa *mu* grande, *mu* grande, *mu* grande; mira si era grande que mi hermano, mi padre y yo, dormíamos juntos en la misma cama, y mi hermana en la otra.

—¿Teníais luz en aquella casa, Progreso?

—Sí, había luz... cuando era de día se veía estupendamente.

—¿Y había escuela, Progreso?

—Escuela sí había, *pa* los niños... *pa* los niños que iban a ella.

—¿Matábais algún marrano en casa, Progreso?

—... Nosotros es que no teníamos esa costumbre.

Manejar un ingenio así tiene aún más mérito cuando las cosas a las que alude no tienen maldita gracia. Quizá el tiempo, eterno bálsamo, le permite verlas hoy de esa manera, pero es ironía que deja la sonrisa torcida, y en la mirada filos que sugieren insondables cavilaciones. [...]

DURANTE MEDIO año Emilio Gancedo se echó a la carretera y paciente-mente hizo un recorrido por la diversidad y heterogeneidad de lo que hoy llamamos España. En su camino se encontró y charló largo y tendido con personas vinculadas al medio rural, todas ellas cultivadoras de recuerdos, ejemplos comprometidos con la memoria viva. Fruto de ese trabajo es *Palabras mayores*, una suma de historias, recuerdos, anhelos y enseñanzas de una generación, los nacidos antes o inmediatamente después de la guerra civil, a quienes prácticamente hemos dejado de escuchar; un libro que rescata muchas experiencias y enseñanzas útiles para el presente de unas gentes extraordinarias que pasaron en pocas décadas del Neolítico a Internet.

TIMOTHY O'GRADY · STEVE PYKE

Sabía leer el cielo

Prólogo de John Berger

Traducción de Enrique Alda

ISBN: 978-84-15862-53-6 | 2016 | 176 págs. | 14,5 x 21 cm

[...] Sabemos los platos en los que comeremos, los vasos en los que beberemos y los cuadros a los que miraremos en las paredes. Sabemos qué vista habrá a través de la ventana del dormitorio en una mañana despejada. Sabemos qué aspecto tendrá el espino blanco en mayo y las bayas de serbal en septiembre. Conocemos el olor y la luz y la caricia del aire. Cuando era joven no tenía ni futuro ni pasado. Después trabajé. Pavimenté carreteras, rompí cemento, excavé bajo viviendas y retiré barro. Conté paladas, conté patatas y conté ladrillos. Fue el tiempo en el que tuve un pasado. Era pesado como los bloques que lastran una barca. Sin pasado me habría hundido. Creía que tenía futuro también, pero no podía verlo. Estaba en las cosas que levantaba y acarreaba y en lo que me daban por hacerlo. Era un futuro que parpadeaba y se oscurecía cuando intentaba mirarlo. [...]

«Me sentí totalmente abrumado y entusiasmado con este hermoso libro, uno de los más bonitos que he leído en muchos años».

Studs Terkel, National Public Radio.

«Es un libro que rezuma pasión y belleza».

David Horspool, *Daily Telegraph*

ESTE INCLASIFICABLE y hermoso libro narra la experiencia de los emigrantes irlandeses de la segunda mitad del siglo xx en Inglaterra. Un éxodo que nunca antes se había descrito con tanto lirismo como en esta novela. Evocadora tanto por sus palabras como por sus imágenes, cuenta la historia del viaje de un hombre del oeste de Irlanda a los campos, a las barracas de boxeo, a las obras de Inglaterra. Hasta que, después, a finales de siglo se encuentra solo con sus recuerdos y se esfuerza por encontrar sentido a una vida de lejanía, pérdida y soledad.

Muy laureado, desde su misma aparición —como atestigua la película *I Could Read The Sky*, o la canción de Mark Knopfler *Mighty Man*, ambas basadas en el libro—, esta es la primera vez que se edita en castellano.

